

Parnaso Filipino Antología de Poetas del Archipelago Magellánico

Martín de la Cámara, Eduardo

Refugio de Lectores

The Project Gutenberg eBook of Parnaso Filipino

Title : Parnaso Filipino

Author : Eduardo Martín de la Cámara

Release date : July 4, 2005 [eBook #16201] Most recently updated: December 11, 2020

Language : Spanish

Other information and formats : www.gutenberg.org/ebooks/16201

Credits : Produced by Michael Ciesielski, Mariano Cecowski and the Online Distributed Proofreading Team

Gran Medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y Gran Premio en la de Buenos Aires de 1910

español a ultranza; humano, fraterno y justo, cuando el serlo, bajo aquel «medio», despertaba suspicacias ...

PARNASO FILIPINO

No te alebres, lector, al afrontar el título de este volumen, imaginando que van a servirte versos escritos en todas o algunas de las treinta y tantas lenguas vernáculas del Archipiélago Filipino. Ni yo sabría aderezar ese manjar, ni tú cómo catarle. Sobre que tal poesía es parva, «difícil de exponer», según el ilustrado erudito de allá Don Epifanio de los Santos Cristóbal, y con la antinomia de ser sus cultivadores, tanto o más que los autóctonos, misioneros españoles, en rimas «a lo divino», enderezadas a inyectar la fe de Cristo en los corazones isleños.

Los poetas son filipinos, pero los versos castellanos.

Por los dedos pueden contarse los vates indígenas en nuestro romance durante los tres siglos y pico de dominación hispánica. W.E. Retana 1 nota tres hasta 1896: Atayde, Paterno y Rizal. Hubo algunos más: Seva, quejumbrón cantor de Charing (que aquí diríamos Rosarito); Manolo Rávago, en números de pura ortodoxia; Juan Caro y Mora, Hermógenes Marcó, Isabelo de los Reyes, etcétera, y ciertos bardos de ocasión aspirantes a la láurea en los certámenes patrióticos y religiosos, mocerío casi siempre adoctrinado en el «Ateneo» de la Compañía. Hasta 1898, año límite de nuestro señorío, fué meñique la falange versificadora, ¿Motivos? Retana aduce dos: la censura de imprenta y el desconocimiento del castellano literario por la mayor parte de los filipinos netos. Con la primera,--ejercida por funcionarios a tono con el ambiente, de patriotismo anquilosado, dignos de las covachuelas de Fernando VII,--sobra para justificar la inanidad del Arte egregio que no admite trabas ni menoscabos, sólo germinante en la gleba arada con reja de libertad y de justicia.

Nota 1 : De la evolución de la Literatura Castellana en Filipinas.--Los Poetas.--Madrid, 1909.

Cuanto a la propagación del castellano, prueba Retana, documentalmente, cómo la coercieron los frailes--excepción los jesuitas--contrariando espíritu y letra de sucesivas reales cédulas metropolitanas. Cuán poco valió la treta lo demuestra no haber finado 1898 sin que vieran la luz pública composiciones de los más altos metrificadores tagalos, Cecilio Apóstol, Fernando M.^a Guerrero y José Palma, seguramente florecidas en aquellos retirados cenáculos donde se hacía literatura y revolución.

¿Están todos los que son y son todos los que están? Creemos sinceramente que sí. De los «inolvidables» no debe de faltar ninguno. Si se advierte llenura en la selección, entiéndase que el editor tiene sus exigencias y que este volumen ha de contar predeterminado número de páginas. Por añadidura, tratándose de exhumar una literatura inédita para muchedumbre de españoles, pide la discreción entregar al lector los mayores elementos de juicio en cantidad y calidad.

Poetas se hallarán capaces de medirse con los consagrados nuestros: tales Guerrero y Apóstol. Rizal, Bernabé, Recto, Palma, Balmori, Pérez Tuells, Victoriano, Torres, Marfori, muéstranse también versificadores de inspiración y enjundia, sin desdeñar a los otros, ni a ninguno, como explícitamente demuestra la recolección de su cosecha pimplea. Pero no queremos trocar en índice lo que es prólogo. Además, bueno es dejar un margen al leyente para que, con su propia solercia, espigue en el FLORILEGIO lo bello y lo galano.

La poesía filipina, por la época de su gestación, brota--¡en castellano!--algo hostil a la Metrópoli exdominadora. No pudiéndose evitar el idioma, esquivanse los únicos razonables modelos, nuestros clásicos y nuestros modernos, yendo los bardos a beber las castalias aguas en los «parnasianos» y simbolistas franceses y en los modernistas hispano-americanos. En éstos, singularmente. El azul y los lirios y rosas líricos de Rubén coloran y perfuman la nueva poesía ultramarina. Chispea el

«anillo de oro hecho pedazos,

que ya no es anillo, pero siempre es oro»,

de Santos Chocano. ¡Y cuán equivocados los neo-versificadores, si así creyeron librarse de hispanismo! ¡El autor de la Sonatina es poeta excelso porque hay muchos, muchos clásicos españoles en su educación literaria; y Mallarmé, por sólo citar un ejemplo, es chozno de Góngora!...

Es poeta elegante y lapidario Cecilio Apóstol, en cuyos números campa serenidad clásica. Bebió el licor ático en búcaro francés, posibles divinos «alfareros» Moreas o Heredia, no nacidos en Francia.

Otro vate plenamente logrado es Fernando María Guerrero, «príncipe de los líricos filipinos». En nuestra opinión desautorizada es el exponente etnológico, el poeta malayo por excelencia, el que más hondamente siente su raza. En Ilang-ilang, El Kundiman, A Filipinas, Bajo las cañas ... vibra aquel alma tagala tan incomprensida, psiquis sin complicaciones ni morbosidades, primitiva, melancólica, paciente, siempre opresa y nostálgica de libertad, nervea y con arrestos en las ocasiones altas.

Trasciende en Bernabé, con muy gallardas estrofas en su obra, la preparación latina e hispano-clásica. También en Pacífico Victoriano y en Ramón J. Torres, poetas vigorosos.

Recto--discípulo de Guerrero como Marfori--luce amplio léxico, rico de color. Es lírico verdadero. ¡Si no se repitiera!

Palma, de estro enfermizo, fué delicado, noble y correcto.

Balmori es desigual. Tiene temperamento. Sabe decir muy bellamente..., cuando quiere.

Pérez Tuells ha de cuajarse. Ya da mucho. Más promete.

En la lira femenina el cordaje más melodioso pertenece a Adelina Gurrea, toda sentimiento y emoción.

Y asombrárase el leyente de que no haya aparecido todavía el nombre del doctor Rizal, cuya soberana poesía Ultimo Adiós ha recorrido el orbe. Sí, Rizal fué poeta; pero secundariamente. Su rasgo

característico, bastante a obscurecer otras modalidades de su mentalidad, fué el de revolucionario: dentro de este amplio círculo están insertos el científico, el literato y el políglota. Cultivó todas las artes bellas, pero siempre disfrazada de musa la obsesión de manumitir y dignificar a su patria. Como poeta, le superan Guerrero y Apóstol.

En toda esa labor apolínea, aun sin cumplir--prescindiendo de los precursores--el cuarto de siglo de existencia, abundan inspiraciones gemelas: cantos a la patria, a la nacionalidad y la independencia, a los héroes epónimos--Rizal, Mabini, Jacinto, Bonifacio--loanzas de lo aborígen... A las veces--¡ay! con demasiada frecuencia,--y asombrados de discurrir sobre aquel bravío paisaje, surgen «Mimí», los violines de Versalles y el tacón rojo. Aun la metrificación suele ser exótica. Pero hay ternuras como la de Guerrero, tejiendo su canto A Hispania en el romance rotundo de los abuelos peninsulares.

Los poetas de este PARNASO, por lo general, no parecen descubrir en su solar motivos de inspiración. Porque los encuentra, elogia Guerrero a Marfori en el proemio de Aromas de ensueño . Ni el paisaje, tan sugeridor, les tienta, de lo que se duele el ya citado erudito de los Santos Cristóbal en el prólogo a Palomicas de mi palomar , de Felipe A. de la Cámara. Acaso lamentos tales obraron como nervino sobre algunas idiosincrasias, pues Apóstol, Recto, Valdés, Marfori, en composiciones recientes, plasman sensaciones de aquella prodigiosa Naturaleza.

Recapitulación de tildes. Es frecuente en los filipinos, aun los ilustrados, el sesear, defecto emergente de carecer del fonetismo de la ce sus lenguas vernáculas. De ahí el aconsonantar besos con rezos y sonrisa con sinfoniza . Otro vate consueña jazmín con jardín , lo que es menos explicable. Un tercero, queriendo decirle «rimador» a Rueda le dice rimero , cosa bien distinta... Pero no desmenecemos. En la construcción, es anomalía reiterada la de emplear los varios modos de los verbos cual si tuvieran igual valor en el tiempo.

Atañe este tema de los poetas filipinos pronunciándose por el castellano, a otro de transcendencia nacional: la perdurabilidad de nuestro idioma en el lejano Oriente.

Norte-América hizo, hace y hará lo posible por desarraigarle. Es un hecho que desde 1911 el lenguaje oficial obligatorio de las islas es el inglés; pero otro que dos años antes, o sea a los once de férula «yankee», se publicaban en el Archipiélago 79 periódicos, de los que 29 estaban redactados en castellano, 15 en lenguas vernáculas, 16 en castellano y lenguas vernáculas, 11 en inglés, 1 en castellano, inglés y lengua vernácula y 7 en castellano e inglés 2 . Ahora mismo, «La Vanguardia» y «El Debate», los diarios filipinos de mayor autoridad y circulación, en castellano se imprimen. Es también un hecho que de los 40 poetas insulares catalogados en esta ANTOLOGÍA poseen el inglés cuantos moran en las islas; pero otro que todos escriben ¡y sienten! sus composiciones en castellano. Y así, cuando vemos como título de una el Awake britano en lugar del español, Despierta , nos sentimos sorprendidos, como defraudados...

Nota 2 : El idioma castellano en Filipinas .--Artículo de Antonio Medrano en la revista «Cultura Filipina». n.º I, Abril de 1***.

No parece próxima la concesión al solar rizalino de la independencia que ansía. Tanto peor para el idioma inglés. Porque el nacionalismo, henchido de brillantes poetas y prosistas, por dar en rostro al detentador, más ahincadamente empleará y propagará nuestro romance.

Y arribada la independencia, que al fin ha de llegar, insuficientes las lenguas vernáculas para las relaciones exteriores, así como el Japón, en trance parigual, escogió el inglés, el nuevo estado, si cae del

lado del corazón, elegirá el castellano. Al fin, el área de los países de habla hispana es superior al área de los territorios de habla inglesa, y como idioma internacional el imperio del castellano será creciente, por lo prolífico de la raza, por el desarrollo de las jóvenes repúblicas de América, por haber sustituido su enseñanza a la del inglés y francés en las naciones que cuando la gran guerra lucharon frente a la Entente, y por extenderse el cultivo en las de ésta misma, con vistas a los mercados del Nuevo Mundo.

¡Sean los bardos tagalos paladines en su dorada Malasia del idioma colonizador!

Que «en Flandes se puso el sol»; pero para la lengua castellana no se ha puesto todavía...

Algunas líneas para justificar la incorporación al PARNASO de la sección consagrada a los Poetas españoles en Filipinas .

Apenas esgrimiendo el plectro, durante nuestra dominación, los nativos, por las razones apuntadas, ¿era posible que una robusta colonia de españoles alentara sin ejercitar el noble arte de la Poesía? No, por cierto. Siempre hubo poetas, pero más desde que la prensa fué extendiendo. El culto estuvo reservado a una minoría de peninsulares, que, sin entrar de lleno en el país, estimándose transeúntes, no recibieron la sugestión de aquellas almas ni de aquella Naturaleza. A que la inspiración poética volara rastrera contribuyeron el medio y la censura de imprenta, también aplicada a la raza dominadora. Era de mal tono loanzar al país sin muchas reservas y alguna ironía; y quien con perennidad lo hiciera, corría el riesgo de que le apellidaran filibustero...

Aquellos metrificadores hispanos fueron, por lo común, «poetas de «Madrid Cómico», fabricantes de versitos festivos, sin pretensiones» ni transcendencia. De los que merecieron dictado de poetas se han recogido muestras. Hay entre ellos dos, Manuel Romero de Aquino y José García Collado, sobre cuya obra requerimos la atención del lector. Peninsulares ambos; pero emigrantes en edad moza al Archipiélago, allí besaron las pimpleides su frente de elegidos. Allí murieron, desconocidos de la tierra del abolorio. Mostráronse vates verdaderos, aun bajo el yugo de la censura, y habrían lucido como tales en los senos de cualquier mundo literario.

No sin esfuerzo hanse juntado los materiales del presente FLORILEGIO. Para seleccionar lo moderno, la enorme distancia entre aqueunde y allende y la inveterada pereza--por poetas y por filipinos--de los vates luego arracimados, nos amontonaron dificultades. Por suerte, hanos acorrido la sacra amistad, personificada en Adelina Gurrea, gentil poetisa insular, morante ahora en España, y en dos ilustres directores de periódico, que son algo más que periodistas: José María Romero Salas, de «El Mercantil», de Manila en esta oceánica ciudad conocido, entre literatos, por «El Maestro», y Joaquín Pellicena Camacho, eximio periodista en España. Con generosidad ejemplar de artistas enamorados de la Belleza y del Bien, nos han franqueado libros y papeles donde el alma malaya dejó su emoción lírica... Váyales nuestra gratitud, que no es una palabra más, sino un cordial latido del corazón.

Ahora, lector, déjame, porque yo te dejo. Tú vas ganando. Avanza la procesión de poetas...

Alcalá de Henares, ciudad abuela del «Quijote», Septiembre, 1922.

Nació en Manila--humilde su cuna como la de Plauto--el 22 noviembre 1877. Fué bachiller por el Ateneo municipal, que regentaban los Jesuitas; y abogado, 1903, mediante exámenes ante la Corte Suprema de Manila. Comenzó a escribir, adolescente, en periódicos españoles de su ciudad natal. Su salida al mundo de las letras fué en «El Comercio», 1895, con la composición El terror de los mares índicos . Declara ser sus poetas dilectos Verlaine, Moreas y Baudelaire. Escribió versos en lengua

francesa. Muchos premios en certámenes literarios.

(EN EL SEGUNDO ANIVERSARIO DE SU FUSILAMIENTO)

¡Héroe inmortal, coloso legendario, emerge del abismo del osario en que duermes el sueño de la gloria! Ven. Nuestro amor, que tu recuerdo inflama, de la sombrasa eternidad te llama para ceñir de flores tu memoria.

Esta es la fecha, el día funerario en el cual el tirano sanguinario te hizo sufrir el último tormento, cual, si al romper el ánfora de tierra, la esencia que en el ánfora se encierra no hubiera, acaso, de impregnar el viento. ¡Cuánto te debe el pueblo! En tu calvario eras ayer el astro solitario que alumbraba los campos de batalla, la dulce aparición, rizo del cielo, que infundía a los mártires consuelo, valor al héroe y miedo a la canalla. ¿Quién no sintió huídas sus congojas repasando tu libro 3 en cuyas hojas la popular execración estalla? Hermanando la mofa y el lamento, vibra, encarnado en su robusto acento, el silbo agudo de candente tralla.

Nota 3 : José Rizal, Noli me tangere.

Quizás en tu ostracismo voluntario juzgabas que era un sueño temerario manumitir nuestra oprimida raza; mírala hoy: es virgen arrogante que, con la augusta libertad, tu amante, en un amplexo fraternal se enlaza. Caíste como fruta ya amarilla, pero cayó contigo la semilla. Ya es una planta vigorosa; el germen ha medrado en el surco de la senda, y libres ya de la mortal contienda bajo su sombra tus hermanos duermen. ¡Duerme en paz en las sombras de la nada, redentor de una patria esclavizada! ¡No llores, de la tumba en el misterio, del español el triunfo momentáneo, que si una bala destrozó tu cráneo, también tu idea destrozó un imperio! ¡Gloria a Rizal! Su nombre sacrosanto, que con incendios de Thabor llamea, en la mente del sabio es luz de idea, vida en el mármol y en el arpa canto. El enjugó de nuestra patria el llanto; su verbo fué la vengadora tea que encendió, en el fragor de la pelea, los laureles de Otumba y de Lepanto. Reverénciale, ¡oh pueblo redimido! Llanto del corazón vierte afligido por el amargo fin del gran patriota. Y hoy que en los aires la tormenta zumba, ¡no salga ni un quejido de su tumba al verte, oh pueblo, nuevamente ilota!

30 Diciembre 1898.

Nota 4 : Aparece registrado como poeta en el lugar correspondiente de este Florilegio.

Nota 5 : Personaje central de Noli me tangere , donde el autor de la novela tal vez quiso personificarse.

Nota 6 : Revolucionario filipino, caudillo de las partidas que dieron (Agos* **ilisible** Balintauac) el grito de rebelión.

Nota 7 : Alusión al de amistad concertado entre Miguel López de Legaspi, primer Adelantado de las islas Filipinas por España, y el régulo Lacandola. Por imitación de éste le firmaron ambos personajes, mojado el cálamo en sangre para el caso extraída de sus venas. Tal suceso histórico sujió al gran pintor tagalo Juan Luna y Novicio un hermoso lienzo que, al cesar la soberanía de España en el Archipiélago, (Agosto, 1898), decoraba un salón del Palacio municipal de Manila.

1912.

(A. MABINI) 8

Justum et tenacem propositi virum . HORACIO .

Nota 8 : Apolinario Mabini, paralítico de cuerpo pero luminoso cerebro de estadista, redactó las leyes sobre que se asentó la efímera república filipina y fué elegido presidente del primer gobierno revolucionario de Malolos, Enero, 1899.

Ante el eterno símbolo granítico, consagración de tus civiles palmas, cumbre mental, sublime paralítico, te aclaman hoy nueve millones de almas.

El tiempo, que devora despiadado nobles recuerdos dignos de la historia, sobre el rojo horizonte del pasado conserva y magnifica tu memoria. Hoy, como ayer, la multitud te aclama, te elogia el sabio, te celebra el sistro; y es actual, por imperio de tu fama, tu investidura de primer ministro. Murió el Estado efímero que urdiste, sin otro alguno, ni anterior, ni análogo; mas tu gobierno espiritual, subsiste, está en vigor tu original Decálogo. Cuantos admiran tu genial vestigio grabado en el solar de tu linaje,

vinculan a tu límpido prestigio la sanción de un perpetuo caudillaje. Madura en hechos la rebelde idea, mútilo el cetro de la noble España, la reconquista levantó su tea para alumbrar tu constructiva hazaña. La patria de las ansias juveniles estaba allí, de sus destinos dueña, alzada sobre un bosque de fusiles bajo el amparo de una libre enseña. La que soñaste, acaso, en un monólogo bajo un frandaje de rotundas mangas , 9 labrando arquitecturas de ideólogo en la quietud de tu natal Batangas.

Nota 9 : Fruto del árbol terebintaceo nombrado mango .

Patria inmortal de la actuación primera, que en sangre mártir empapó tu suelo, y en los pliegues cuajó de una bandera la afirmación de su vital anhelo. Patria naciente, tras labor titánica como aquellas de Bismarck y de Mazzini, faltaba un hombre que la hiciese orgánica, ¡y ese hombre fuiste, colosal Mabini! Ignota corre el agua subterránea hasta que, gracias al humano ingenio, bajo el subsuelo surge subitánea: así, glorioso, apareció tu genio.

Y fué cuando otra vez tembló la tierra al paso audaz del triunfador Emilio, 10 cuando la mano que rigió la guerra se levantó al poder desde tu exilio.

Nota 10 : Aguinaldo, caudillo de la revolución, luego generalísimo y presidente de la república.

Todo el nuevo fervor del patriotismo que exaltaba un espíritu halagüeño, la intuición, la acuidad, el dinamismo mental pusiste en tu grandioso empeño. Y tu obra demostró que, si fecundo fué tu pueblo en heroismos de batalla, también podía presentar al mundo un estadista de tu enorme talla. La flor ilustre que cuidó tu mano tronchóla el soplo de enemigo cierzo; mas la medida del valor humano no el éxito la da, sino el esfuerzo. No queda del ayer para el fenicio mas que la huella del sangriento agravio, y para el pueblo el noble sacrificio y tus laureles de patriota y sabio. Será execrado el triunfo de la fuerza en nuestra actualidad de cautiverio, mientras la ley de la justicia ejerza en la conciencia universal su imperio. Mas no murió la causa independiente. Faltóla el brazo, pero tiene asilo en las almas, y flota en el presente como la cesta bíblica del Nilo.

No es fácil, no, que el ideal sucumba bajo la acción del tiempo o la violencia, pues, como el trigo de la egipcia tumba, en sí contiene secular potencia.

Y ha de surgir en el futuro ignoto, llevado a plenitud por el destino, como la flor del legendario loco, como el cofre del Padre Florentino; porque supo de triunfos y derrotas, porque tuvo su cruz y su calvario; la sangre le ofrecieron los patriotas y tú el cerebro, ¡oh gran Apolinario! Era de hierro y de cristal tu mente; grandes ideas modeló su fragua; tuvo el vuelo del águila potente y la profunda claridad del agua. La vida concentró sus energías en tu cerebro luminoso y triste. Ninguna falta de los pies tenías para los altos

vuelos que emprendiste. Fuiste toda una mente geométrica, fórmula abstracta, puro pensamiento, que nos hablaba en nuestra noche tétrica con una voz de sibilino acento. A la tienda llegó del adversario, razonador, sin altivez ni reto. Si no cambió su juicio refractario, mucho fué que ganara su respeto. Buscó el retiro de rural sosiego y prosiguió su ruta sin desmayo. Para trazar su rúbrica de fuego, tras densa nube se recoge el rayo. Sobre el rojo fulgor del exterminio, sobre el mortal estruendo de las balas, en el azur, su natural dominio, serenamente desplegó las alas. Allí alumbró la senda tenebrosa en su función de numen y atalaya; allí engendró la concepción grandiosa de una fecunda comunión malaya. Tu inteligencia en su carnal encierro, era un poder supremo y absorbente. ¿Que fué tu misma voluntad de hierro sino una fuerza que forjó tu mente? Y este fué el timbre, el sello más glorioso que señaló tu espléndida carrera; rimaste el pensamiento vigoroso con la indomable voluntad austera. Aquí estás ya en lo eterno de la piedra, genio vindicador de nuestra raza. A tu columna, con amor de hiedra, nuestra ferviente admiración se abraza. Gentes futuras cantarán tu nombre, y al contemplar tu busto en el espacio dirán:--«Fué un alto pensador, un hombre justo y tenaz como el varón de Horacio.» Patria, que ves, gozosa, en tu sorpresa, los saltos de gigante de tu raza, y vives entre un iris de promesa y un nubarrón lejano de amenaza; patria fecunda en héroes y licurgos, nadie habrá que tus méritos no estime; pues siendo madre de Rizal y Burgos, pariste un paralítico sublime. Mabini fué un excelso paradigma. En sus virtudes tu virtud renueva. Así saldrás, gallarda y sin estigma, de los rojos crisoles de la prueba. Y aunque contemples en casual desfile el torpe halago y la esperanza trunca, sabrás sentir, cuando tu fe vacile, toda la fuerza del vocablo «nunca». Pero, si indigna de tus dioses lares perpetuamente has de vivir cautiva, fuera mejor que tus contiguos mares en un sepulcro te sepulten viva.

Marzo, 1915. (Al inaugurarse en Batangas el monumento a Apolinario Mabini).

(CON OCASIÓN DEL VIAJE A FILIPINAS DE SALVADOR RUEDA)

Y mientras en Europa tiene un festín la «Intrusa» y los vetustos pueblos son como inmensas piras, España, fabricante de las más fuertes liras, desde el castillo en donde la hostilidad rehusa, amante nos recuerda enviándonos su musa. Gracias, oh madre antigua, por el presente regio que a la abundancia sumas de tus pasados dones. ¿Qué más que la embajada de tu poeta egregio, qué más que su exquisito y vasto florilegio para sellar afectos y sugerir uniones? España: está en el mundo tu alta misión fijada; en sueños de conquista tu acción total se inspira, tu historia está en América, en Flandes y en Granada. Ayer fundaste reinos por medio de la espada. Hoy vuelves a ganarlos por medio de la lira. En la extensión del tiempo aquel sueño aquilino que presidió las hostes del Quinto de los Cárlos, en forma renovada, prosigue su camino. Si a pueblos de tu raza no intentas sojuzgarlos, sus rumbos enderezas hacia un común destino. Yo admiro el alto vuelo de tu ideal conquista que, alzándose del lodo de la mortal miseria, abarca el mundo hispano con ojo imperialista, y aspira, por la magia del sabio y del artista, a establecer las bases de una mayor Iberia. España: nos desune del piélago la anchura; también la propia sangre de tí nos diferencia. Mas tuyo es nuestro idioma, es tuya la cultura que a remontar nos lleva tu nacional altura; que nutre el santo anhelo de nuestra independencia. Y si, por rasgos étnicos, en gran semejanza de tu linaje insigne nuestra nación está, sabemos que, al principio, para pactar su alianza, juntaron y bebieron, a la nativa usanza, sus sangres en un vaso Legazpi y el Rajah. Madre de veinte pueblos que hablan tu hermoso idioma yo te saludo en este tu embajador poeta y ansío que tu sueño, análogo al de Roma, lo vivifique un mundo que te ama y te respeta eterno sea el triunfo de tu vital axioma. Vivir es renovarse. De tu pasada gloria el canto repetido tu acción jamás empaña. España ya estás libre; no hay moros en tu entraña. Renueva el viejo grito que truena por tu historia y dí al patrón heróico: ¡Santiago, y abre España! Abre España a las nuevas corrientes de la vida, abre España al abrazo de sus hijos dispersos y surja del

Pirene, como hostia bendecida, el sol de un culto unánime, en el que adore unida la progenie del inca de los cultos diversos. Bendito será el día en que a la vida brote del suelo de Pelayo un nuevo y fuerte imperio que pase de Galicia, que pase del islote de Gibraltar, el día en que medio hemisferio raye con larga sombra la lanza de Quijote.

Septiembre, 1915.

El sol en su ebriedad suprema el suelo muerde. Porque todo en la hora canicular concuerde, Ni un hálito de brisa cruza la extensa y verde Paz del campo, ni un ave en el azul se pierde. Un mango aislado eleva su centenaria fronda Junto a un punsó 11 enano de giba aguda y monda, Que las hormigas alzan para que en él se esconda El nunu 12 vigilante que por las mieses ronda. Lejos corre, seguida del crío, una potranca; Un carabao lustroso en un charco se estanca; En su lomo una garza hace una nota blanca. Un río desenrosca las eses de su tripa, Y asoman, allá en donde su curva se disipa, Las manchas trapeciales de unos techos de nipa.

Nota 11 : (Punsó) Montículo de tierra elevado para su albergue por la hormiga nombrada anay .

Nota 12 : Fauno, silvano.

(EN LA NATIVIDAD DE RIZAL)

Fué en una hora de graves indicios, cuando por sobre la calma ilusoria, tú, que ensayabas tus vuelos novicios, patria, escuchaste mi voz monitoria. Dieron los hechos razón a mi aviso diste en la clave del pérfido enigma, cándido el pueblo que fué manumiso en la quimera que dora su estigma.

Sobrevivimos con hartazgo a los horrores del fiero desastre; sobrevivimos y un áureo decoro cubre un harapo de vida en arrastre.

¡Oh, cuántas veces, en noches sin astros, como al imperio de un alto dictamen, héroe, tu sombra define sus rastros fija en un gesto solemne de examen! Y yo te veo, temblando ante el mágico gesto que imprime en el aire su marca, (tal vió la sombra paterna aquel trágico príncipe triste que hubo en Dinamarca). No de vindicta de infamias inultas tu epifanía camino me traza; yo te adivino las ansias ocultas: quieres la suerte saber de tu raza. ¡Cómo decirte que un huésped ingrato, hábil en agios y en constituciones, rota la suya, mediante un contrato, es nuestro dueño por veinte millones! 13

Nota 13 : Alfilerazo a los Estados Unidos.

¡Cómo decirte que un mal metabólico identifica a la antigua colonia, que, bajo el peso de hierro simbólico, nuestro terruño nos es Babilonia! ¡Cómo decirte que yerras ilusas las esperanzas bajo un cielo obscuro, que el Ideal, con ambiguas excusas, tiénenlo a fianza de ignoto futuro!

Una tutela que no demandamos pone a las ansias el freno del hecho. Y tras dos guerras por no tener amos, ¡somos mendigos del propio derecho!

Hay libertades civiles, hay templos en que se plasman futuras matrices de ideas sanas, hay nobles ejemplos, ¡hay el empeño de hacernos felices! Tiene un programa de sano humanismo el nuevo César plutócrata y rubio, y hasta en el culto a tu excelso heroísmo se nos asocia en un sabio connubio. Bellas promesas que un rato recrean luego se fugan con gestos ausentes, y en combativas arenas chispean cruentos reproches, cual gladios fulgentes. Propios y ajenos pecados disculpo; --con la codicia, del brazo, va el hambre,-- cierto es, en tanto, que hemópico pulpo viene extendiendo su odiosa raigambre. Haz que formemos, Señor y Maestro, contra ambiciones un sólido muro, por la memoria inmortal del ancestro, por

el destino del nieto futuro. Frente a la audacia del imperialismo, que en triunfo ostenta el orgullo del yelmo, danos tu lumbré, tu bravo heroísmo, y une las almas en fuerte cogüelmo. Y proclamemos, de cara al Destino y ante cañones de gruesos calibres, que existe un nuevo derecho divino: el de los pueblos a ser todos libres. Y antes que el tiempo nuestra espalda encorve, pueda la patria de tu amor, Rizal, bajo el glorioso lumínar del orbe, levantar su bandera nacional.

1920.

Manileño. Residió largas temporadas en la metrópoli, forzado algunas veces por su profesión militar. Murió, siendo comandante, en 1896. Cultivó el apólogo. Dirigió en Manila un diario.

Ve el hombre pasar el año con mirada indiferente, cual ve el árbol la corriente que le riega con su baño. Justo el desprecio es quizá; que el agua que va pasando a la tierra socavando, al árbol arrastrará. Tampoco el hombre «no» advierte del tiempo la brusca huida, ¡que al par que le da la vida, le va arrastrando a la muerte!

Contemporáneo. Natural de la Pampanga.

Lentamente se mustian mis pobres ilusiones Tristemente se mueren mis ensueños en flor... Y en todas mis endechas y en todas mis canciones Solo hay cantos de pena y quejas de dolor. Ignoro este misterio tan triste de mi vida Que a veces con mis lloros, yo quisiera morir... Ignoro si hay otra alma sensible y dolorida Que en esta vida quiera mis penas compartir. Ni los labios henchidos de mimos y embelesos Que mitigan las penas con caricias y besos Han podido de mi alma suavizar el dolor. ¡Misterio de mi vida! ¡Oh mi queja infinita! ¡Sólo a ti te comprende, mi fiel madre bendita, Que con su santo beso, regenera mi amor!...

Hay como besos locos de bocas olorosas, hay brisas perfumadas de lejanos abríles, hay aromas quiméricos de milléguas y rosas, al oscular la aurora los dormidos pensíles. Hermosa está Natura. Albarizos encajes pueblan el azul cielo. En amorosas citas las aves mañaneras juegan en los ramajes y se inebrian de esencias de suaves sampaguitas. Besos de sol se posan en las cabezas mustias, y ante las plantas de una Virgen de las Angustias, musitando plegarias de matinal candor, como una blanca sombra, está Mimí de hinojos desgredada la trenza, soñolientos los ojos, --princesa fugitiva de un país del amor.

A SALVADOR RUEDA

Embajador poeta que vienes a esta tierra donde flameó un día la enseña roja y gualda, toma las galas todas que mi solaz encierra y danos de tus rimas la perennal guirnalda. De tus gloriosos versos la prodigiosa alquimia afianzará los vínculos de nuestra antigua alianza, que no en balde parlamos la hispana lengua eximia y bruñó el sol nativo del «Quijote» la lanza. No morirá en mi tierra la lengua de Castilla, la cultura española no encontrará su ocaso, las leyes del Rey Sabio tendrán vida inmortal; porque en la historia un nombre eternamente brilla, al lado de Cervantes, Molina y Garcilaso, el nombre de aquel vate, héroe y mártir: Rizal.

Octubre, 1915.

Manileño. Comenzó a metrificar para el público a los quince años, y a los diez y siete publicó su volumen Rimas malayas (Manila, 1904). Sus primeros modelos fueron Bécquer, Espronceda y otros bardos hispanos. Idolatrá, luego, en Rubén. También cree en Villaespesa, Rostand y D'Annunzio. Es padre de dos novelas y dos zarzuelas. Laureáronle en copia de certámenes poéticos.

(LETRA DE UN HIMNO ESCOLAR A RIZAL, PREMIADO NOVIEMBRE, 1908), EN CONCURSO
PROMOVIDO POR El Renacimiento , DIARIO NACIONALISTA DE MANILA.

Del suelo de la patria que vuestra, sangre encierra hoy brota un himno santo en vuestro augusto honor.
¡Gloria al que abrió los surcos para labrar su tierra! ¡Gloria al que abrió las almas para enseñar su amor!
No se extinguió en los aires vuestra palabra amada; no faltan labios jóvenes que besen vuestra cruz; y la
legión de apóstoles por vos fructificada no olvida al que en la noche cayó pidiendo luz. Luz para las
conciencias, para las almas todas; luz para el ara triste del olvidado altar; que aquella vuestra lámpara que
se apagó en las bodas iluminó, estallando, el alma popular. Brotan frutos del suelo que el germen vuestro
encierra; las almas aprendieron a amar en vuestro honor... ¡Gloria al que abrió los surcos para labrar su
tierra! ¡Gloria al que abrió las almas para enseñar su amor!

(CUENTO)

Señor: Pues ésta era una gentil chiquilla Hija de un primitivo y autóctono rajhá, Más bella que la estrella
que sobre el viento brilla, Más dulce que este cuento que a tí brindado vá. ¡Si hubieras visto qué ojos! ¡Lo
mismo que dos frutas De un lomboy 14 que tuviera las ramas perfumadas! ¡Y qué labios de rosa! ¡Y qué
gloriosas rutas Y líneas las del cuerpo de carnes encantadas!

Y se llamaba Flora, como la primavera, Y su voz como el canto de los pájaros era, Y sus cabellos
negros y largos, y su frente... Su frente era como un jazmín harto de aurora, Con mucho de románticos
amores soñadora Y mucho de los rayos de luna. Dulcemente.

Nota 14 : Fruto negro, brillante, del árbol así nombrado.

Señor: Pues esta niña estaba abandonada Por el rajhá, ocupado en combates sin fin, Y como ya
muriera su madre, infortunada, Ahora buscaba amor y aroma en el jardín.

Pero las flores, muchísimo menos amorosas Que esas santas llamadas las madres de los hombres, De
la gentil chiquilla y su beldad celosas Acordaron matarla, señor, aunque te asombres. Que a veces la flor
mata, como matan las leyes, Así sean las víctimas diosas o hijas de reyes, Así el verdugo luego grite
arrepentimiento. Y el acuerdo de todas las flores vengativas, Desde las sampaguitas hasta las
siemprevivas, Quedó temblando a modo de una hoz sobre el viento.

Y aquí viene lo triste, señor, de todo esto; Porque una tarde Flora cortó y cortó más flores, Y luego de
apiñarlas en su tagalo cesto, Se fué a su lecho para contarlas sus amores. Y se quedó dormida con ellas,
y con ellas, Que se reían bajo la luz de las estrellas,-- Lámparas de oro puestas en el celaje cónico,--
Flora, a la luz del alba amaneció abrasada, Completa y dulcemente, de muerte perfumada. ¡Las flores la
mataron con su ácido carbónico!

1910.

(HACIA LO PARADÓJICO)

Y Dios cogió una vara de estrellas encendidas Para prenderle fuego al cráter del volcán. Temblaron las
entrañas del monstruo, sacudidas. La noche se tiñó del sol de sus heridas. Y al despertar del sueño de
siglos el titán, Buscó a las dulces vírgenes al pié de su albo lecho, Buscó a las flores hechas de todos sus
vapores Para clavar--¡qué loco!--sus garras en el pecho De vírgenes y flores. Cayeron. Y por ellas Lloró el
coloso luego sus lágrimas de estrellas. Y es que algo en el zarpazo del débil a los fuertes Pudiera
aventurarnos a inmensos silogismos. Si fueran esas cumbres eternamente inertes Las águilas no harían

su nido en los abismos ¡Oh ejemplo de las lavas! ¡Oh, tú, que matas vírgenes y rosas con tus babas
Llorando aquella risa con que rodó Satán! Sigue rompiendo almas, sigue rompiendo prados. Dios cogerá
una vara de lirios perfumados Para apagar el fuego del cráter del volcán.

1910.

Alma bohemia que jamás se abate, gemela de Talión y Prometeo, antes que suene el grito de combate
por la arena del circo me paseo. No temas tú, oh Amor, porque me veas despreciando mi vida ante el
Coloso; Una gota de sangre en las ideas ¡es Jesús en el Gólgota glorioso! ¡Y yo no temo al César! Por mis
venas corre sangre de mártires malayos... ¿Quién dijo que con balas o cadenas puede atajarse el vuelo de
los rayos? Se ha de inclinar su testa coronada bajo el verbo de gloria que pregonó, ¡que es más grande mi
pluma que su espada! ¡y hay más fuerza en mi pecho que en su trono! Pero no has de temblar, ¡oh dulce
amada, Luz de mis ojos, paraíso mío! Cuando tú veas fulgurar mi espada en el solemne y loco desafío.
Que así cubra mi frente la victoria como sobre la arena me desangre, ¡Si triunfo, para tí toda mi gloria! ¡Si
caigo, para tí toda mi sangre!

Yo he abierto mi puerta al mendigo y le he dado el dinero que tengo. El pobre es mi padre y mi amigo, y
es pobre el hogar de que vengo. He dado mi plata, a los ruegos del viejo que llama a mi puerta y clava sus
ojos, ya ciegos, en mi alma al amor siempre abierta. Yo he dado mi plata ¡qué importa! No lloren por mí los
abuelos. La vida es muy triste y muy corta, y hay algo que premian los cielos. Y no ha de faltarme a la
mesa el triste mendrugo que he dado; que un ángel de Dios siempre besa la mesa del que es desgraciado.
Bendiga mi frente la muerta; la madre que lloro y bendigo. Por ella yo he abierto mi puerta, y he dado mi
plata al mendigo.

(PREMIADA EN CONCURSO ORGANIZADO POR LA «CASA DE ESPAÑA», DE MANILA, 1920).

Señor de los poetas, de los desventurados De todos los de ensueño de libertad turbados, De los que
han hambre y sed de justicia en la tierra! Señor de los esclavos, señor de las zagalas, En cuya frente
baten las águilas sus alas, Y en cuyo pecho España su corazón encierra! En la vida que es triste, que es
llena de amargura, Y que sólo el amor salpica de ventura, Como a ingrata doncella amante dadivoso,
¿Qué corazón que suena, que espíritu que adora, No convierte en princesa la humilde labradora Y no cree
que Aldonza es la flor del Toboso? Aún seguimos soñando castillos las posadas, Ejércitos de príncipes
altivos las mesnadas, Jardines encantados los páramos sin dueño, Y en todos los instantes y en todos los
caminos, Todos vamos cayendo por luchar con molinos, Y a todos nos destrozan las aspas del ensueño!
¿Qué sería del mundo sin el halo divino Que nos cubre lo mismo que el yelmo de Mambrino? ¿Qué sería
la vida sin la dulce poesía Que ciega nuestros ojos con sus flotantes tules, Para llenar el alma de límites
azules, Y partir con un Sancho el pan de cada día? ¡Oh, señor, ve que es cosa de gran desesperanza salir
por esos campos empuñando la lanza, A desfacer entuertos en sin igual empresa! ¡Luchar con la quimera
hasta rendir los brazos, Y azotarse las carnes hasta hacerlas pedazos, Por romper el encanto que
aduerme a una princesa! Pero todos lo hacemos. Todos siguen de trote No hay un hijo de España que no
sea Quijote, Y aunque vaya soñando, haga el bien por doquiera. Destrozado y herido le hallarán en la
vida, Pero no habrá una herida más ideal que su herida, Ni habrá estrella más alta que su noble quimera.
Nada importa el que clama que su esfuerzo es locura, Que es inútil su arrojo, que es fatal su aventura
¡Don Quijote discute todo eso con su lanza! Y, en tanto ya ensartando malandrines follones, Cargado de
esperanzas, de ensueños, de visiones, Por los campos del mundo avanza, avanza, avánzala.... A su paso
se llenan de flores los caminos, Se abren todas las ventas, se callan los molinos, Y aunque por todo oro
lleve su sola historia, Ante su porte triste soberbio, vagabundo, El sol se para en lo alto de la frente del

mundo, Y como una campana de luz repica a gloria.

(PREMIADA EN EL MISMO CERTAMEN QUE LA ANTERIOR)

Cuando cada monarca de la tierra Sobre un cráter de horror su espada afila, Y muere en flor la pompa de la tierra Bajo los potros del moderno Atila; Cuando Europa, violada y destruida, En ese loco batallar sin nombre, Siente que escapa su divina vida En el agonizar de cada hombre; Sólo tú, paladín excelso y franco, Caballero ideal de punta en blanco, Guardas tu espada de encendida lumbre, Y abres en cruz tus brazos soberanos, Para llamar a todos tus hermanos, Como un Dios en lo alto de una cumbre.

VICTORIA DE BATTEMBERG

Mujer de fresa y nieve y terciopelo, Suave como los besos de las brisas, En cuyos ojos el azul del cielo Es una flor de luz rota en sonrisas; Hada dormida en pálido y sonoro Ensueño ideal de amores y sigilos, Cuyos cabellos de fragante oro perfumaron a un rey entre sus hilos; Reina gentil de aroma y maravillas A quien un pueblo puesto de rodillas Como a custodia de su fé venera. No de Isabel la sangre esplendorosa Va en tus venas. ¡Pero eres una rosa Que lleva España abierta en su bandera!

BANDERA ESPAÑOLA

No hubo rincón en el mundo en que no ondearas, Izada por la gloria de una hazaña; No hubo ciudad ni yermo en que no hablaras, Con tu oro y con tu púrpura, de España. Y siempre en lo alto del ideal que enfloras, Y del amor divino que sustentas, Te besaron sonriendo las auroras, Y te escupieron su ira las tormentas. Pero aún flameas bajo el sol intacta, Y la gloria que aun contigo pacta Alza hacia ti su corazón desnudo. Te reserva más cumbres y más cielo; Cumbres de amor y honor para tu vuelo; Cielos de egregia luz para tu escudo!

El alma del poeta filipino Se detiene en la aurora del camino Y llama con sus alas a tu puerta ¡Es la hora en que el amor abre sus galas Si has oído los golpes de mis alas, Señora de mis cánticos, despierta! Crisol de veinte estados castellanos, Reina que sostuviste con tus manos De dos Mundos la esfera estremecida, Y rasgaste en pedazos tu bandera Porque la enseña de esos pueblos fuera Girón de tu alma, soplo de tu vida! ¡Vieja y noble leona castellana! Tuya será la norma del mañana, Como es hoy, por la gloria de tus hechos. ¡Te lo rujen unidos los cachorros Que se amamantaron con los chorros De las divinas fuentes de tus pechos! Te lo dice esta fiesta de la Raza, Rosal de luz que en rosas se te enlaza; Y de onda a onda, en rebrincar mirífico Te lo clama vibrando en aureo cántico, Cristóforo Colombo en el Atlántico, Y Hernán de Magalhaes en el Pacífico. Tu eres la amada que jamás se olvida, La labradora, de ilusión vestida, Que hace de eriales, cármes fecundos, Y si ante el Cid, Castilla no se ensancha, En cambio Don Quijote de la Mancha Tiene por lanza el cetro de los mundos. ¿Qué te importa que en tierras del Oriente Coronaran de abrojos la tu frente? ¿Qué, el que las Américas en coro Se desprendieran todas de tus brazos? «Un anillo de oro hecho pedazos, Ya no es anillo, pero siempre es oro!» Y nos queda el amor. ¡Lo que no muere! Lo que es igual cuando nos besa o hiere! ¡Rosa inmortal rodeada de espinas! El santo amor que te empujó quimérica A vender tu corona por América, Y a abrirte el corazón por Filipinas. Alza la frente que abatió la pena; Sacude el huracán de tu melena; Llene el viento el clangor de tus rugidos... Despierta, hermosa leona castellana, Que tus huestes tocando están a diana, Con los aceros hacia a tí rendidos. Restallan bajo el sol tus estandartes, Dice España el amor por todas partes, Las almas beben cuanto tú interpretas, Y por cumbres, collados y senderos, Se une al himno triunfal de los guerreros, La divina canción de los poetas. Por igual en las pampas argentinas Que en nuestras sementeras filipinas, La espiga de oro que en el sol se baña Y la flor que perfuma estremecida, Flor que es el alma, espiga que

es la vida, Son vida y alma tuyas, madre España... ¡Madre, sí, más que reina, más que dueña, Madre de Guatemoc cuando te sueña, Y de Kalipulako si te hiere! ¡Madre que todo lo ama y lo perdona! ¿Qué labio ruin tu gloria no pregonas? ¿Qué pecho es el traidor que no te quiere? ¡Oh, España! ¡Porque en tu alma nos enlazas, Que te troven su amor todas las razas! ¡Y pues sus grandes gestas altaneras Creó el mundo al calor de tus leones, Que te echen flores todas las naciones, Y que te besen todas las banderas! El eco de tu mágico renombre Que de hemisferio en hemisferio vuela, Es el atril divino de tu Historia.... ¡Llenas están las tierras de tu nombre! ¡Llenos están los mares de tu estela! ¡Llenos están los cielos de tu gloria!

Octubre, 1921.

Contemporáneo. De familia lauta, nació en Manila el 30 de Septiembre de 1892. Cursó estudios en el Instituto de los Jesuitas y Universidad dominicana de Santo Tomás. Aquí, algunos de Medicina. Colabora en Prensa de Manila e Ilo-Ilo, habiendo dirigido en la capital de las Bisayas el «Nuevo Herald». Sus poetas favoritos son Villaespesa, Carrere, Marquina, Juan Ramón Jiménez, los hermanos Machado y Nervo. Pero, sobre todos, Rubén Darío. Ha usado el seudónimo Floriam .

He mirado tus ojos serenos, me he bañado en su luz tardecina, y he sentido vibrar alma adentro una voz misteriosa escondida... Fiel remedo de acordes lejanos, con arrullo de besos y brisas, con susurro de mansas corrientes, con acento de notas distintas, con la amarga profunda tristeza que evoca doliente la cítara lírica. He mirado tus ojos serenos, me he bañado en su luz tardecina, y he logrado saber tus angustias, y he logrado leer tus desdichas. Hay un dardo mortal en tu pecho y en tu frente una sombra querida, una tenue tristeza en tu rostro y en tu boca una vaga sonrisa... algo raro que es todo un misterio, que nadie lo acierta y no lo adivina. No te importe la cruel carcajada de esa gran muchedumbre que grita. Ven a mi, pobre enferma del alma, y en mis hombros amantes reclinada. Yo te doy el calor de mis brazos, yo te entrego gustoso mi vida, yo te ofrendo la miel de mis trovas, yo seré tu cantor, alma mía... quien arrulle con versos tus sueños tus sueños marchitos, mimosa chiquilla.

1920

En las postreras horas del crepúsculo, cuando respira todo paz y calma, y la tristeza reina en el ambiente oloroso a sampagas...; ese momento hermoso del sol que se desmaya, ocultando sus últimos fulgores en las cumbres lejanas, para dar paso a la plateada luna que en luces se desata; cuando pára el acento de las corrientes mansas, y de las ramas dormidas descansan sosegadas las mayas 15 que anhelantes sólo sueñan en la pronta alborada para lanzar de nuevo por los aires la voz de su garganta; cuando parece que la gente toda el calor del hogar busca en sus casas, gusta en estas horas de quietud solemne mi fantasía alada de remontarse hasta el azul del cielo a regiones soñadas donde no existen viles opresores, ni pasiones funestas y malvadas.

Nota 15 : Pájaro diminuto, de dulce pio, abundante en los bosques del país.

Semejante ilusión mi mente crea cuando en la imperial calma de la tarde que muere lentamente, cual la luz de una llama, yo dejo en libertad mi pensamiento que forja una añoranza; sueño estar a tu lado, y es mi anhelo y son mi dicha y mi alegría tantas que con amor te llamo como un loco buscando a la mujer que yo soñara en un rato de ciego desvarío, que con fervor pensaba, recordando en el brillo de tus ojos cual fulgor de alborada... Mas, ¡nada! esta ilusión, fugaz, ligera, sólo es vana esperanza que aumenta mi dolor y mi agonía que me roba la calma, y arranca de mis ojos melancólicos, sinceras, fugitivas, muchas lágrimas.

Abril, 1919.

Bien, aquí estoy, de cara al Universo, Altivo el gesto y el mirar sereno; Lanzando al viento mi sonoro verso, De grato incienso y de perfumes pleno. Desde mi alto sitio, indiferente, Contemplo al pueblo que ante mí se inclina; La pobre humanidad triste y doliente Que por la senda del ideal camina. Me encuentro solo, sin ningún recelo A los Zoilos pedantes y ruines. Yo tengo por bandera el ancho cielo, Vibra mi voz en todos los confines. Me inspiran compasión esos traidores Que vallas van poniendo en mi camino, Mi numen de centellas y fulgores Les señala a cada uno su destino. No me asusta el ladrido de los canes Que celosos envidian de mi suerte; Yo, como Cristo, repartiendo panes Protejo al débil cuanto insulto al fuerte. Soy el bardo rebelde que en sí encierra Un corazón ingente y bondadoso; Y mi verbo es de admonición y guerra Que aplasta al necio vil, ruin y coloso. No me espanta la voz del sordo trueno. Yo no conozco el miedo ni el fracaso, Mi alma es un sol de resplandores lleno... Sobre la ignota muchedumbre paso. ¡Oh, musa, ven a mí! Dame tu aliento, Que quiero hablar retando al orbe entero, Y aunque el dolor me abrume el sentimiento No he de soltar mi cítara de acero. Me gusta combatir. Amo la lucha. Me siento fuerte ante el cruel tirano, Y al torpe que mi voz no atento escucha, Castigo impío con nervuda mano. ¿Qué me importa lidiar?--Si tras la lidia Me aguarda entre sus brazos la victoria. ¿Qué me importa que otros con perfidia Quieran manchar mi nombre envuelto en gloria? Detesto el odio, la traición y engaño Y a aquellos quienes me odian los perdono; Podrán viles hacerme todo daño, Mas no me harán temblar en mi alto trono. Por encima del odio y de la inquina, Todos pregonan mi carácter noble. Yo proclamo mi sangre filipina, Y tengo la altivez del viejo roble. He heredado mi roja rebeldía De un valiente sultán invicto moro. Es mi sola heredad, y a fe mía, Yo la guardo como único tesoro...

1920.

Alma presa de dolencia, Nunca encontrarás clemencia Si no te acudes a mí: Yo tu tristeza sentí, Alma presa de dolencia. Rosa de melancolía, Toda pasión y dulzura, ¿Quién te dará su alegría? Yo por tu bien te daría, Todo mi amor y ternura, Rosa de melancolía. Todo es mentira en el mundo. El desengaño encontraste, Tu que mi afán despertaste, Con tu desprecio profundo. ¡Todo en la vida es contraste, Todo es mentira en el mundo! Olvidemos lo pasado, Ven de mis ansias en pos... Ya que el amor ha tronchado La existencia de los dos, Olvidemos lo pasado. Lejos de todo, olvidados, Entre mil plantas y flores Construyamos nuestro hogar; Y por siempre enamorados, Cantemos nuestros amores, Ciegos a cualquier pesar, Lejos de todo, olvidados....

Manileño aunque de abolengo español. Abogado por la Universidad de Manila. En esta ciudad, muy joven, comenzó a actuar de periodista en «El Comercio» y otros diarios españoles. Alrededor del cambio de dominación vino a España, fijando su residencia en Barcelona, donde ejerce con lucimiento su carrera hace más de veinte años.

¡Qué dulcemente en el eterno sueño que en flor segó una vida sin agravios...! La pálida escarlata de tus labios que el rocío del alma humedecía, los santos clavos del sagrado Leño tenuamente teñía. Contemplando tu faz agonizante, contemplando impotente que arrastraba mis venturas la Muerte en su fiereza, «¡En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu...!», clamaba trémula de estupor mi voz desesperante. Dulcísima rendiste la cabeza consumando espantoso sacrificio; a la gloria ascendiste con presteza para empuñar de la virtud la palma, dejándome en el alma mortal tortura, aterrador suplicio...

.....

Tus despojos después enriquecieron pródigas flores que en cercano día en ánforas tus manos dispusieron, las mismas que en tus últimos delirios impetrabas la amable compañía. Y verbenas y anémonas y lirios, llenos de excelsitud y de poesía, rociados con mi llanto fueron contigo, ¡Emula! al

Camposanto...

Me prestas la sonrisa encantadora que el pecho desgarrado necesita para aplacar los ayes que vomita del terrible dolor que le devora. De nuestro amor el ánsia arrobadora que fluya eternamente Dios permita, feliz en tu alma en la Mansión bendita, triste en mí en esta Tierra engañadora! Por eso le suplico reverente que no falte jamás luz en la mente para que en ti se fije el pensamiento; en el habla, calor para ensalzarte; y fuego abrasador, encendimiento vivo en el corazón, para adorarte.

¡Mirtácea esplendorosa...! ¡Quién pudiera en tu médula inyectar la esencia misteriosa del alma tormentosa que no ha podido el llanto debelar! Tu estrenua arboladura gallarda y rígida se yergue al pie de sacra sepultura que guarda la armadura de la verdad de mi amorosa fe. Tu fronda balancea temerosa, y las hojas ven lucir cuando el día febea, la líquida presea que ha de absorber la tierra al efundir. El pétalo minúsculo ufana ostenta tu plateada flor, y al brote de su súrculo más vivo en el crepúsculo en declinando el sol dominador. Exhala ténue esencia, que es plegaria que envuelve, al descender hasta la Omnipotencia, lamento y asistencia, primera lágrima, efusión postrer. ¡Eucalipto arrogante que erguido impávido junto al panteón despliegas fascinante tu fronda murmurante y embalsama tu nívea floración; cipo fúnebre; estela que Natura lavanta a la virtud; superno centinela que siempre, siempre vela de mi amada la frígida quietud; mirtácea esplendorosa...! ¡Quién pudiera en tus fibras inyectar la esencia misteriosa del alma congojosa que no ha podido el llanto debelar!

Contemporáneo. Frisaba con los 17 años cuando publicó en Manila (1911) su colección de poesías Luzónicas . Es natural de la Pampanga.

Ha llegado a mi casa sobre el ala de un rayo y ha llenado de rosas mi pobre habitación, y yo le he preguntado quién era, y era Mayo, Mayo con su perfume de flor y corazón. Abriéronse mis brazos a su áurea caravana y se llenó mi mesa de vaga devoción; fué un desfile de rosas y aves por mi ventana, abierta a la olorosa y dulce procesión. Y al fin, emocionado, hablé:--Mayo, ¿qué quieres? (El me miraba como miran esas mujeres que están enamoradas o enfermas de soñar). Mayo ¿qué quieres?--dije de nuevo. Y él entonces, sonó todas sus risas, sus besos y sus bronces, para rugirme como pudiera un tigre:--¡Amar...!

Que descansen en paz los que cayeron porque el volcán les hizo lo que fueron: barro, barro no más, ¡Que descansen en paz! Un requiescat a todos los temblores, y a todos los dolores, de los niños, ancianos y mujeres, que mató ese maldito, ese loco criminal que en el mapa se llama el volcán de Taal. Dios puso el fuego en los volcanes como galas, para que su humo trémulo, a modo de un favor, le incensase; como puso dos alas en el ave y cien alas en la flor para que le perfumase. Y de esto que proclamo ¡oh, pueblo! no te asombres; conos de cumbres, horror de los infiernos, los volcanes, los reyes, los gobiernos, son para la vida universal que yo amo y no para matar razas y hombres. Para el desastre hay que oponer el alma; a la indigencia abrir nuestro tesoro, y ahora que alumbra, en calma, el sol, los restos de aquel toro de oro que adoraba el taaleño como Israel el becerro en los vastos desiertos, lloremos por los muertos, por el hombre, el águila y el perro. También lloró el volcán. Y fué su llanto de lágrimas de oro, de besos de quebranto, y de terror, después que vió a sus vírgenes completamente yertas, después que vió a sus islas completamente muertas, Y sobre todo, muerto para él, todo el amor. Mirad. No tiene fuego; su cumbre está violada, su entraña carcomida, perdió el Coloso vida, de tanta vida en flor, como extirpara luego, y loco de vergüenza y de arrepentimiento, va hundiéndose, va hundiéndose, la mismo que un perfume deshecho por el viento; reuniéndose; plegándose como una multitud plegárase en un templo, o como van los pájaros enfermos a su nido, para gemir:--¡Oh, Césares, miraos en mi ejemplo! para gritar:--¡Oh fuertes,

yo muero arrepentido....!

Nació en Parañaque (hoy provincia de Rizal), el 17 de Febrero de 1890. Estudió en el Ateneo municipal de los Jesuitas y luego en la Universidad de Santo Tomás. A los nueve años hacía versos castellanos. A los 14 los componía en latín. Ha obtenido premios en certámenes. Sin desdeñar lo moderno, venera a los clásicos españoles. Es maravilloso declamador. Ahora actúa como redactor muy distinguido de «La Vanguardia» y profesor de la Universidad de Filipinas.

(EN UN ALBUM)

En la flor de tus labios adivino algo ideal que tu hermosura viste, mientras, soñando en ellos, bebo el vino de un ensueño de gloria que no existe. Lo imposible es un ala que nos roza creando en el dolor fuertes enojos. ¡Ay! No poder volver hasta mi choza, llevando la presea de tus ojos! Le diría a mi madre:--¡Madre mía, pon tu albo traje, alégrate sin tasa; ya tenemos los dos, de noche y día, Un milagro de Dios en nuestra casa!

Dios ha puesto en el arco de tus cejas la excelsitud de un arco-iris santo, igual que pongo un borbotón de canto en una lira de cadencias viejas. En el hondo negror de tus guedejas la Noche oscura distendió su manto, esa deidad que sorprendió mi llanto más de una vez en tus doradas rejas. Ven, y no tardes más. Dios ha querido que fueras la paloma que convida a las ternezas místicas del nido, y yo, un fuerte soldado apolonida, que, recogiendo mi pendón caído, con la espada y laúd, te dé la vida.

Julio, 1919.

(A SALVADOR RUEDA, DURANTE SU ESTANCIA EN MANILA) (FRAGMENTO)

Embajador de madre Hispania: alzo la copa a lo alto del Ensueño por la salud de Europa, la Europa uncida al yugo del hado militar bautizada con sangre por aire, tierra y mar, la Europa que há rencores de hermanos entre hermanos pero jamás de bardos indios y castellanos, porque es la onda que corre por la arteria del verso piélagos de armonías que baña el Universo. La España de hoy es sorda a irrumpir de metralla ahita de laureles en cesáreas batallas, no quiere ya ser cuna del Cid y de Pelayo, de la Armada Invencible, los Tercios, Dos de Mayo, la que hizo de los pueblos haz de suelo español en que no se ponía la hipérbola del sol; ramo de oliva porta en sus divinas manos, que no quieren teñirse en sangre de cristianos, consiguiendo el arrullo de la fabla rimada lo que soñara en vano tiranizar la espada. Tú, que al partir de Cuba, inclinada la frente, cojiste tierra, «para besarla eternamente», lee en el libro abierto de mi Naturaleza, donde es panal la vida y otro Dios la belleza, donde, como en un pórtico de bienaventuranza, encontrarás a cada aurora una esperanza, y en la mujer, la flor, el nido y los alcores, oirás la sinfonía de todos los amores; el cielo, siempre azul, sin mácula ni daño, que da eternal cobijo al propio y al extraño; los árboles ciclopeos que alzan la copa al cielo y hunden, por defenderse, la raigambre en el suelo, de corteza tan amplia, que unida la cintura de tres gigantes de descomunal figura; el Apo y el Maquiling, el Taal y el Mayón 16 de fraguas encendidas como un gran corazón, incensario de fuego hiriente en el altar de la patria, como un eterno luminar, como idea que salta del crisol de tu mente, como el anhelo indígena de ser independiente...

Nota 16 : Volcanes filipinos.

Y así, mientras la Europa riñe feroz contienda, y España es madre que no olvida a su hija ausente, también como guerrero de acero no humillado que alegra la vejez mirando en el pasado...

Ese es el pueblo tuyo, que canta diplomacias del rey Alfonso XIII, flor de las democracias; que con la unción del reino te entregó el estandarte tutelar y simbólico de la Paz y del Arte, para que tu voz fuera en mi indiano solar el reparto y renuevo de un amor secular, (el árbol que la entraña de nuestro bosque cría en cada retoñar acrece su ufanía); para que tu voz fuera el aviso y proclama de que el idioma hispano no muere, pues se le ama, y España es madre que no olvida a su hija ausente a quien dió sangre e idioma en un rincón de Oriente; y de que es ley que el vínculo espiritual subsista por cima del destino, del tiempo y la conquista. Herald de grandezas de la matrona ibérica, que pulsaste la cítara en la española América, y envuelto entre los pliegues de su argentino manto volcaste toda el ánfora de tu lirismo santo, la flor que aroma, clave que trina, el río en calma, como en el laberinto de sus dudas el alma, te brindará su encanto la paz de los cañales, desatará tu rima bajo espesos mangales, te pondrás en el cuello un collar de sampagas, la flor amada de las vírgenes dalagas... Verás, al fin, un breve Edén en el planeta que no pudo jamás soñar ningún poeta. Canta, poeta, canta. Pienso y no es desvarío, que ha de inmortalizar tu canto al pueblo mío.

Septiembre, 1915.

Al ver los oros tenues de tu encaje, tu lino de eucarística blancura, quiero curar mi hidalga desventura encarcelado en la prisión de un traje. Tal que mis potros es mi amor salvaje; pero, en mi sed de clásica aventura, yo deshojo una flor a la hermosura y la rindo perpetuo vasallaje. Ya se que afirmas que no sabes cómo el ciego impulso de mis potros domo; pero perdona si a mi vez te arguyo, Que este mi amor es impetuosa fiera que sólo una mujer domar pudiera con un mirar celeste como el tuyo.

Antes de abandonarte, ciudad maravillosa, que ungiste de alegrías mi peregrinación, quiero dejar prendida en tu escudo una rosa, que yo he santificado ante el altar de Otón. La nave lleva al bardo. Pero en la silenciosa lágrima que yo vierto, queda mi corazón; y el noble ilongo amigo, como la ilonga hermosa, vivirán por los siglos dentro de mi canción. Más alto que el kanuyos cerniéndose en los montes mi alma tenderá el vuelo a extraños horizontes, cantando de los pueblos el himno redentor; Pero, así bramen vientos y se refosquen cielos, hacia estas islas sacras retornará sus vuelos, ¡como el ave que vuelve a su nidal de amor!

Abril, 1920.

Mujer, ¿te acuerdas? Con la sien caída, en tu palor marmóreo de azucena, tú desleías, como un alma buena, todo el rosal de una ilusión perdida. Aquella tarde fué. No sé si herida en la raíz de tu virtud serena, mi audacia fácil añadió otra pena al calvario de penas de tu vida. Llorabas y reías. De tu boca, rojo nidal de sierpes del deseo, fluían en suspiros mil encantos... --¡Qué loco eres!--dijiste. Y yo, ¡qué local!-- Pero en medio de tanto devaneo, --¿lo recuerdas aún?--fuimos dos santos.

Julio, 1920.

La dulce Hija, postrándose de hinojos, dice a la Madre, a tiempo que sus ojos leve cendal de lágrimas empaña:-- --«Dios ha dispuesto el término del plazo y ya es la hora de romper el lazo que nos unió tres siglos, ¡Madre España!

¡Madre, sí, madre! Sobre mi haz tendido va fermentando el anhelar dormido y, el germen abonado se agiganta, la gratitud es flor del alma mía, y no muere la clásica hidalguía donde se irgue tu cruz, tres reces santa.

Puede venir el águila altanera y hundir el corvo pico en la bandera de gualda y oro, que nos da alegría; podrán poner a mi garganta un nudo, que cuando ¡el labio se retuerza mudo, irá a gritar el alma: ¡Madre mía!

¡Dichoso instante aquel que vió a las olas dialogar con las naves españolas, llevando a Limasawa a Magallanes! De entonces a hoy, portentos mil se han visto, y es que el poder de España arraiga en Cristo, manso y sin hiel, multiplicando panes.

Soberbio es tu ideal, como tu gloria, largos siglos ataste a la victoria al carro de tu funesta monarquía. ¿Cómo no amar tu gesta no igualada, si en las fronteras que humilló tu espada, el gran disco del sol no se ponía?

Mas, ¡no es la espada omnipotente sólo la que al brillar del uno al otro polo, obró cien maravillas en el llano; es la esencia vital de las Españas, que al invadir palacios y cabañas, prestó eficacia al ideal cristiano.

Quién empuñó con varonil denuedo, en los tiempos de Lope y de Quevedo, «el cetro de oro y el blasón divino»; quién sembró de fé en la individual conciencia decoro en la mujer, que es otra herencia, luz en las mentes y oro en el camino.

La que duerme arrullada por el cántico de las ingentes olas del Atlántico; la que empujó a Colón hasta la entraña del mundo nuevo, que copió su hechura; la que llevó a las pueblos fé y cultura y áuras de libertad... Esa es España.

España, la invencible soñadora, que monta rocinantes a deshora, los toros lidia, viste la mantilla, ama la jota y al danzón se entrega, mas cuyo acero no es una hoz que siega, sino arado que pone la semilla;

La patria de la vid y la verbena, que fía a la guitarra su honda pena, dominadora de la Argel moruna, la que las tierras incas civiliza, hidalgo pueblo, de otros cien nodriza, única madre que meció mi cuna.

Los claustros de tus Cuevas y tus Prados noche y día miráronse atestados de hijos nativos del saber amantes: hiciste héroes y armaste caballeros, y aun late en el cantar de mis troveros la dulcísima lengua de Cervantes.

¡Oh rica fabla espiritual! Simula cordaje de una cítara que ondula, --es blanda arcilla y música ese idioma--, claro choque de perlas y corales, remedo de los coros celestiales que de Dios mismo su raigambre toma.

Si lloro, se unifica con mi llanto, impregna hasta el kundiman 17 cuando canto, y es en la liza imprecación y alerta. Podrán hurtarme mis veneros de oro, pero al perder tan singular tesoro, es que habré sido traicionado y muerta.

Nota 17 : Canto popular filipino.

Rizal, Mabini, del Rosario y Luna, hijos míos y tuyos son. Cada una lleva en la frente un evangelio escrito. Si yo les dí mi maternal entraña, no empresa mía fué, sino de España, fundir el alma en su troquel bendito.

La Cruz de Archedera y Urdaneta está en mis cielos, tabla es que sujeta, cuando zozobra, al bien; porque a despecho de las más encontradas ambiciones, tu religión, tu fé, tus tradiciones, han abrigo recóndito en mi pecho.

En el curso del tiempo, desenvuelto, tú, España, volverás,--¿Qué amor no ha vuelto?-- Presa en la red del propio bien perdido:

serás un ave, enferma de añoranza, que va a volar cuando la noche avanza, en dirección al solitario nido...

Si están ahitos de llorar tus ojos, y en otros días te causara enojos, la era de paz y de perdón se inicie. ¡Oh, qué mejor que tras la despedida, seamos como el agua, en dos partida, que se torna a juntar en la planicie!

...Mientras la vista atónita vislumbra la luz de redención en la penumbra, e hijos del alma apréstanse a las lides; ¡vé, Madre! Y digan valles y colinas: ¡Gloria a la Madre España en Filipinas!... ¡Llor eterno a tí! Tú, no me olvides.»

Veterano poeta cuyo plectro ha golpeado la lira bajo las dos soberanías. Nació en Biñán (Laguna), en 1860, Fué condiscípulo y alter ego de Rizal en el Ateneo municipal, y juntos se graduaron de bachiller en 1877. Hacía versos a los catorce años. Cursó la carrera de ingeniero industrial, y para perfeccionar sus estudios viajó por Europa, Años residió en Barcelona. Son sus pasiones, además de la matemática, el ajedrez y la música. Fué general de ingenieros con el ejército revolucionario. Sus poetas dilectos son Campoamor y Villaespesa. Mora en Manila actualmente, siendo profesor de guitarra del Conservatorio.

El rocío de nubes blanquecinas Eterniza la flor de las colinas , Esa flor que en su cáliz peregrino Encierra el ósculo del amor divino, Llevado allí por las sublimes notas Del eterno cantar de los patriotas. Blanca flor de montañas Que en el azul empíreo se mece, Cuando surgen patrióticas hazañas Se multiplica y por doquier florece; Pero diz que se oculta y desaparece, O se demuda roja, Cuando patria postrada se sonroja, Y vagan por las nubes sus raíces Lloradas por las musas infelices. En tanto llega el día En que, unido el valor a la hidalguía, Surje en la excelsa cumbre La cálida ambrosía Que, a la ignición de misteriosa lumbre, La planta vitaliza Y el amor de las musas fecundiza. Sus hojas transparentes, que guarnecen flexibles enramadas, Irradian luces mil, resplandecientes En medio de penumbras, azuladas, Y esparcen, difundidos en su brillo, Los campestres olores del tomillo Refrescados por niveas sampaguitas, Burlonas de las cuitas. Del filipino céfiro amoroso, Que atrae candencioso Mil íntimas fruiciones infinitas... Vértigo voluptuoso De sonrisas, caricias y murmullo Que vibran de una flor en el capullo. El tronco de esa planta legendaria Viste el tul que en la selva solitaria La quietud simboliza Y el frío del olvido cristaliza. Mas, en lo alto, los vientos con sus marchas Pasan para engarzar vivas escarchas En derredor del cristalino encaje Que en excelso ropaje El tronco viste... ¡signo de grandezas! Bajo una blanca trama de finezas. Misterioso tamiz de las virtudes Que alcanzan a divinas altitudes, y parece una espléndida bandera Que cubre un mástil de genial quimera. Veste reticular a cuyas mallas Llega el eco triunfal de las batallas, Velo quizás de nupcias redentoras Que a la patria querida Viene anunciando bendecidas horas De una raza indomable redimida. Y ¡lo que más asombra!... Sus raíces nunca, yacen en la sombra. Se adaptan en graníticas fisuras, Desafiando el rigor de las alturas. Forman telas de mimbre, De finísima, urdimbre, Sobre cálido erial o entre los hielos... Sólidas, al amparo de los cielos, Y a la vista del sol y las estrellas, Bajo el fluído vital de las centellas. Y, hasta en sus pequeñeces, No puede la soberbia planta humana Hollar con altiveces La raíz soberana, Que en la cúspide siempre se coloca De acantilada roca, Por cortantes aristas defendida... Y es necesario despreciar la vida Para llegar al pie de la meseta Donde marca la flor difícil meta... Pináculo oriental de lo sublime Al que el astro solar su beso imprime, Genio inmortal que velas noche y día Por la ventura de la patria mía: ¿Cuando hallarás la flor de los colinas En las altas montañas filipinas?

En sus juegos de niño, Al descender ufano Del tronco envejecido de un manzano, Miraba con cariño El fruto más hermoso, Que a mí me regalaba generoso, Y muy sério decía: «Es pequeña, redonda, Y parece una cara de muñeca Sonrosada y moronda... Y yo, en vez de comerla, le pondría Ojitos».--Y, apesar de alguna mueca, Convertía aquel fruto En busto de cupido diminuto. Lector; si creés invención galana La escultura pueril de la manzana, Admite estos detalles, Y prueba por tí mismo, (Siempre que iguales elementos halles Para el escultural idealismo), Hacer de aquella fruta Una muñeca fresca y diminuta. Manzana filipina, Sonrosada, aromosa, pequeñina, Y para dar una cabal idea, De la infantil presea, Te diré los coloquios que en la infancia Sostuve con Rizal, en una estancia. Parece que lo veo: Con un carbón muy negro y puntiagudo Le puso cejas y ojos... lo que pudo. --¿Sin narices? le dije, ¡oh que feo...! --«Estate quieto, espera, ya le pondremos la nariz de cera, Una nariz pequeña, filipina, Nariz de la modestia, simple y fina.» --Pero dime, ¿y la boca? --«Eso aquí, muy pequeña, se coloca Sobre este hueco, ¡hoyuelo de bellezas! Expresión de inocentes gentilezas. Con dos más, forman una maravilla En cualquier sitio de infantil mejilla». --¿Queda sin cabellera? --«Sí. Sólo una gorrita Con una blanca y grande sampaguita 18 . Un pámpano escotado por pechera, Y en el cuello... así... o como se quiera Por corbata ilang-ilang o champacas 19 O las verdes hojuelas de albahacas; Por faldillas las rojas gumamelas 20 Y dos partidos mondos cacahuets Por piés, con dos corolas por chinelas, Ocultas por ribetes Formados en minúsculos estambres, Y verdosos pistilos, Que ensartan dos alambres O metálicos hilos, A simular el oropel y encantos Que dan la majestad a regios mantos.

Nota 18 : Aromosas flores del Archipiélago.

Nota 19 : Flor roja, silvestre, parecida a nuestra amapola.

Nota 20 : Hibiscos (Tagalog).

«¡Es niño filipino!»,--me decía,-- «Le visto con suprema gallardía.» Pasaron sin quebrantos Esos días de juegos infantiles; Vinieron los Abriles, Con todos sus encantos Haciendo palpar los corazones. Y Rizal ya tallaba Machetes y cañones, Y siempre preparaba,-- ¡Manera singular de sus hazañas!-- Contra el cañón el triunfo de las cañas. Y esto es verdad, mi buen lector mundano, Porque él, con catapultas de cañizo, Con frecuencia deshizo El rico armón de mi cañón prusiano. ¡Del arte militar, el horizonte Que ve un Napoleón o un Jenofonte...! Mas tarde, siempre vencedor en tierra, Piensa en barcos de guerra filipinos... Y ya cansado un día De la dificultad que siempre encierra El triunfo en mar bravía, ¡Buscó en lo sobrehumano los destinos...! Se puso con empeño A esculpir en un leño El frío simbolismo de algún santo... Y el arte místico feliz nacía Con religioso encanto Al modelar su culta idolatría. Ya es preciso cruzar los anchos mares. Los genios tutelares Nos señalan el triunfo muy lejano. Allende el Océano Veremos a Rizal en Barcelona Sobre una mesa del «Café Pelayo» Mirarnos de soslayo, y con, medida artística segura y sonrisa burlona, En el mármol hermoso, muy pulido, Una caricatura Haciendo, pronto, igual y de corrido. y allí nos señalaba, Con rayas y con puntos Cada uno y todos juntos, Y caracterizaba Nuestras tendencias siempre juveniles En el loco correr de los Abriles. Do quiera, hasta en los días de algaradas Era Rizal artista en las veladas. Siempre sus poesías Eran una escultura, O luciente pintura, De sublimes, vibrantes melodías Que por los mares y hasta por los aires Transportaba, en patrióticos donaires, Su artístico altar de estro divino, Del suelo filipino Amor de sus amores, Búcaro inmenso de orientales flores. Recuerdo que una tarde del Otoño, En la Villa del oso y del madroño, En casa de Paterno, De filipinas glorias Recolector eterno Y pensador de idílicas historias, Se hallaban literatos, Ministros, periodistas, Músicos y pintores, Y todos los artistas, En raros pugilatos, A conquistar aplausos o bellezas Exhibiendo primores En cultas gentilezas... Rizal, con tino singular y austero, Me señaló en un rico musiquero La colección de músicas tagalas, Diciéndome sincero: «Mi corazón palpita Cuando a la luz

de filipinas galas La música infinita De un canto lastimero Despierta el alma mía Al kundiman de suave melodía...» Y me habló de la insólita guitarra Y me dijo galante: «Yo siempre pintaría al estudiante Con libro, con laúd y cimitarra». Y mientras la alegría fermentaba En aquellos espléndidos salones, De los ricos plafones Donde el genio ideal seleccionaba Filipinas pinturas, Y salacots y bolos... Mil bellas esculturas Y hasta los chirimbolos De igorotes y aetas Y mandobles y cotas De ignorados atletas En regiones remotas, Y juventud allí rivalizaba... Y entre música y flores se libaba, En copa de abundancias, Amistad y elegancias. Rizal siente volar en el ambiente Las cadencias aladas Que allí llegaban desde Extremo Oriente Por aires filipinos transportadas... ¡Melancólica música sonriente, por el artístico ideal rimadas! Y siguiendo el relato De aquellas expansiones Que enaltecen patrióticas reuniones, Donde el ameno trato De jóvenes diplomatas noveles Para la Patria conquistó laureles; He de nombrar la femenil belleza, Ornada de modestas galanuras De filipina alteza, Con sus alegres castas timideces, Conjunto de hermosuras Mezcladas con ingenuas altiveces. Que preparó en su casa la velada, Do emulación despierta en dulce calma A filipina juventud mimada En amores artísticos del alma; La admirable Consuelo Ortiga y Rey, Que amó en Madrid la filipina grey. Allí Rizal «Me piden versos» 21 dijo En su patriótico amor siempre prolijo... Y aquella niña, sin igual hermosa, Divisó en lontananza alguna cosa Que faltaba en aquel rico concierto, En donde gracias, músicas y flores Esparcían fulgores, Pues Rizal se sentía en un desierto Recordando a su Patria encadenada. La huérfana gentil cerró sus ojos, Y hasta arrugó su frente iluminada Por mil destellos rojos, Al pensar en su madre idolatrada... ¡Así Rizal llenó de pensamientos Aquella hora de luz y arrobamientos!...

Nota 21 : Cópiase esta composición entre las del Dr. Rizal.

Es arte el de decir hondas tristezas, Revestidas de fuego y de bellezas. De Luna e Hidalgo es el cantor sublime. Del «Spoliarium» a mujer llorosa, Y de «Las Vírgenes» a voz que gime En cristiana actitud de fé radiosa, Cuando pinta con vívida hermosura La expresión de simbólica pintura En un brindis genial «A los pintores» Que a la patria llenaron de esplendores. Allí comienza el prólogo infinito De su pasión creciente Y patriotismo ardiente, En el Noli me tângere descrito, Con al arte de hacer a los patriotas En las batallas de candentes notas. Clarividente y singular atleta Ya era Rizal el escultor profeta. En Leitmeritz he visto un esqueleto Que me llenó de asombro, Y cual un amuleto Me conmovió por su expresión macabra: Sobre cualquier escombros Puesta de pie, famélica osamenta Cubierta por sayal que apenas se abra. En el cuello un rosario. Y mujer macilenta, Forcejeando en ánsias ya mortales, Contra el lúbrico abrazo del falsario En sus horribles cráspulas letales... Con sus órbitas huecas De carcomido sátiro en lujuria Que arranca, atroz, horripilantes muecas En la tragedia de bestial injuria. Así lanza Rizal su primer reto Al amor monacal en esqueleto... Y ya a Dámaso Ponce le vengaba Y a su historia infeliz se anticipaba. Borremos esa escena Do el arte lucha en la mortal gangrena. Otra rica escultura, En «La ciencia que triunfa en la muerte» Me enseñó Blumentritt con galanura, Por venturosa suerte Oí de aquellos labios La incomparable explicación de sabios. Un joven decidido y vigoroso En lo alto, con indómita energía, Cual bandera que ondea En terrible porfía, Ya blande victorioso Antorcha que flamea Para destruir el germen venenoso... Bajo los pies, la calavera chata En que ignorancia o muerte se retrata. Esas dos creaciones 0 esculturas que admiran las naciones, A Blumentritt le fueron regaladas Por el mismo Rizal, cuando, talladas, Buscó el depositario Que comprenda y explique Al pueblo filipino Aquel plan legendario Que opondrá eterno dique A la ruda invasión de un adversario En el duro camino Para alcanzar la justa independencia... ¡Expresión soberana de arte y ciencia! Blumentritt, en sus fúlgidos salones De filipino ambiente, Do latén filipinos corazones, Sincero y elocuente En aquel sitio mismo ¡Qué parece el dosel del patriotismo! Donde Rizal y él, solos conversaron... Y de su patria con amor trataron Me dijo conmovido: «Ah... esas dos hermosas obras de arte «A solas, serán parte «A preparar santuario indefinido «Para un altar futuro «Cuando el género humano, «En su

criterio puro, «Y amor cosmopolita «Del mundo, soberano, «Viva doquier con libertad bendita, «Y transforme del todo el fanatismo «En virtud, ciencias, artes y civismo. Sí. De un templo en las gradas Fundó Rizal sus obras celebradas, !Texto o arquitectura De un amor infinito, legendario, Que revela en artística hermosura Su noble corazón humanitario. Y, por Rizal os juro, Al entregar el último retazo De este papel en que sus artes trazo, Que es preciso que «Euterpe» siempre viva En el amor más puro De aquella iniciativa. Y creciente este círculo del arte, Con severa constancia Y oriental arrogancia, Levante inmaculado el estandarte Do brillarán los astros de la gloria Del libro artístico de nuestra historia.

Hijo de Manuel Casuso. Nació en Manila en 1898. † en el Japon el 19 de Julio de 1918. Escribió, cuando cursaba el bachillerato, las composiciones que se copian.

Cada caña es una flauta que solloza inconsolable Si Céfiro agita blando sus penachos de esmeralda, Y en el tedio de las siestas, si cruzamos los senderos, Nos convidan a la sombra de sus plañideras ramas. Son sus voces cual las dulces de princesas medievales En el fondo de castillos imponentes encerradas, Que inspiraron a los bardos melenudos de Provenza Los más dulces madrigales arrancadas de sus arpas. En la calma apetecible de los pueblos escondidos, Como duendes protectores en las sendas se levantan, Declamando sus estrofas de lirismo incomprensible, A la vez que por sus hojas ruedan tímidas las lágrimas. Viajero, que con anhelos de poder llorar a solas Te encaminas de las selvas a las partes resguardadas, Lloras, lloras con el ritmo de las cañas majestuosas Bajo pálios florecidos de vegetación malaya. Cuántas veces he cruzado los caminos empolvados Con el sol que descendió como un manto a mis espaldas, Y he buscado la frescura de sus ramas temblorosas, Cual oasis en desierto la sedienta caravana. Y me han dicho sus tristezas, sus pesares, sus dolores; Me han abierto los arcanos musicales de sus almas; Me han narrado complacientes los sucesos culminantes Y apopeyas de los días venturosos de la patria. --«¿Dónde están aquellos fuertes y valientes Solimanes Que cruzaron otros tiempos estas selvas solitarias A la guerra? Todo duerme bajo el polvo de la muerte Y la voz del tiempo rudo va segando nuestra raza». --«En los pechos y en los brazos falta ya el viril desnudo Y en la frente el entusiasmo y en las bocas la palabra: Y la patria llora, llora, de sufrir el cautiverio, Y no hay hombres, no hay soldados, no hay valientes no hay espadas...» --«Cuan mejores, ¡ay! los días en que férricos guerreros Nuestros troncos con el bolo para fin marcial cortaban. Fuimos lanzas, fuimos saetas, que llevábamos la muerte A las filas del contrario, con apóstrofes de rabia. Hoy dormidas, sólo tienen nuestros troncos musicales Armonías, que el ambiente saturando van de gracia, Y amedrentan a los niños, a los tímidos y púberes, Que imagínanse que oyen los gemidos de las almas.»

.....

Retíreme de la sombra de las cañas sollozantes Y me vine pensativo, ya muy tarde, hacia mi casa; ¡Y en el bosque proseguía dolorida sus lamentos Una orquesta fabulosa de un millar de verdes flautas!

(FRAGMENTO)

Allá, detrás del mar, descansa España con aire augusto de titán, rendida; que al peso tanto de su mucha hazaña, sobre sus lauros se cayó dormida... Allá la patria de Guzmán el Bueno, de un Cid que reta y en palestras mata; y su tizona, remedando el trueno, a los muslines en pavor desata... Allá la noble España, madre nuestra, aquí su noble hija del Oriente, que a los extraños y a los propios muestra que de ella supo levantar la frente... Allá lo grande y lo sublime impera; en Hispania halló el arte sus altares; aquí esta Perla, que felice fuera un pedazo de España en estos mares... Mas hoy, cortados los benditos lazos, tú estás muy lejos de nosotros, madre, y aquí tendemos hacia ti los brazos porque no hay suerte que sin ti nos cuadre... Tú diste al mundo tus caducas leyes, con cien coronas se ciñó tu frente; hollaste cetros,

destronaste reyes, y ebria de gloria se durmió tu gente... Si tanta gloria sin igual tuviste y lauros cien tu señorial cabeza, deja que diga que si al fin caíste, fué tu caída tu mayor grandeza. ¿Mas, hemos de insultarte cuando vemos plegar tus alas que taparon soles? ¡Oh, nunca, nunca, que mejor seremos hermanos filipinos y españoles...!

Cuando inclinan las flores sus corolas sobre los tallos, meditan sus pesares y vierten llanto. A las flores he oído muchas veces gimiendo por lo bajo... ¿Tal vez entre sus pétalos el alma hay de un enamorado? ¿Tal vez las mismas flores aun lozanas reciban desengaños, y tengan de amarguras y dolores repletos los nectarios? Yo no sé, yo no sé qué es lo que tienen, pero ello es el caso que cuando agita el aire sus corolas suspiran por lo bajo ... ¡Las flores son las almas de mujeres que en la tierra su crimen no purgaron, mujeres que murieron olvidadas después que tanto amaron, y ahora vagan sus almas de unas flores a otras emigrando, y en el crisol ardiente de sus penas purifican las huellas del pasado... ¡No arranquemos jamás con mano brusca una flor de su tallo: las flores tienen alma; las he oído gimiendo muchas veces por lo bajo...!

Salí al campo cantando una mañana, y vi sobre su alfombra una siembra de gotas cristalinas, de polícromas gotas. ¿Quién había llorado aquella noche? ¿Fueron, quizá, las sombras? ¿Fueron, quizá, los astros? ¿Fuera, quizá, la luna soñadora...? No sé, no sé quién fuera, pero lágrimas eran tales gotas; lágrimas transparentes y de luces radiantes como auroras...! Dicen que tienen alma las estrellas; mas, ¿por qué lloran? Yo conozco esas lágrimas y juro que son de penas hondas... A veces, cuando el cielo está sereno y la noche reposa, levanto al firmamento la mirada y pálidas las veo y ojerosas...! ¿Hay penas allá arriba? Y si penas no hay, ¿por qué sollozan? ¡Las estrellas son almas que vivieron errantes y azarasas, informando unos cuerpos de materia podrida y hedionda...!

Marzo, 1916.

Contemporánea. Alumna de tercer año en el Centro Escolar de señoritas (High School) de Manila.

(OFRENDA.--DÍA ESPAÑOL, 25 JULIO 1922)

Con lealtad y gratitud sincera, Unida a tí por irrompible lazo, el alma filipina, en tu regazo, Pone un beso de amor en tu bandera. Perdónala si evoca plañidera De tu recuerdo el indeleble trazo; ¡Oh! ¡cuán dulce calor el de tu abrazo Para el que sufre en angustiosa espera! Mas... escucha sus votos inmarcitos: Ni del tiempo los cursos infinitos, Ni el nuevo rumbo de tutela extraña, Extinguirán en tierra filipina La fe en tu amor, la fabla cervantina Ni este grito supremo: ¡Viva España!

Nació en Manila en Abril de 1899. En San Juan de Letrán y en la Universidad de Santo Tomás, centros de enseñanza regidos por los frailes dominicos, se hizo bachiller y abogado. Fué redactor de «El Comercio», diario manileño en español. Lo es ahora del diario católico «La Defensa».

Es del artista inspiración fecunda; flor divina en el huerto de la vida; del bardo en el laud nota escogida que de armonías la existencia inunda. Angel hermoso que a la tierra inmunda cayó del cielo con el ala herida; blanca luz de la gloria desprendida, que del vivir la lobrete profunda disipa con la magia de su encanto. Es talismán de poderoso hechizo que al brío de su amor no hay quien resista, ni pecho que no ablande con su llanto. ¡Es Eva que nos quita el paraíso, y es María que el cielo nos conquista!

1919.

Madre España, por tu gloria, por el brillo de tu historia, por tu hazaña de tres siglos en la tierra de mi amor, por la sangre que vertiste en las Américas, por tus luchas tan homéricas, por la gloria de tu enseña

bicolor, hoy levanto la ideal copa de mi canto, mientras dicen mis hermanos, los poetas, en estrofas peregrinas: ¡viva España en Filipinas! ¡viva España y su memoria...! y proclaman las trompetas de la gloria tu mirífica victoria. Yo quisiera que mi verso condensara el sentir de veinte pueblos hermanados por tu idioma de armonía tan preclara; veinte pueblos troquelados en el fuego de tu alma generosa; veinte pueblos herederos de tu historia y tu nobleza. Yo los miro en este día como pétalos de rosa colocada en el altar de tu grandeza; como cuerdas de una lira colosal que, pulsada por el genio de la historia, suena un cántico real de sublimes resonancias, que venciendo las distancias publicando va tu gloria por los lindes del planeta... Madre España: por tu honor, por tu idioma, por Legazpi y Urdaneta, por la gloria de tu enseña bicolor, por la cruz que nos legaste, yo levanto la ideal copa de mi canto, mientras cantan mis hermanos, los poetas, en estrofas peregrinas: ¡viva España en Filipinas! Y proclaman las trompetas de la gloria lo inmortal de tu victoria...

Julio, 1920.

Luchaste allá en la vieja monarquía con voluntad exenta de egoísmo, sirviéndote de escudo el patriotismo y nuestra santa libertad por guía.

Vertiste gota a gota tu energía en la lucha mental del periodismo, al pueblo predicando el heroísmo y encendiéndole en sacra rebeldía. Y es justo que hoy, en los nativos lares, ensalce el vate en líricos cantares tu nombre pregonado por doquiera; y es justo que la patria agradecida, por quien supistes inmolar la vida, ¡guarde en su seno tu mansión postrera...!

Noviembre, 1920.

Nota 22 : Seudónimo que usó en el periódico «La Solidaridad», por él fundado, el escritor filipino Marcelo H. del Pilar. «La Solidaridad» se publicó en Barcelona.

(EN EL CUARTO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE FILIPINAS)

En vano tu recuerdo y tu nombre esclarecidos indignas almas viles intentan olvidar; los signos de tu gloria quedaron esculpidos en páginas eternas del libro universal. Jamás el hombre aleve podrá borrar la estela que tus sencillas naves dejaron en el mar; el genio de la historia por tu recuerdo vela y tu glorioso nombre los siglos guardarán. La noche del olvido no puede con sus brumas de tu memoria egregia las luces apagar; constante el mar azota las peñas, y en espumas tan sólo se convierte su furia pertinaz. No en vano con tus naves cargadas de nobleza, del todo lo sublime que Iberia pudo dar, venciste los embates del mar y su fiereza, trayendo con tu espada la cruz y la verdad. Tu gloria es como el astro que intenso resplandece; mirar tal vez no quieran su bello fulgor, pero su clara lumbre ni muere ni decrece, y en los espacios célicos luciendo siempre está. Mi débil voz te anuncia que tu gloriosa hazaña trayendo a Filipinas--¡a mi adorado lar!-- la lengua de Castilla, la fe de aquella España, los buenos filipinos jamás olvidarán. En vano la desidia pretenderá olvidarte, que el eco de tu nombre resuena sin cesar; se oye entre las ruinas que sirven de baluarte a un ayer glorioso que nunca cederá; lo lleva entre los labios el hijo de esta tierra: nombrar a Filipinas tu nombre es pronunciar; si el tiempo borra un día la losa que te encierra, no temas, pues tu nombre jamás se perderá. Después de cuatro siglos aun tu gloria existe aun recuerda el pueblo tu hazaña singular, que el tiempo ni los hombres la sangre que vertiste borrar no pueden ellos del suelo de Mactán.

¡Oh, insigne Magallanes, bendita tu memoria! ¡Bendito aquel instante cuando cruzaste el mar, trayendo a estas regiones un nombre y una historia, y con la cruz de Cristo la luz de la verdad!

Noviembre, 1921.

Vedla, llena de gloria, ondear pacífica Sin los arrestos bélicos de ayer, Es la bandera bicolor, magnífica, Que arrastró un día el triunfo por doquier. Es la de España, la nación prolífica Que a pueblos dió la libertad y el ser; La gualda y roja, a cuya luz mirífica Pudo Iberia la gloria retener... Yo te saludo con el alma extática, Que siempre fué por tu esplendor fanática Queriendo verte ondear en el confín. Rotos los lazos de la unión política, Bendícete mi patria en la hora crítica como al emblema de un amor sin fin...

Ved la otra que se ostenta dominante Llena de juventud y de vigor, Y porque es ella fuerte va delante Deslumbrando con su áurico fulgor. Ayer en Francia se mostró gigante Guiada por el genio vencedor; Hoy por el mundo llévala triunfante De la concordia el ángel mediador. Es la enseña que anuncia libertades Prometiendo trocar en realidades De los pueblos las ansias de vivir... ¡Oh bandera de América potente! Mi pueblo te saluda reverente Como al signo de un bello porvenir...

Y allí la siempre amada y bendecida Que un tiempo se eclipsó de nuestros cielos; La que entrevió Rizal en sus desvelos Y en el supremo instante de su vida. La enseña que en Malolos vióse erguida Colmando de mi patria los anhelos; La que a mi pueblo préstale consuelos En tanto espera verla enaltecida... ¡Bendita seas, tricolor enseña! Mirarte libre un día mi alma sueña, Derramando la luz de tus colores; Y cuando llegue aquel dichoso instante. Yo te diré con alma delirante ¡Que tú eres el amor de mis amores!

Enero, 1922.

A ESPAÑA

Por cantar tu excelsa gloria los poetas ya agotaron los acentos de sus lirás, los vocablos del lenguaje... ¿Qué poetas, inspirados por tu historia, no cantaron la nobleza de tus hechos, la virtud de tu linaje? ¿Qué oceanos los colores de tu enseña no copiaron? ¿Qué naciones no sintieron el vigor de tu coraje? ¿Qué países tus soldados con su sangre no sellaron y qué historia habrá en el mundo que a tus fastos aventaje? ¿Qué cultura habrá más alta que la tuya tan cristiana? ¿Cuál más dulce que tu idioma, que parece una fontana que hace siglos se desliza sobre un lecho de diamantes? --Y en el alma filipina, ¿qué recuerdo habrá más dulce? ¿Qué potencia irresistible que al progreso nos impulse, Que la fe de Jesucristo, más la lengua de Cervantes...?

Julio, 1922.

Guerrero (Fernando María)

Nació en el barrio playero manilense de la Ermita, año de 1873. Cursó la segunda enseñanza en el Ateneo municipal. Se hizo perito mecánico y abogado luego. Aunque siempre con aficiones literarias, no comenzó a lucir como poeta hasta el cese de la soberanía española. A partir de 1898, consagróse al periodismo. Dirigió «El Renacimiento», diario filipino, nacionalista, escrito en castellano. Usó el pseudónimo Belisario Rosas . En 1907 fué elegido diputado. Ultimamente era secretario del Senado. Es correspondiente de la Real Academia Española.

Virgen de la Malasia, ramo de flores que argentan con su espuma los roncós mares: tuyos son mis suspiros y mis amores, tuyo el ritmo tembloroso de mis cantares. Ya está tu sien radiante libre de abrojos; ya, como ayer, no arrastras veste de ilota, y ya el alba soñada brilla en tus ojos, y tu clámide limpia de manchas flota. Tú eres hoy la sirena del mar malayo, el hada rozagante que endechas quiere y vive de los

astros al níveo rayo, cantando su amor puro que nunca muere. ¡Escúchame! En las rimas del bardo errante flamea el sacro fuego del sol de Oriente; deja que al son del arpa tu nombre cante, porque beses siquiera su mustia frente. Sobre un lecho, adormida, de piedras finas, te arrullan de los bosques las auras suaves; velan tus sueños de oro castas ondinas, te murmuran mil trovas parleras aves. Palpita en tus entrañas, arde en tu suelo la áurea y candente lava de los volcanes; sierpes de escamas ígneas hienden tu cielo cuando ruedan crujiendo los huracanes. Ondulando en el éter, sobre los campos, despliega la neblina su blanco tul, y la apolínea antorcha, con vivos lampos, arrebola del cielo la veste azul. En la cúspide esbelta de las montañas, donde el águila altiva trenza su nido, mecidas por la brisa sueñan las cañas con la inflexión de un hondo flébil quejido. A impulsos de la savia de su energía, agitan las palmeras sus verdes plumas; mientras allá, en la selva fresca y sombría, van flotando calladas las densas brumas. Como áligeras flores de oro y zafiro llevadas por el hálito de auras sutiles, los insectos se esparcen con manso giro a libar la ambrosía de los pensiles. Desde la agreste cumbre, suelta, hervorosa, su penacho de linfas la catarata: en él dibuja el iris su franja hermosa, que el lago en sus cristales después retrata. Por tu atmósfera vírgen, urna de aromas, donde sus róseos labios la aurora imprime, vuelan y se acarician blancas palomas, suspirando de amores himno sublime. Y cuando por las tardes el sol desmaya sobre olas de esmeralda su frente roja, niñas de tez morena van a la playa a recoger las conchas que el mar arroja. Son dulces y mimosas como las hadas, rutilan en su rostro ojos traviesos, y hay caricias eternas en sus miradas, y hay un fuego divino que arde en sus besos. Asidas de la mano, suelto el cabello, cruzan nuestras praderas siempre inmarchitas, ostentando en su grácil, flexible cuello, perfumados collares de sampaguitas. Y en la paz de los bosques, en donde vuela el céfiro de mayo vertiendo olores, con los ritmos dolientes de una vihuela mezclan la voz sin mancha de sus amores.

.....

¡Patria! ¡Patria bendita, ramo de flores, que besan con sus ondas los rontos mares! Ya que fuiste la cuna de mis amores, ¡Oh! sé también la tumba de mis pesares.

Noviembre 1898.

Solemne y honda la mudez del campo; cálido el aire, el término azuloso... Todo vibra de gloria bajo el lampo de un sol que es siempre, cual Apolo, hermoso. En el bochorno de la tarde estiva, sueña la flor y duerme hasta la idea. Sólo aparece como mancha viva, allá en lo alto, la llama que caldea. Silencio y paz... El único sonido que el ambiente volcánico desgarró, lo da, bajo el ramaje florecido, con su música agreste, la cigarra. El espacio es cristal; fulge y ondula cual la cuerda de un arpa estremecida, y mientras más el término se azula, más bellos son los sueños de la vida. ¡Soñar! ¡Vivir...! Soñar bajo las cañas y vivir a su sombra eternamente, sin sentir esas penas tan extrañas que ensombrecen el alma lentamente. Soñar que el corazón es siempre joven y que esa juventud es una gloria, sin cuitas que en el vértigo nos roben lo más caro escondido en la memoria. Soñar así es soñar de color rosa; vivir así es vivir en pleno idilio; es tener en el alma, en vez de prosa, una égloga admirable de Virgilio... ¡Oh, dulces soledades campesinas! ¡Oh, refugio de amor de los cañales...! Tan sólo allí las almas filipinas consiguen olvidar todos sus males. Allí se escucha la palabra santa, la dulce voz de la querida tierra, esa que llora, y regenera, y canta, y en sí las notas de lo grande encierra. Allí todas las almas se expansionan y se abren al amor los corazones, y hasta las frentes tristes se coronan con flores, muy abiertas, de ilusiones. Allí, por un milagro, se ensimisma el alma de la patria con la nuestra, y allí la vemos, bajo el propio prisma, dentro del corazón como maestra... ¡Soñar! ¡Vivir! ¡Soñar allí a la sombra, con la vista clavada en el celaje, que cuanto se contempla y aun se nombra es filipino todo en el paisaje...! Eso es soñar triunfando de la pena y mover con la fe hasta las montañas. ¡Oh, dejadme soñar en mi hada buena a la sombra piadosa de las cañas...!

Y cruzaban, y cruzaban sobre el lomo verdinegro del antiguo Pasig 23 , todas las espléndidas y gráciles, las espléndidas pagodas como notas fugitivas y triunfantes de un alegre, fusionando con las odas, con los ecos de las odas que exhalaban de sus labios, parecidos a sublimes instrumentos de invisibles gnomos sabios, los espíritus acuáticos y las diosas de los vientos. Y cruzaban las pagodas, y cruzaban las pagodas cual visión de mil colores, como regias invitadas a las bodas de la luz de las estrellas y el aroma de las flores. Y eran flores, flores bellas, las que mórbidas, y esbeltas, y rientes, arrastraban al claror de las estrellas y al sollozo de las aguas somnolentes, sus disfraces de princesas, de princesas refulgentes y de históricas marquesas, con magníficas diademas y con túnicas crujientes.

..... Ya arribaron todas, todas, con sus pórticos y flámulas y sus globos de escarlata: ya arribaron las pagodas... Las pagodas han tocado la marmórea escalinata del palacio del Gran Hombre de mortífera sonrisa, y cuyo nombre lo repiten la corriente de las aguas y los vientos en sus odas y en los flébiles arpegios de su eterna serenata. Ya están quietas las pagodas, ya están quietas cual quelónidos fosfóricos que han plegado sus aletas, escindidas en las ramas de los bosques madreporicos. Ya las flores van brotando, flores bellas, flores mórbidas, rientes, que recogen, al claror de las estrellas y al murmullo de las ondas balbucientes, los cendales de sus pétalos divinos, y las nieblas de sus túnicas crujientes empapadas en la gama de color de los ardientes paisajes filipinos. Los voltaicos van vertiendo con sus ánforas de plata raudales diamantinos, y en la lámina del agua y en la breve escalinata, la luz blanca va escribiendo mil ensueños peregrinos, mil curiosas historietas de mundanas e inocentes, de galanes y poetas, y de flores, y de flores que vibraron entre ráfagas inquietas de los cierzos destructores, y murieron en un vértigo de amores, reposando todas, todas, al igual de las gloriosas, las espléndidas pagodas, que se aduermen, que están quietas como saurios gigantescos, cual quelónidos fosfóricos que han plegado sus aletas desgarradas en las puntas de los bancos madreporicos.

Está lleno el gran palacio. En los fúlgidos salones los disfraces van bailando y ondulando, al compás de locos valeses y cortesés rigodones. Está lleno el gran palacio. Los voltaicos sinfonizan un poema de alas blancas y eucarísticos jazmines, mientras mugen los trombones, mientras miman los violines con sus mimos que electrizan, y rotundos bordonean los pastosos violoncelos unas músicas de ensueño que la mente narcotizan como un opio de los cielos, y derraman los oboes la armonía voluptuosa del amor y del idilio que recuerda bellas páginas del gran Longo y de Virgilio, ¡bellas páginas soñadas en la Hélade y el Lacio, tierra azul de las ideas! con sus Dafnis y sus Cloes, con sus Títiros agrestes y sus lindas Galateas... ¡Está lleno el gran palacio! Y se agitan los disfraces en tumulto pintoresco, y fascinan con sus ropas, con sus ropas policrómicas, con su rostro pierrotesco, y entre rápidas volutas del furioso torbellino, burbujea efervescente, hasta el borde de las copas delicadas y sonoras, la alegría del buen vino. Las parejas se entrelazan, las parejas sudorosas se entrelazan en la fiesta, como ramas de mil árboles que se funden y se abrazan; y a los sonos de la orquesta, que acaricia con sus flautas, sus oboes y violines, los sedeños zapatitos y los nítidos botines van trazando nuevas vueltas y espirales, nuevas curvas ideales a la luz de los voltaicos semejantes a jazmines, a jazmines de florestas siderales, de corolas luminosas, de pistilos colosales, mientras sobre el lomo ingente del gran Pasig verdinegro, las pagodas todas, todas, las hieráticas pagodas, se fastidian y bostezan, envidiosas del alegre, las fantásticas pagodas.

..... Ya amanece. Ya el sol bello pontifica en el espacio, en su altar de azul y grana y con su hostia de topacio. ¡Ya está mudo el gran palacio!

Diciembre, 1903.

¡Alma de Diciembre, perfume de Pascua, que impregnas la arcilla de mi corazón, y en lo frío pones de mi vida un ascua de alegría ingenua y otra de ilusión...! Sonajas y parches alzarán en coro frente a los belenes pastoril canción, y sobre el establo, una estrella de oro marcará la senda de la adoración. Son trozos de espejo los azules lagos, algodón las nubes, lo demás cartón; cruzarán un puente los tres Reyes Magos y ordenará Herodes la degollación... ¡Ah! sí, muy dichosos los que todavía no han roto los velos de la encantación, y sueñan de noche, y también de día, en que son las nubes copos de algodón. ¡Dichosas las manos de los pequeñuelos que aun aroma el óleo de la tradición, y dejan zapatos como barquichuelos en espera de algo, sobre algún balcón...! Si ellas no tocan jamás una herida ni tocan nunca la humana ficción, fueran inocentes por toda la vida y en Belén durmiera toda su ilusión. Pero se harán grandes, palparán desdenes, tomarán un cetro: el de la Razón, y ya no habrá el goce de erigir belenes ni soñar en Reyes Magos de cartón...

¡Alma de Diciembre, beso de la Pascua que aromas la arcilla de mi corazón! ¿Por qué en nuestras vidas no pones un ascua de candor eterno y eterna ilusión?

Hay un amor oculto en cada cosa y en cada cosa una sutil tristeza, lo mismo en una rosa --vaso que Abril llenó de su belleza-- que en la fina y voluble mariposa de lírica hermosura, que, al posarse temblando en tu cabeza, surmonta su locura a tu locura. Cuando despunta un sueño y florece en la vida una quimera, el fondo de las cosas es risueño porque es azul como una primavera. Pero si un sueño muere y la quimera amable nos olvida, cada cosa es un dardo que nos hiere, y lloran no sé qué miserere las cosas de la vida. Todavía eres joven, pero yo voy haciéndome ya viejo, y antes que tu primor los años roben y te diga el espejo la verdad de un encanto destruido, permite que te envíe este consejo del corazón, un poco entristecido: Busca el amor oculto en cada cosa, quédate con el alma de la rosa, con su aroma y color; y de las alas de la mariposa toma el vuelo sutil, la gracia leve, y hallarás en la vida, que es tan breve, una divina suavidad de amor. Busca en la quieta fuente la armonía del agua que hace santa la enorme soledad; busca en la ondulación de la corriente, que a veces llora y otras veces canta, el hondo arcano de la libertad. No interrogues al astro perdido en el zafir, por tu senda o tu rastro, o lo que ha de venir. Pregunta por su luz, tan dulce y pura, pregunta por su inmensa trayectoria, y si es verdad que en la celeste altura existe o no la gloria. Busca, en fin, un amor en cada cosa y cada amor te ofrecerá su rosa. Yo, mientras tanto, buscaré en las cosas una lágrima oculta, una tristeza. Es justo. En mis jardines ya no hay rosas sino espinas: ¡las lleva mi cabeza! He cambiado las llaves del cariño por las llaves del cofre del dolor, y voy, o como un viejo o como un niño, muerto para las glorias del amor. Quede en tus manos, pues, la mariposa, quede en tus manos la divina rosa, el agua mansa y la celeste luz, y déjame en limosna la tristeza, las espinas que ciñen mi cabeza, y, más que todo, mi sangrienta cruz.

Corre el torrente alborotado y ciego, y el Derecho parece una quimera; pero aun hay fe, y allí donde yo llego ha de llegar conmigo mi bandera. Es bandera muy santa. Me la dieron hombres ya muertos de mi propia raza. Ellos la amaron mucho y defendieron cuando tronó el insulto o la amenaza. Y hoy la defiende yo. No sea el torrente la fuerza superior que la derribe. Esa bandera es algo omnipotente que flota y obsesiona, y siempre vive. ¡Vivirá...! Si algún día de mis manos un golpe del azar la desprendiera, en pos de mí vendrían mis hermanos a tremolar de nuevo esa bandera. Fija en la brecha está. Ese es su puesto; allí la encontrarán otras edades; allí irán a besar su hierro enhiesto rayos de gloria o fieras tempestades. Allí la mirarán, siempre clavada, flameando al sol, las esperanzas mías; vieja quizás, pero jamás hollada, jamás vendida por el bravo Elías ... 24

Nota 24 : Interesante personaje de Noli me tangere .

Y Elías es mi hermano. Su firmeza arde en todas las almas filipinas, ya la ciñan de flores o de espinas, y satura de fe nuestra cabeza, ¿Y qué brazo mejor que el brazo hermano para sostén de la bandera santa? Ese la salvaría del pantano, como la salva ahora y la levanta. ¡Alcémosla...! ¡Que llegue hasta los cielos, que ondee y que restalle muy arriba, que cubra con su gloria nuestros duelos y que mantenga la esperanza viva! Y aunque ciego el raudal se precipite y parezca el Derecho una quimera, nadie, mientras la fe no se marchite, podrá decir que ha muerto esa bandera...

Junio, 1905.

Pausas, grandes pausas, notas largas, estertores musicales, lloriqueos de almas rotas, fusión de cosas amargas, y entre el lloro de las notas lamentables y solemnes, melancólicas y graves, un olor a flores mustias, un vuelo de negras aves cantando en el aire gélido la canción de las angustias. Pausas, grandes pausas. (Va el cortejo, con sus sombríos crespones, por la calle silenciosa, de los cirios al reflejo, farfullando rezos tristes. Los relinchantes bridones estremecen sus gualdrapas y sacuden sus airones negros como las coronas, las estolas y las capas...) Pausas, grandes pausas. Amarguras, humedades en los ojos, en el pecho una honda herida... ¡Oh, flor de las sepulturas! ¡oh, tristeza de la vida!

..... De repente un gran quejido, de repente un gran lamento. una armonía inefable, un suspiro sofocado bajo las alas del viento... ¡algo que queda imborrable...! (El muerto va en la carroza, anegada hasta los bordes de muchas rosas muy pálidas... Detrás, la pobre familia que padece y que solloza, ¡caras de pena que cubren temblonas manos escuálidas! El quejido pasa y muere en languidez dolorosa, y a lo lejos va llorando sus llantos el Miserere , ¡triste canción de la fosa! ...Y luego una melodía, una música de ensueño y de aflicción resignada, como el hielo, blanca y fría, como el beso, delicada... (El cuerpo es el del amado... ¡Adiós! Blanquea un pañuelo sobre el negror de unos ojos que suben desde el cadáver hasta la gloria del cielo lleno de matices rojos...) Crepúsculo. Entra el cortejo en la ciudad de los muertos. Pausas, grandes pausas, notas largas, armonías lamentosas, soledad de los desiertos, ¡inmensas cosas amargas...! ¡Oh, Chopín! ¡Oh, gran maestro! (Ya están cayendo las hojas, ya está cayendo la escarcha). Haz que suenen en el aire melancólico y siniestro, cerca a mí, las armonías funerales de tu Marcha ...

Octubre, 1905.

ORACIÓN DE TODA HORA

Santa Reina del amor: tú sabes que noche y día te rezo la letanía y la salve del dolor. Tú sabes que es el deleite de mi alma sentimental llenar de fragante aceite tu lámpara de cristal, y con mano temblorosa mi luz votiva encender, y enflorar con una rosa tus leves pies de mujer. Señora: por la belleza de toda melancolía; por la vespéral tristeza de mi ruta; por la fría cerrazón de mis mañanas; por las rosas que en Abril mueren solas y tempranas; por toda brisa sutil que besó flores amargas; por toda negra visión y por las horas ¡tan largas! en que espera el corazón; por los escollos adversos donde se estrella mi esquife; por mis lágrimas y versos y por el mismo arrecife, libértame del delito de hablarte a veces en prosa; libértame, y pues contrito estoy de mi culpa odiosa, guárdame en tu corazón y en tu memoria también, y dame tu bendición por siempre jamás. Amén.

ORACIÓN MATINAL

Nuestra Señora de la mañana: tú, que deslíes sobre las nieblas tu suave grana; tú, que te enojas de mil rubíes; tú, soberana, que te sonríes como una dulce Fata Morgana, pon en mi lengua sabor de mieles y una sonrisa bajo mis labios. No me des nunca laureles sabios... Odio lo amargo: gloria, laureles. Guíame

al prado de tu optimismo, donde el buen Emerson, todo sonrisa, dijo su misa, que era la misa de su pietismo... ¡Santa mañana, reina ideal, vaso de lirios en eclosión, arca de gemas y de cristal, por tí suspira mi corazón! Reina inmortal, manda a mi pluma tu tentación, toda la excelsa luz de tu edén; libra mis sueños de todo mal, y haz que a tu diestra me siente. Amén.

ORACIÓN DEL MEDIODÍA

Padre y señor. Tú, Mitra, el del ojo sanguíneo, gran arquero celeste que lo penetras todo con tu dardo lumíneo; tú, el de la roja veste con orlas y con flecos de eternas igniciones; tú, Helios, y tú, Osiris, por quien vive el imperio de las constelaciones y se hace en las alturas el milagro del iris; tú, bello emperador, envíanos tus dones, tus púrpuras de gloria y tu vital calor. Derrite en tus brasas todos los corazones, para que al fin, señor, salgan del frío ártico de su inercia y desdén, y en su nuevo ecuador reciban el espíritu del arte nuevo. Amén.

ORACIÓN VESPERAL

Madona crepuscular que de nostalgias te vistes, cuando, tristes, caen las rosas del otro lado del mar; Madona, tú que, si pasas sobre el camino del hombre, dejas en toda frente prendidas las tenues gasas de unas «saudades» sin nombre; ¡Madona! ¡Madona mía! la de los ojos cargados de resplandores violeta, fuente de melancolía del poeta; tiende tus pálidas manos al que en tus velos de reina clara un dardo de ironía, porque no entiende tu culto ni sabe de tus arcanos, ¡santa mía! Dale a besar tus anillos en que Véspero escintila, tus collares, tus zarcillos, tu boca roja y tranquila... Y cuando tu seducción divina y crepuscular conquiste para tu rito algún nuevo corazón que sepa quimerizar, extiende sobre el neófito tus manos en bendición, ¡oh Madona! y alrededor de su sien pon las perlas de nostalgia que tiemblan en tu corona, por toda tu vida. Amén.

ORACIÓN DE LA ALTA NOCHE

¡Noche...! Sulamita, tan hermosa y tan negra cual mis propios pesares, como aquella que muere de langor, y palpita entre los nardos del Cantar de los cantares ; emperatriz augusta del silencio y la sombra, noche meditabunda, ¡salve, mil veces salve! Por mi voz que te nombra, por mi vida errabunda, por mi senda cubierta de propósitos muertos y de muertas venturas; por la luz que no encuentran mis jardines desiertos, por todas mis tristuras; unge mi pecho en un claror de luna, en un beso de brisas; dame el bien de todos tus misterios, noche bruna, y no me prives de tu luna. Amén.

1908.

¡Oh calor de la siesta filipina, calor de corazón, calor de fragua, en que hierve en la copa cristalina, con temblores estuosos, hasta el agua! Una suave molicie que alucina irrumpe en nuestra carne, y la cabeza, como agobiada de sopor, se inclina florecida de rosas de pereza. Hay como una decadencia en las pupilas húmedas de pasión; y mientras fiera la luz solar sobre las cosas arde, beben las almas graves y tranquilas el vino del ensueño y la quimera en el cálido vaso de la tarde.

Octubre, 1908.

Isla de los tesoros, Mindanao, isla fuerte de cristianos y moros, grande bajo el aliento del polífono mar; isla de bravas gestas y pugnas legendarias, que tiene por reductos las selvas milenarias y por vivac inmenso el campo secular. Isla maravillosa, sultana bella y grácil a quien vemos ansiosa poner oro y corales sobre el nativo altar, y buscar en la arena de sus sonoras playas, como sus dos hermanas, cual Luzón y Bisayas, la perla de un ensueño que no quiere llegar... La gran Naturaleza te dió la magia augusta

de su inmortal belleza, su savia formidable, su sol canicular; por eso son enormes tus bosques y tus ríos, y hacen temblar ejércitos tus indomables bríos, y el Apo a las estrellas no cesa de retar. Eres como tus lagos, para la flor propicios, para el pirata aciagos, épicos en la guerra, líricos en la paz; y eres, cuando el peligro tus lares amenaza, la cúspide en que erige sus tiendas una raza para gritar:--«¡Atilas! mi gloria no es fugaz. »Yo soy como el granito; mi sed de vivir sube hasta el infinito como las flechas ágiles de mi aljaba ancestral. Yo, aunque me ciña ajorcas, zarcillos y turbante, tengo en las venas mías la sangre palpitante, la misma que en el ara oblationó Rizal.» ¡Llor a tu boca altiva, Mindanao, isla de oro, Cólquida rediviva, a donde van los Argos de un moderno Jasón! Tu increpación histórica tiene inmanente vida; es la consigna étnica de que jamás se olvida ni el hombre de Bisayas, ni el hijo de Luzón. Un vínculo más fuerte que el puño de los Césares y que la misma muerte hace de las tres islas un solo corazón; que tendrá, en la ventura, una sonrisa única, y, en las adversas horas, sabrá rasgar su túnica con un definitivo y unánime tirón. ¿No son tus noches bellas las mismas que las nuestras? ¿No es luz de tus estrellas la que reciben juntas Bisayas y Luzón? ¿No es aroma indígena del ilang-ilang regio el que a leer nos mueve un solo florilegio y a sentir, alma adentro, una sola emoción? ¡No morirás...! No temas que extrañas manos roben tus collares de gemas y maten de un hachazo tu árbol tradicional: los que guardan su libro de gestas legendarias y tienen por reductos las selvas milenarias, clarinearán mañana una marcha triunfal... Cólquida filipina, Mindanao, isla hermana, isla bella y divina en cuyo honor dispara sus retumbos el mar: para quien sea osado a herir tus esperanzas, sé como nuestra piña, corónate de lanzas y quede en ellas muerto el pulpo secular.

Agosto, 1908.

Ilang-ilang de los huertos filipinos, donde aroman aurinegras mariposas sus dos alas de colores vespertinos cual flabeles para reinas voluptuosas; ilang-ilang de ramaje desmayado --varillaje de verdosos parasoles-- tú eres fuerte por el beso que han dejado en tu copa melodiosa muchos soles. Son tus flores glaucos astros pensativos y eres todo, cuando ondulas, incensario ante el ara de los dioses primitivos en el templo de algún bosque milenario. Tu perfume, como un alma grande y sola, ha pasado del terruño las fronteras; y el prestigio que embellece tu corola no lo olvidan las beldades extranjeras. De sus áureos tocadores los cristales --ostensorios de tu lírica fragancia-- reverdecen en los lechos virginales un delirio que halló vida en la constancia... Ilang-ilang , árbol patrio, suave y bello: a tu sombra dicen cuentos y cariños nuestras musas de negrísimo cabello y alma ingenua como el alma de los niños. Si tus hojas, bajo el ala de la brisa, dan al aire de la noche madrigales, no hay un labio que no enflore una sonrisa ni una fuente que no azul sus cristales. Ilang-ilang que arrojaste tus corolas en mis sendas a la luz del plenilunio: ¡cuántas almas que están tristes y están solas han cubierto con tus flores su infortunio! Y han creído que era un beso muy cercano el suspiro de tus flores estelares, y han gritado: «¡Ya, ya viene el beso hermano a la herida que han abierto los pesares!» Por tí, todo: por la gloria de tu esencia, por tus hojas que alcatifan nuestra ruta, por tu sombra, donde es buena la existencia y pensamos que no es todo fuerza bruta. Danos siempre con tu olor de primavera un anhelo de ser libres como el viento, que sacude tu fragante cabellera y emborracha nuestra vida con su aliento. Ilang-ilang de los huertos filipinos a que el alma de mis cánticos se abraza; sé tú el árbol de verdosos matutinos que perfume las tristezas de mi raza.

Septiembre, 1909.

Quedó sin nada en la mesa la inmaculada cuartilla, y yo me dí en pensar hondo pidiendo una maravilla a la luz chisporroteante de una candela amarilla de pena... Quedó sin nada la inmaculada cuartilla. Yo quise llenar el pliego, casto por sus resplandores, de mis locuras de niño, de mis risas y dolores, del aroma inolvidado de no sé qué santas flores, y así convertir el pliego en libro de mis amores. Era la noche de

luna. Fuera decían los vientos el suspiro milenario de sus plácidos lamentos. En mi frente había un loco florecer de pensamientos y de tristezas nocturnas... ¡Fuera lloraban los vientos! Mis pobres quimeras iban rotas en el torbellino; mis pies no tenían rumbo, ni mi espíritu destino; pero allá lejos un niño, un niño ciego y divino, me disparaba una flecha y me enseñaba el camino. Tomé la pluma. En mi mano hubo temblores febriles, miedo de no encarnar nunca en las palabras sutiles la voz de mi vida; el miedo de un bebé de cuatro abriles a las brujas y los duendes de los cuentos infantiles. ¿Qué escribir? ¿Qué pensamientos consignar en aquel trozo de papel? ¿Mis ilusiones? ¿La hora triste o la del gozo? Miré dentro de mi vida y mi vida era un destroz; miré fuera, y desde fuera llegó a mí un hondo sollozo. Solté el cálamo. Mi vida no me daba la respuesta; no había una flor en toda la inmensidad de la cuesta; mi fatiga siempre grande, la carga siempre molesta, y en el aire ni el susurro de la más leve respuesta. ¿Qué escribir...? La tinta oscura del tintero era tristeza; tristeza el silencio augusto de la gran Naturaleza, y en medio de este dualismo de dolor y de aspereza, se moría lo más triste de lo triste: mi cabeza. Quedó sin nada en la mesa la cuartilla inmaculada. Hundí en las manos mi frente ardorosa y quebrantada; pedí al pábilo amarillo la lumbre de una mirada, y en el fondo de mi vida no hubo nada, nada... nada. ¡Oh vacío de las almas...! ¡Oh negras horas tediosas en que no hay para las manos que tiemblan divinas rosas, ni para los ojos tristes un vuelo de mariposas novias del sol...! ¡Oh infinita pesadumbre de las cosas! Dejádme esta noche solo retroceder a mi cuna, ver que la besa y la envuelve un suave rayo de luna; no me arranquéis de los ojos una lágrima importuna... ¡Dejadme solo esta noche, que la noche está de luna! Alcé mi frente. La vida no me daba su respuesta. No había una flor en toda la inmensidad de la cuesta; mi fatiga siempre grande, mi carga siempre molesta, y los labios de mi musa no me daban la respuesta... Y mientras yo meditaba sobre la virgen cuartilla, penetró por mi ventana un ave de pesadilla; yo pedí que me cantara un canto de maravilla, y el ave mató la luz de la candela amarilla. Quedó sin nada en la mesa la cuartilla inmaculada. Hundí en las manos mi frente ardorosa y quebrantada; busqué en mi cofre más íntimo alguna perla encantada, y en el cofre de mi vida no hallé nada, nada... ¡nada...!

Septiembre, 1910.

Te hablo en tu lengua; mis versos te dirán que hay un amor que en la hecatombe pretérita su raigambre conservó en lo más hondo y arcano de mi pecho. Es como flor que han respetado celliscas y avalanchas de pasión, flor abierta suavemente en cumbres llenas de sol, a donde sube el espíritu de sus quimeras en pos, para rezarte:--«¡Oh, Hispania! ¡oh dulce idioma español, el del Arcipreste de Hita, el de Lope y Calderón, de Juan de Mena y Cervantes, de Pereda y de Galdós! ¡Oh dulce lengua, que irradas tu latina irisación y encierras la amplia eufonía de toda una selva en flor, pues eres susurro de agua, gorjeo de ave, canción de brisa leve en las hojas en mañanitas de sol...!» En esta lengua ¡oh Hispania! balbuciente formuló mi alma en los días niños sus caprichos, su candor; y en las horas juveniles, cuando hicieron irrupción en mi vida las primeras exaltaciones de amor, también fué tu idioma egregio el que sirvió a mi ilusión y la dió plumas divinas de mágico tornasol, para llegar hasta el fondo de un lejano corazón y decirle:--«Ven conmigo y dame un beso de amor». Murió este amor. En mi pecho, muerta la hoguera, restó un puñado de cenizas de la pasada ilusión; y al verme tan olvidado de la mujer que me amó, para luego envenenarme con una negra traición, cuando quise maldecirla con mi pluma y con mi voz, llorando de pena y rabia, la maldije ¡en español...! Y en tu idioma, que es un iris por su fulgencia y color, voy dando a todos los vientos trozos de mi corazón, mis líricos fantaseos, mis optimismos, mi horror por lo prosaico y mis gritos de protesta y rebelión contra todas las limazas, contra el buho y el halcón, contra la sierpe asquerosa que quiere alzarse hasta el sol, contra «chaturas estéticas» que nos roban la emoción, contra Verres coloniales y su dolar corruptor 25, y contra todos los hombres que hacen tan fiera irrisión del derecho de mi pueblo a ser su único señor... ¡Oh noble Hispania! Este día es para ti mi canción, canción

que viene de lejos como eco de antiguo amor, temblorosa, palpitante y olorosa a tradición, para abrir sus alas cándidas bajo el oro de aquel sol que nos metiste en el alma con el fuego de tu voz, y a cuya lumbre, montando clavileños de ilusión, mi raza adoró la gloria del bello idioma español, que parlan aun los Quijotes de esta malaya región, donde quieren nuevos Sanchos que parlemos en sajón. Pero yo te hablo en tu lengua, ¡oh Hispania! porque es su són como música de fuente, como arrullo encantador, y como beso de vírgenes en primaveras de amor.

1913.

Nota 25 : Alusión explícita al nuevo dominador, o sea la república de los Estados Unidos.

Un labio lejano me ha dicho que tienes cerrada tu puerta... Si es cierto, reforma el capricho: ¡tu puerta ha de estar siempre abierta! Abierta a las aves del cielo, abierta al rumor de las brisas, al goce, al dolor, al consuelo y al triste que pida sonrisas. Abierta a los claros de luna, al suave perfume de mayo, al lloro del niño en la cuna y al viejo que tiembla en desmayo. No cierres tu puerta. ¿No sabes que cruzan el largo camino mil sombras, mil vidas, mil aves que ignoran su oscuro destino? Tu mano, que abrió las entrañas del suelo y halló un gran tesoro, arroje las llaves extrañas que cierran tus puertas al lloro. Preparen tus manos la mesa, el plato de arroz y hasta el vino. ¡La sombra en la luz hace presa y es largo y tortuoso el camino! Que sea, en la vida, tu techo la fuente que lave los males, que cierre las llagas del pecho que borre las penas mortales. Si quieres que nazcan al paso de tu alma las rosas celestes, acoge el dolor del ocaso y zurce las míseras vestes. Bien sabes que es noble y es santo alzar al que cae en la vía. No dudes ni niegues. El llanto secado es raudal de alegría. Si pones tu mano en la mano del pobre, Dios besa la tuya. No cierres tu puerta, ¡oh mi hermano! no sea que de ella Dios huya. Ten siempre dispuesta tu casa y esté a todo huésped abierta, que acaso la sombra que pasa es sombra de tu madre muerta. No cierres tu puerta. ¿No sabes que cruzan el largo camino mil sombras, mil vidas, mil aves que apenas si saben cuál es su destino?

PARA EL «JARDÍN DE EPICURO» 26

Nota 26 : Así era nombrado un cenáculo literario de Manila. Y para festejar la cena con que fué inaugurada su segunda etapa, escribió los versos el poeta.

Nuestros días sin sol, de retiro y mudez, en que el alma sufrió de congoja o esplín, han pasado a ser ya cosa muerta, y, al fin, nuevos besos de luz nos encienden la tez y florece otra vez el antiguo jardín. ¡Oh delicia! ¡oh amor del humilde pensil donde el alma sintió la pasión de soñar y, en el giro fugaz de las auras, gustar el olor celestial de las rosas de Abril y el dulzor juvenil de un anhelo de amar! Está abierto el jardín. Venid todos a él los que ansiéis suspirar besuqueando una flor, los que, en vez de llorar, tengáis hambre de amor al sonrís, al fulgor, al olor, a la miel de una bella emoción. ¡El jardín está en flor! Entrad todos, entrad. El antiguo jardín sólo os pide otra vez, por su nueva eclosión, que tengáis para él una eterna canción, una voz de querer, un espíritu afín y una sed de habitar con la Reina Ilusión. El vivir es el hoy ; nadie sabe el después : ¿a qué tristes vivir, a qué solos vagar sin un lazo de unión que nos pueda estrechar y, aunque herida la sien y maltrechos los piés, nos dé amor de vivir, de soñar y cantar? Está abierto el jardín... ¡Cómo invita su olor a subir al azul y olvidar el fangal, lo que tiene de vil nuestra arcilla mortal, lo que pone en la miel de la vida un sabor parecido al cruel de las «flores del mal». Corazón, emoción, ala leve y sutil, tenlos siempre, oh varón, y tú siempre, oh mujer, y ambos siempre tendréis, con las rosas de Abril, entre risas de sol, un rincón de pensil en que a solas oír el volar de un querer. Este mar del vivir es muy fiero; este mar tiene a veces un són de alarido de horror, y quien oiga esa voz y no sepa ensoñar, ante la ola sabrá cuán amargo es llorar por el alma sin luz y la vida sin flor. Luz y flor las veréis en

el nuevo jardín cuya fronda es de paz, cuyo ambiente es cordial; unas veces dirá su quimera un violín y otras veces de amor, Chaminade y Chopín, en el clave dirán la sonata inmortal. Vibrará su cristal una voz de mujer como un ¡ay! de pasión o un suspiro de Abril, y el poeta alzará, fresca, gaya y gentil, su canción al amor, a la vida, al placer, y entre todos harán un edén del pensil. ¡Oh delicia! ¡oh amor del tranquilo jardín donde el alma sintió la pasión de soñar y, en el vuelo fugaz de la brisa, escuchar la quejumbre sutil de un celeste violín o el latido inicial de un anhelo de amar! Entrad todos, entrad. El antiguo jardín sólo os pide esta vez, por su nueva eclosión, que tengáis para él una bella canción, una voz de querer, un espíritu afín y una sed de morir por la Reina Ilusión.

Julio, 1913.

Parece la fragua el ojo cerrado de un muerto titán, y el yunque parece un pico en silencio de un ave anormal. En un negro rincón duerme el mazo que otros días batiera el metal... ¡Cómo duele esta paz de la fragua! ¡Cómo duele esta paz! «¡Hola, herrero! ¿qué tienes? ¿qué inercias han ganado tus músculos hoy? Tus brazos semejan dos ramas tronchadas, dos angustias largas de una abdicación. ¡Levántate, herrero! Haz que de la fragua resucite un sol. Enarbola el mazo y así, junto al yunque, entre rojos hálos serás como un dios.»

Ha soplado el fuelle sobre los carbones, ya la roja llama crepitando está; sobre el recio tórax del despierto herrero, hay como una bella púrpura imperial. El mazo es tu cetro; ¡oh herrero! comienza de nuevo a reinar, y en tus brazos aprendan los flojos a batir y forjar.

«--Toma este oro--le digo al becerro-- y forja una hoz». «--Yo no soy orfebre--me dice-- que herrero yo soy». «--Forjarás la segur; los orfebres no pondrían en mi oro un vigor. Ellos saben de ajorcas y anillos; de segures, no. Yo no quiero mi oro para hacer joyeles que tengan el brillo de una tentación; yo no quiero mi oro para que me muerda la interior serpiente que mordió a Shylock. Resuélvete, herrero; mientras en la altura nos sonríe el sol, coge el oro mío con tus manos rudas y forja una hoz.»

..... ¡Cómo irradia la luz hecha de oro y tiembla el metal, con su luz de ideal novilunio rielando en el mar! En mis manos pone no sé qué virtudes y en mi pecho enciende nueva claridad, y en su empuñadura siento que palpita el misterio fuerte de una inmensidad,

«--He aquí el hierro--le digo al herrero-- y forja otra hoz». «--Ya me duelen--contesta--los brazos y débil estoy». «--Forjarás la segur. ¿No recuerdas que el hierro es tu honor; que del hierro has vivido y el hierro dió a tu fragua inmortal tradición? Herrero: a toda hora es el hierro quien manda: ¡es el dios! Si te cruzas de brazos, si doblas el cuello al sopor, en tu abulia torpe ya no escucharás la solemne voz del hierro, tu amigo... Escúchame, herrero, y forja otra hoz.» La segunda segur, la de hierro, fabricada está. Es como la ceja borrascosa y dura de un fiero titán. En mis manos tiene un brillo de relámpago y en mi pecho enciende redentor afán, y en su empuñadura, cuando ya la cojo, siento el loco empuje de una tempestad.

Ya están en mis manos las dos sacras hoces que el herrero anónimo para mí forjó: la de hierro duro, que es mi fortaleza, y la de oro fino, que es mi ensoñación. La segur más grácil, para cuando quiera cercenar un lauro o una flor de amor, para el santo muérdago de la vida íntima y para el ensueño de mi corazón; y la más robusta, para las podridas ramas que del árbol la ignominia son; para las raíces de la mala yerba que la gloria roban de la mies en flor, y para los cuellos del halcón y el lobo y el áspid traidor.

Mayo, 1914.

¡Va el corcel de mis versos...! Da a los aires sus crines de metáforas nuevas y de símbolos bellos; sus relinchos rimbomban como fieros clarines y sus cascos galopan despidiendo destellos. El corcel de mis versos es rebelde a los frenos porque sabe que ahogan como en flor su carrera; y en su fuga brillante por los cielos serenos, no es Pegaso con alas, sino roja bandera... ¡Va el corcel de mis versos! En sus lomos cabalga, y enristrando el acero de mi acrática pluma, con su hierro alanceo, como el clásico Hidalgo, los fantasmas y duendes de la clásica bruma. Mi corcel es el libre morador de los campos donde se alzan en triunfo los ensueños del arte, donde vierten de lleno sus magníficos lampos las pupilas de Erato y el escudo de Marte. Corre, corre a lo lejos, ¡oh corcel de mis versos! y en los aires restallen tus indómitas crines, que allí hay flores más regias y celajes más tersos, y a tus nuevos escapes más abiertos confines... ¡Va el corcel de mis versos! Y azotando sus ancas con la tralla flamígera de mi audaz fantasía, llego, al fin, a unas tierras ideales y blancas; llego, y beso entre auroras a la musa del día...

Abril, 1921.

Tagalo Kundiman , Kundiman de versos de amores que en los plenilunios prefieres tu vuelo tender: tus suaves estrofas que lloran ocultos dolores dicen la nativa tristeza del atardecer. Tienes el aroma de nuestras edémicas flores y el ritmo y el mimo de un beso ideal de mujer, y resumes toda la queja de los soñadores de mi pobre raza, sujeta a un extraño poder. Fuiste la delicia de nuestros difuntos abuelos; dasnos, en el tiempo presente, un dulzor de consuelos, que son para el alma cual riego en muriente jardín; y serás mañana de toda una raza la gloria cuando, con tu música, su toque marcial de victoria dé a los cuatro vientos un libre y sonoro clarín...

Héla ahí: fino el cristal, tembloroso, musical. Héla ahí: fino el cristal. Aún exhala un viejo olor el cristal: guardó una flor que aún exhala un suave olor... Dió la flor una griseta y dejó su alma el poeta en la flor de la griseta. Una noche dolorosa robó la envidia la rosa en la noche dolorosa... Y dió fama a su bohemia el pobre. ¡Sangre y blasfemia dieron gloria a su bohemia! Volvió al «bar», pidió más vino, y, negro ya su camino, en el «bar» bebió más vino. Dijo sus últimos versos, y, entre sus sueños dispersos, lloró sus últimos versos. Postrer copa... Dió un suspiro y se suicidó de un tiro en la sien... ¡Postrer suspiro! Cayó al suelo la pistola y al cristal dió una aureola el humo de la pistola. El rodó bajo la mesa con se desgracia inconfesa, bajo el mármol de la mesa... Y desde entonces no existe quien beba en la copa triste de bohemio que no existe. Héla ahí: fino el cristal, sin la flor sentimental Héla ahí: ¡rojo el cristal!...

¡Oh pobre corazón! ¡oh entraña mía, sitibunda y loca, que tiemblas a la más breve ilusión puesta en la miel de una divina boca! ¡Oh víscera escondida que sin cesar renuevas en tu fondo tu amor ardiente y hondo, sin ver que quedas para siempre herida...! ¡Oh triste corazón! ¿por qué vas ciego tropezando en las sombras del camino, cuando tu propio sino te grita:--«¡Aún no! Tu ruego no llegó a su destino y tu tiempo de amar no es hoy, es luego»? Pero tú, entraña mía, vas amando a deshora, y sueñas... sueñas que esas bocas risueñas tienen piedad de tu melancolía. Y creen tus quimeras, y ves en lontanazas ilusorias no sé que nuevas glorias, no sé qué flor de nuevas primaveras. Y tu sed de gozar te lleva lejos, centuplica las plumas de tus alas y hasta te olvidas de las cosas malas cual si te alucinasen mil espejos. ¡Oh pobre corazón! ¡Icaro triste y triste Prometeo! si subes a la altura el sol te embiste y, amarrado a la roca del deseo, ni dicha ni quietud para ti existe. Y esto lo sabes bien, ¡oh entraña mía! y sabes del sendero que es muy largo ¡oh entraña! y, sin embargo, vas cruzando el sendero en tu porfía. Ya estás llena de sangre, ya tus fibras se han desgarrado en su latir convulso ¡y sin embargo aun vibras! ¡y sin embargo aun tienes nuevo impulso! ¡Oh vaso de dolor! ¡oh pecho mío que sabes convertir tu muerte en vida! si has de seguir amando sin hastío ¿quién habrá de curar tu eterna herida?

Mayo, 1921.

Nació en la Carlota (Negros occidental), hija de los españoles don Carlos y doña Ramona Monasterio, ella hermana del notable autor don Ricardo. Recibió esmerada educación, primero en colegio español de monjas y luego, durante once años, en otro inglés. Cursó el bachillerato, sobresaliendo en el estudio de la Preceptiva y la Literatura británicas. A pesar de ello ha escrito sus versos en castellano, nunca en la lengua de Shakespeare. Salió al mundo de las letras por la «puerta grande», al obtener el primer premio en un concurso de cuentos para plumas femeninas (1915). Cuatro años después mereció igual galardón en certamen organizado por la «Casa de España», de Manila, Dirigió la Sección femenina de «La Vanguardia», de la misma ciudad. Hace poco más de un año mora en la Península.

(PRIMER PREMIO EN EL CONCURSO LITERARIO ORGANIZADO POR LA «CASA DE ESPASA»,
MANILA, 1919)

Ha lanzado la paloma su quejido lastimero. En el beso de la tierra con el cielo, muere el sol... De la tarde el arbol se desmaya entre las sombras de la noche del guerrero. El silencio de las horas enlutadas ha rasgado los clarines del heraldo de la muerte; hay espectros en las sombras y hay terror en las miradas y vomitan los cañones el derecho del más fuerte. Y ha volado la paloma de plumaje alabastrino ahuyentada por la mano poderosa del destino.

De su nido de ideales sólo queda el esqueleto, ¡Seculares ambiciones! Aquel nido que cubierto de olorosas ilusiones orgulloso se mecía de la historia en los anales. Más su túnica de nieve ha rasgado el negro aullido de los vientos, y debajo de los santos, ideales sentimientos, son los odios un grabado, la ambición es un relieve. Aquel nido, que era un beso en el vivir de los hermanos corazones, es escarnio de la fé que se deben las naciones; y por eso ha volado la paloma de plumaje alabastrino, ahuyentada por la mano poderosa del destino.

¡Oh, la mística paloma de las pálidas canciones! A través de nausebundas humaredas, por encima de campiñas que atraviesan las veredas, entre el ronco estremecer de los cañones, entre el trueno de las turbas que fatídicas vocean por encima de sepulcros y de alfombras funerarias, suspirando sus plegarias, va esfumándose su vuelo, y se aleja con sus alas de los mundos que pelean y se acerca con sus ansias a las cúpulas del cielo. Ave errante y fugitiva, ave hecha de azahares, ¿Dónde buscas el encanto y el amor de tu doctrina? ¿Dónde están las resonancias de tu plática divina y la piedra de holocausto que reclaman tus altares? ¿Dónde vas? Si hoy el hombre irreverente ya no quiere que te poses en su frente palomita de la paz... «Voy buscando» dijo ella, «algún nido hecho de amores donde vivan mis creencias, donde mueran mis dolores». Tañen lentas, compungidas, las campanas de la Francia, y vigilan solitarios en sus níveos sudarios los mil picos (que se burlan de la altura y la distancia) de los rudos Pirineos. El blancor de su cabeza da un aliento en su tristeza a la reina del olivo y a sus líricos deseos. Pero sigue su camino, porque en ellos aun se escucha el estruendo de la lucha, y aun la empuja aquella mano poderosa del destino. Ya ha pasado por encima de la típica montaña de los místicos del norte, y ha llegado hasta la corte, y en el suelo de la España se ha posado la paloma de plumaje alabastrino subyugada por un alma que es más fuerte que el destino.

En el fondo dulce y cálido de un humano corazón ha hecho nido la paloma, mientras reza una oración por la viuda sin amores, y los hijos del inválido. Santo nido hecho de flores y fragancias maternas de caricias, de ternuras y sedientas calenturas Por el bien de los mortales! ¡Corazón que guarda dentro el calor de las canciones que palpitan en los tristes corazones, que es altar, estuche, y centro de noblezas olvidadas y de hidalgas compasiones! ¡Rui señor enamorado de los cánticos del arte! ¡Corazón! Santo

estandarte de lo honrado, donde vive la divina poesía de la tétrica tragedia del vivir. ¡Vaso hondo del sentir! ¡Corazón que es una mezcla de tristeza y de alegría! Que es color, canto, fragancia, clamor, risa, luz, suspiro, movimiento, danza, giro, simpatía y añoranza. Don Quijote que enloquece acariciando una ilusión. ¡Corazón, fiel corazón. del gran Rey Alfonso Trece! Y ha vivido la paloma de plumaje alabastrino en el fondo de ese pecho que es más fuerte que el destino.

Ha cesado la matanza, han callado los cañones, y la voz de las naciones la reclama una vez más con promesas de bonanza. La paloma no se mueve. Con suspiro tenue y quedo tiembla aún de sus ansias al compás. La paloma de la paz todavía tiene miedo. En, la boca del monarca juguetea una sonrisa; en el hueco de su mano aún descansa la paloma blanca y mansa que ha quedado para siempre convertida en su divisa. ¿Oué derecho hay en la tierra que le quite el blanco emblema, redivivo con su aliento, escudado con su honra, en el trágico momemto en que quisieron arrancarle esa gloria de su lema? En las luchas de la corte, en lia inquietud de la cabaña, ha sabido defenderla con su pecho y con su ley, ha sabido defenderla vuestro rey, por la unión de sus hermanos y la gloria de su España.

EN EL DÍA DE SUS BODAS

¿La Vida?..... Es un drama, de más o menos actos, que puede ser comedia, aunque así siéndolo no han de faltarle lágrimas; o puede ser tragedia, aunque así siéndolo no han de faltarle risas. En ambos casos Ni deja de ser drama ni deja de ser vida.

Nace el niño. Y su primer saludo es un llanto inconsciente; ni siente lo que llora ni llora lo que siente. Pero en los huecos que egoísta deja el reír y llorar de su niñez, deposita la mano del destino la pólvora dormida, y la oculta alegría que explota en la tragedia y en la comedia ria. El drama ya ha empezado y sin sentirlo un acto ha terminado.

Y suben el telón del segundo acto. La adolescencia loca, con sus brios de férvida osadía, se levanta gigante en medio de la lucha desafiando al mundo con los años que tiene por delante. Se propone vencer, porque confía en ese amor sin fin que engendra un ideal, y en el firme y seguro pedestal de una amistad sin cerco ni confín. Ante sus ojos el mundo que soñó se desvanece pronto, y en su lugar, irguiéndose asesino, otro mundo de prosas y mentiras acaba de matar del pecho joven el último ideal Ya vemos asomar los dedos lívidos de la cruel tragedia, que por entre la puerta sin cerrojos del corazón humano intenta introducir toda la mano. Y la vemos entrar, muy abiertos los ojos, la faz idiotizada, pensando cuán inútil será toda defensa meditada. ¡Oh maldecida mano que llaman experiencia! ¡Qué caro cuesta el aprender tu ciencia! Y con estas palabras el telón vuelve lento a caer, sin que el público sepa lo que entre bastidores puede haber.

Ya está el héroe otra vez sobre la escena con su porte viril, pero... ¿y su fuerza? Su fuerza no es la loca rebeldía del que quiere vivir; es la resignación, es la alegría del vencido en la lucha, que no le importa nada su derrota porque trae la paz, aunque en sus garras lleve su voluntad deshecha y rota. Y se entrega en los brazos del amor para gozar en paz la dicha que promete, y se arrima al hogar que da calor, mientras el huracán fuera arremete contra el loco que quiere, ensangrentado, batirse moribundo, y con la boca cubierta ya de espuma hacer un gesto de desprecio al mundo. A vosotros os hablo, ahora arribais al puerto de la paz. Sois prisioneros de la gran batalla donde la sociedad al débil avasalla, y en la cárcel sombría del deber vais a reír, vais a llorar, y vais a recordar el fragor de la lucha del ayer. Yo soy siempre cruel con el cobarde, más no hace caso ¡por Dios! de los poetas: somos locos enfermos de la vida y es que para curar nuestro pensar suicida la sociedad no encuentra una receta.

..... Tenéis derecho a vuestra dicha de hoy; pues que es la libertad a cambio de amor. Reid la carcajada de la felicidad, soltad vuestras campanas, que repiquen a gloria, que suenen alegría, que lleguen sus tañidos a esta mansión dichosa, que besen vuestras almas con sus sueños de rosa. Yo quiero panderetas, yo quiero cascabeles, quiero trinos de pájaros y ruido de caireles, yo quiero la alegría de los días de sol, quiero la chillería de la niñez dichosa, y en medio del concierto de este bullicio humano una salva de aplausos por mis primos hermanos.

Ya sólo falta un acto, Y ese os toca a vosotros concluir. Estais sobre la escena... Acabad vuestro drama con el arte grandioso del vivir. Pero tened en cuenta que si os sale tragedia no han de faltarle risas; ni han de faltarle lágrimas si os resulta comedia.

Nota 27 : Heroína de Noli me tangere .

El epílogo triste de tu vida se prolonga cubriendo con su gloria el silencio expresivo de la historia. Fingiéndote dormida, cual sonámbula audaz, en la alta noche, caminas abordando los abismos, y eres el albo escudo, protector de sagrados misticismos, y eres dorado broche del rosario oloroso de sampagas, emblema de virtudes femeninas, que adoran las dalagas 28 nuestras dulces mujeres filipinas.

Nota 28 : Muchacha, doncella.

Allá en la negra noche, rasgada por relámpagos inquietos y llorada por negros nubarrones, hiciste de tus lágrimas derroche, para llorar tus retos en un ¡ay! de deshechas ilusiones. Muerta, más no vencida, tu alma extenuada y fría comprendió la grandeza del dolor; del dolor que afrontó con heroísmo, para hacer de la vida una trágica negra poesía; para hacer del amor un sublime grandioso fanatismo. Creyéronte fantasma, y sí lo eras; de pie, sobre un tejado batido por la lluvia huracanada, no eras masa de carne que gemía, eras la encarnación de algo soñado, un aliento que vive de quimeras, el último estertor de una agonía, aquella sombra tierna y desgraciada que con su cuerpo proyectó Rizal sobre el sol de una creencia, salvando su existencia con las luces espléndidas de su genio inmortal.

¿No te acuerdas ya más, María Clara? La noche saturada de negros. Sobre la ingente ara de la naturaleza embravecida sacrificaste todos tus amores, diste toda tu vida. La noche se prolonga y hay quien llora. Entre muros que llaman Democracia la mujer filipina siente el zarpazo de un progreso falso, y se busca tu fuerza de aquella hora, tu alma llena de gracia, para huir de un cadalso lento y espiritual, mas no por eso menos tirano que el que mata al preso. Tu eres chispa nacida del cerebro de un mártir de la Idea, en el choque aquel seco del amor (a la patria adorada) contra alguna injusticia maldecida. No murió tu esplendor, y en la noche del hoy aún eres tea que camina en la nada del misterio del alma femenina, un fantasma esparcido en su psicología tenue y fina, aroma desprendido del dolor de un poeta, que te dejó al morir, para que en la carrera empuñases muy alto su bandera y llegases por él hasta la meta antes de sucumbir.

Por eso en la presente obscuridad escuchamos el ritmo de tus pasos, porque en aquella noche de orfandad dilataste tu espíritu hasta romper los lazos del abrazo fugaz de lo mortal. Y por eso, fantasma azul del alma femenina que soñara Rizal, prolongación del beso de su obsesión divina, vibrante poesía que el poeta cantara, eres, clara María, ¡Nuestra María Clara!

Hay un silencio triste, de consuelo, en el prado. Una esquila se queja en los brazos del viento como un poeta triste, eternamente atado al buey de la materia, sin luz ni sentimiento. Las voces pueblerinas de unos chicos se alejan entre el grueso ramaje con que se adorna al río. De su inercia unas rocas parecen que se quejan y la yerba se seca al beso del estío. Otra vez el silencio. Ahora es un gorjeo que sobre mi

cabeza sueña un verso de amor... Vuelve a chillar la prosa: mugriento y sin aseo el tren silba ya el grito carnal de un estertor. Unas nubes muy blancas se agarran al azul. Árboles verdinegros vigilan el espacio. Los murmullos del río me rozan como un tul que acaricia las trenzas de una novia. Despacio marcha el sol. Al azar abro el libro, un retrato me sonrío... ¡Es tu risa!... En mi triste mirar se esfuma la campiña. Todo esto es sólo un rato. ¡Después son unas ganas muy grandes de llorar!..

Los Molinos, Agosto 1921.

No estés triste... A través del espacio, tan henchido de arcanos y apariencias de calma, enlacemos, despacio, el alma de las manos y las manos del alma. No estés triste... Voy a inclinar mi frente, para que en ella escribas tu pregunta en un beso. Un silencio doliente responderá con vivas ternuras hechas verso. No estés triste... Yo callo porque quiero que tú, en la sinfonía del silencio sagrado, percibiendo el lijero temblor del alma mía, me sientas a tu lado. No estés triste... ¡que tú nunca estás sola! ha bajado una estrella y ha llegado a tu lecho. ¿Conoces su aureola? mi amor hecho centella se refugia en tu pecho. No estés triste... Que también ha bajado un rayo de luna. ¡Yo estoy siempre contigo! mi tristeza a tu lado es siempre, ¡siempre! una caricia de un amigo. No, no; nunca estés triste... A través del espacio, que guarda los arcanos de nuestro amor sin calma, enlacemos, despacio, el alma de las manos y las manos del alma.

Cercedilla, Septiembre 1922.

en Ilo-Ilo el 20 de Octubre de 1893. Bachiller en 1912 y abogado en 1916, paró en militar, siendo ahora teniente del tercer regimiento de infantería de la división filipina al servicio de Norte América. En Ilo-Ilo dirigió «El Adalid». Fué luego redactor del «The Philippines National Weekly». Ha publicado en Manila, 1921, un volumen de versos: De mi jardín sinfónico .

No es mi musa la sílfide aturdida que corre tras azules mariposas, ni tampoco es Ofelia dolorida que pasa desbordando tuberosas. Es Astarté mi musa preferida, la que inspira pasiones clamorosas. Es voluptuosa y es gentil panida la diosa de mis vidas primorosas. Es mónada que ríe, canta y llora con locura de pájaro divino, de ritmos y de vida sembradora. Baco la ofrenda cántaros de vino, e implora Pan, cabe sus pies de Flora, loco de amor celeste y peregrino.

1921.

Para tí son todas mis ternezas cálidas, y mis rosas pálidas, y mis reales odas. Para tí mi aliento y también mis rezos, la miel de mis besos y mi pensamiento. Para tí mis cantos que humedecen llantos de acerbo dolor. Para tí la esencia de esta mi existencia que atrista el amor.

1921.

Nácar de luna que en los cielos, riela, oriflama brillante sobre el mar, nieve en la cima que el calor deshiela, pebetero encendido ante el altar, presto a los caminantes mi consuelo, acompañando a Fé y a Caridad; las tres llevamos por camino el cielo, formando una gloriosa trinidad. Soy la princesa del ropaje verde que renueva en el hombre la confianza, cuando el naufragio del vivir le pierde; le hago entrever la mística bonanza, mientras la sierpe del dolor le muerde; soy la última en morir: soy la Esperanza,

1921.

Se oye un lamento de agoreras aves bajo el palio del cielo tropical, y se aspira un olor de brisas suaves que estremece el silencio sepulcral. Sobre el lejano mar las negras naves sombras son en la calma vespéral; en la fronda un rumor de notas graves, que deslíe un liróforo oriental. Es la hora del crepúsculo.

Silente gime el aura rindiendo vasallaje a Febo que desciende al Occidente. Eternamente fúlgida y doliente, es la tarde del trópico salvaje que muere lenta, lenta, lentamente...

Cuando yo muera llevad mis restos allá a la cumbre de una montaña que sea digna de mis arrestos de indio poeta, nieto de España. Egregia lira mi tumba exorne, para que preste vida a mis huesos, y allí una virgen y Pan bicornes derramen ritmos, flores y besos. Grabad entonces sobre mi fosa con letras de oro esta inscripción: «Yace aquí un bardo que a toda cosa grande o hermosa dio el corazón».

Español su abolengo. Hijo de don Ramón, teniente coronel de Ingenieros de nuestro ejército, ya difunto, y hermano de un actual comandante de caballería. Perdió Tirso la nacionalidad de la progenie para ejercer en Manila la abogacía. Fué nombrado C. de la Española y le sorprendió la muerte (1918) cuando trataba de organizar una Academia, corresponsal de la citada, en la capital del Archipiélago.

Cae la inmensa cascada en numerosos raudales cual los niveos cendales de una vírgen desposada. Y aquella masa agitada de cortinas espumosas que se pierden rumorosas en el fondo del abismo, semejan el eco mismo de una conciencia irritada.

El ambiente, saturado de mil líquidos vapores, llena de frescos olores aquel lugar retirado. Y así el tajo fabricado por térricas convulsiones, irisado por millones de rayos de un sol que baña, figura enorme champaña que chispea desbordado.

Junto a los trozos de roca cubiertos por verde hiedra, formando dique de piedra al agua que se desboca, se oye un rumor que entrechoca con multitud de sonidos; notas de risas, gemidos, sollozos e imprecaciones y acentuadas inflexiones de besos de boca a boca.

Ante el murmullo constante de rápidos surtidores, que descienden bullidores en un caer incesante, hace sentir palpitante mi corazón sus latidos, y cien recuerdos queridos. Cual procesión ilusoria, desfilan por mi memoria con marchar avasallante.

Siente el alma, dolorida por fiebre que la consume, sutil y vago perfume, que al descanso la convida; y al quedar adormecida por el agua saltadora, que susurra arrulladora, dejos de ardientes caricias, sueña con locas delicias de las que alegran la vida.

Hay en el agua una nota de tonos arrulladores, cual si pregonase amores el líquido que borbota; y por la atmósfera flota una humedad impalpable, cuyo vaho imponderable exhala en sus blandos giros los sofocados suspiros de la cavidad ignota.

Bajo el azulado velo del sereno firmamento en aquel feliz momento de olvido y de loco anhelo, quisiera emprender el vuelo hacia recuerdos hermosos, que brillan esplendorosos en medio de mis dolores y ofrecen consoladores las dulzuras de mi cielo.

Las matas y los abrojos se agitan al roce leve de la brisa blanda y breve que acaricia sin sonrojos; y entre los verdes despojos del fondo de la llanura, creo entrever la figura de alguna imagen querida que me mira enternecida con sus adorados ojos.

Mas, al despertar ligero de las dichas de mi sueño, y abandonar el beleño de aquel cuadro lisonjero; sólo escucho el lastimero movimiento de las aguas y el ruido de las piraguas que surcan río cercano, perdiéndose por el llano a impulsos de hábil remero.

Dije mal; no se ha perdido la impresión de mi memoria. Y en la accidentada historia de lo poco que he vivido, evocaré enternecido los gentiles surtidores que, blandos y arrulladores cual la brisa del desierto, me

hacían soñar despierto con mi recuerdo querido.

Es tu voz cuando cantas dulce fuente, arroyo fresco que en la selva umbría el himno de cristal de su corriente va entonando en suave melodía. Escuchándote, el alma se extasía, brilla luz de ideales en mi mente y calma de tus notas la armonía la fiebre abrasadora de mi frente. Ahora que triste, enfermo y abrumado por desengaños, descansar quisiera en un rincón oscuro y olvidado, Oyendo el eco de tu voz de diosa, en el pecho sombrío la quimera deja caer sus pétalos de rosa.

La lucidez de mi amoroso anhelo entrevé tu límpida mirada, que a través de las sombras de tu velo me hiere el corazón como una espada. Marchando, silenciosa y recatada, hacia el altar, con religioso celo, pareces una virgen arrancada de las alturas del divino cielo. La nieve de tu frente se ilumina cuando el ungido tu presencia acierta y a darte el cuerpo de Jesús se inclina; Mi adormecido corazón despierta, y en tus hermosos ojos adivina los mismos ojos de mi madre muerta.

No pudieron la ausencia ni el olvido, ni el hielo de tu cruel indiferencia arrancar para siempre esta dolencia del fondo de mi pecho dolorido. La pasión que me tiene enloquecido me consume con honda persistencia, y resurge con súbita violencia ante el prodigio de tu sér querido. Cual hadas misteriosas de un ensueño, son la nieve y la rosa de tu encanto que aumentan la porfía de mi empeño; ¡Oh amor inexplicable, bajo el manto de las blancas cenizas de mi sueño entona el himno de su ardiente canto!

(SONETO IMPROVISADO EN EL ACTO DE LA INAUGURACIÓN DE LA «CASA DE ESPAÑA»)

Hermanos españoles: un bardo de mi raza ha cantado las glorias de vuestro hablar divino, que es el sublime nexa que a todos nos enlaza y hace un súbdito hispano de todo filipino. Por eso, aunque designios fatales del destino rompieron la cadena de amor que nos unía. caballeros andantes por el mismo camino marcharán juntas siempre vuestra patria y la mía. Y así como en tres siglos de perenne memoria vivieron bajo Hispania las filipinas greyes, y escribimos unidos los fastos de la historia; Aun las leyes de España se llaman nuestras leyes, vuestra alma es la nuestra y es nuestra vuestra gloria, Y es Miguel de Cervantes el rey de nuestros reyes.

Revolucionario ardiente en el movimiento secesionista de Filipinas. Organizó el Katipunan . Con Andrés Bonifacio dió el grito de independencia en Balintauac, Agosto de 1896. Generalísimo del ejército del Norte, combatiendo contra los españoles, fué herido y hecho prisionero (1898), muriendo al año siguiente. Sus conterráneos veneran su memoria. Escribió poesías, principalmente en su lengua vernácula y pocas en castellano. La inserta recuerda Ultimo adiós , de Rizal.

¡Salve, oh patria, que adoro, amor de mis amores, que Natura de tantos tesoros prodigó; vergel do son más suaves y gentiles las flores, donde el alba se asoma con más bellos colores, donde el poeta contempla delicias que soñó! ¡Salve, oh reina de encantos, Filipinas querida, resplandeciente Venus, tierra amada y sin par: región de luz, colores, poesía, fragancias, vida, región de ricos frutos y de armonías, mecida por la brisa y los dulces murmullos de la mar! Preciosísima y blanca perla del mar de Oriente, edén esplendoroso de refulgente sol: yo te saludo ansioso, y adoración ardiente te rinde el alma mía, que es su deseo vehemente verte sin amarguras, sin el yugo español. En medio de tus galas, gimes entre cadenas; la libertad lo es todo y estás sin libertad; para aliviar, oh patria, tu padecer, tus penas, gustoso diera toda la sangre de mis venas, durmiera como duermen tantos la eternidad. El justo inalienable derecho que te asiste palabra vana es sólo, sarcasmo, burla cruel; la justicia es quimera para tu suerte triste; esclava, y sin embargo ser reina mereciste; goces das al verdugo que en cambio te dá hiel. ¿Y de qué sirve ¡ay, patria! triste, desventurada, que sea límpido y puro tu cielo de zafir, que tu luna se ostente con luz más

argentada, de que sirve, si en tanto lloras esclavizada, si cuatro siglos hace que llevas de sufrir? ¿De que sirve que cubran tus campos tantas flores, que en tus selvas se oiga al pájaro trinar, si el aire que trasporta sus cantos, sus olores, en alas también lleva quejidos y clamores que el alma sobrecogen y al hombre hacen pensar? ¿De qué sirve que, perla de virginal pureza, luzcas en tu blancura la riqueza oriental, si toda tu hermosura, si toda tu belleza, en mortíferos hierros de sin igual dureza engastan los tiranos, gozándose en tu mal? ¿De qué sirve que asombre tu exuberante suelo, produciendo sabrosos frutos y frutos mil, si al fin cuanto cobija tu esplendoroso cielo el hispano declara que es suyo y sin recelo su derecho proclama con insolencia vil? Mas el silencio acaba y la senil paciencia, que la hora ya ha sonada de combatir por ti. Para aplastar sin miedo, de frente, sin clemencia, la sierpe que envenena tu mísera existencia, arrastrando la muerte, nos tienes, patria, aquí. La madre idolatrada, la esposa que adoramos, el hijo que es pedazo de nuestro corazón, por defender tu causa todo lo abandonamos: esperanzas y amores, la dicha que anhelamos, todos nuestros ensueños, toda nuestra ilusión Surgen de todas partes los héroes por encanto, en sacro amor ardiendo, radiantes de virtud; hasta morir no cejan, y espiran. Entre tanto que fervientes pronuncian, patria, tu nombre santo; su último aliento exhalan deseándote salud. Y así, cual las estrellas del cielo numerosas, por tí se sacrifican mil vidas sin dolor: y al oír de los combates las cargas horribles rogando porque vuelvan tus huestes victoriosas oran niños, mujeres y ancianos con fervor. Con saña que horroriza, indecibles torturas,-- porque tanto te amaron y desearon tu bien,-- cuantos mártires sufren; más en sus almas puras te bendicen en medio de angustias y amarguras y, si les dan la muerte, bendicente también. No importa que sucumban a cientos, a millones, tus hijos en lucha tremenda y desigual y su preciosa sangre se vierta y forme mares: no importa, si defienden a tí y a sus hogares, si por luchar perecen, su destino fatal. No importa que suframos destierros y prisiones, tormentos infernales con salvaje furor; ante el altar sagrado que en nuestras corazones juntos te hemos alzado, sin mancha de pasiones, juramentos te hicieron el alma y el honor. Si al terminar la lucha con laureles de gloria nuestra obra y sacrificios corona el triunfo al fin, las edades futuras harán de tí memoria; y reina de esplendores, sin manchas ya ni escoria, te admirarán los pueblos del mundo en el confín. Ya en tu cielo brillando el claro y nuevo día, respirando venturas, amor y libertad, de los que caído hubieren en la noche sombría no te olvides, que aun bajo la humilde tumba fría se sentirán felices por tu felicidad. Pero si la victoria favorece al hispano y adversa te es la suerte en la actual ocasión, no importa: seguiremos llamándonos «hermano», que habrá libertadores mientras haya tirano, la fé vivirá mientras palpita el corazón. Y la labor penosa en la calma aparente que al huracán precede y volverá a bramar, con la tarea siguiendo más firme, más prudente, provocará otra lucha aun más tenaz y ardiente hasta que consigamos tus lágrimas secar. ¡Oh patria idolatrada, cuanto más afligida y angustiada te vemos te amamos más y más: no pierdas la esperanza; de la profunda herida siempre brotará sangre, mientras tengamos vida, nunca te olvidaremos: ¡jamás, jamás, jamás!

Octubre, 1897

Nació y † en Manila, Abril 1869 y Mayo 1901, respectivamente. cursó el bachillerato en escuelas privadas, y en centros oficiales de enseñanza dibujo y rudimentos de escultura. Se consagró luego a este arte en el taller de su padre, don Romualdo Teodoro, imaginero de nota. En sus vagares cultivó la poesía amorosa y la patriótica, siempre en castellano. Colaboró en «El Comercio», «El Resumen» y «El Bello Sexo», y fué uno de los fundadores de «La Moda Filipina», periódicos todos de Manila.

Vé, tierna y fragante rosa, llena de encanto nacida, el aroma que en tí anida a ofrecerla bondadosa. Cual amante mariposa, de nieve y carmín teñida, besa su boca encendida y en su cabellera posa. Y díla que en tu pensil, en bullicioso tropel, huríes te han reclamado y beldades más de mil, y que a todas ellas,

cruel, con esquivéz te he negado.

Sueño fugaz de la vida, campo esmaltado de flores, aura empapada de olores, carrera llana y florida... : tal es la infancia querida. La vida le es placentera, al ignorar que le espera, en su camino escabroso, con el semblante lloroso, la triste vejez austera.

Diminuta y nevada, en los pensiles de mi patria amada, entre mil raras flores peregrinas, brota la sampaguita perfumada, cuyo tímido broche, joya digna de ser de las ondinas, ábrese al tierno aliento de la noche. Nocturno adorno bello que a las encantadoras filipinas regala Dios para prenderse al cuello.

Con ardiente ambición desmesurada, anhela ciego el hombre, sin reposo, blasones adquirir, nombre famoso, y subyugar la ciencia ilimitada. Escudriñar la bóveda estrellada, registrar el Océano proceloso, por llegar, arrogante y majestuoso, de la gloria a la cúspide escarpada. Tal es su ceguedad y su locura: llevado por mezquinas ambiciones, lauros y gloria sin cesar procura. ¡Vive anhelando vanas ilusiones, sin recordar que en una tumba obscura se perderán sus glorias y blasones!

Contemporáneo. Hermano de Anselmo.

Tú y yo somos dos almas de misterio. Eres tú la poesía de la vida, materia que germina en el imperio lumínico del astro apolonida. Yo soy el vate de inmortal salterio; alma sublime a la emoción nacida, que vuela de hemisferio en hemisferio siempre a los rayos de tu luz asida. No confundas tu sueño con mi sueño, que somos dos materias bien distintas apesar de esta magna afinidad... Eres la Inspiración, mas soy el dueño del ritmo y de las gamas inextintas, ¡y mía es la sublime eternidad!

Sobre la cresta del altivo monte, águila herida por audaz, detengo mi vuelo para ver el horizonte ensangrentado y triste de que vengo. Abajo yacen muertos pavorosos; los cuervos que han posado a mi partida, llenarán sus estómagos ansiosos bebiendo sangre en cada fresca herida. Así es la humanidad; para el herido la paz, la indiferencia y el olvido, sólo en el llano y en la cumbre solo. Para el muerto la unción de los gusanos, repartición, de carnes entre hermanos: ¡comedia eterna, repugnante dolo!

Mayo, 1920.

Poetisa contemporánea, casada con norteamericano, pero españolísima de sentimientos.

A ALEJO VALDÉS

De tu lira, poeta, yo diría que los pechos embriaga con su canto cuando llora las penas, el quebranto, del hijo por la madre en agonía. El que lea tus versos pensaría eres bardo sutil, semidivino. Virgilio del Parnaso filipino, y filtro del dolor tu poesía. Yo te auguro corona de laureles con tu «Electa», panal de ricas mieles, ánfora evocadora de tus cuitas. Y aspiro, como premio a tus dolores, ofrenden a tu musa bellas flores de cadenas de amor y sampaguitas.

Octubre, 1915.

Abogado y poeta contemporáneo.

Siempre lo mismo, siempre igual. Mi vida, cansada está de sus antiguos vuelos, y estúpida persigue la medida carrera de dos rieles paralelos. ¡Siempre igual!... Hay la misma establecida mudéz indescifrable de los cielos; la misma torpe humanidad vencida besando la cadena de sus duelos. ¡Oh! ¡Quién, teniendo fuerzas lapidarias, pudiese ese banal mundo de parias sostener como un Atlas en sus hombros; y sacudirlo, en un supremo esfuerzo, a ver si así revive el Universo; o se sepulta al fin en sus escombros!

Caballeresco tipo que de otros tiempos queda, forma nota discorde con el siglo presente. Bien merece el prestigio de casacas de seda, con una espada al cinto y un chambergó en la frente. Así podría abrir camino a cintarazos al paso de su potro que corre como el viento mientras, acongojada, desmáysese en sus brazos una dama arrancada al dolor de un convento. Y en el seno tranquilo de la noche sombría, con el ojo avizor, su fuga seguiría hasta que el nuevo sol derramase su brillo, A tiempo que a través de floridos jardines resonasen triunfantes clangores de clarines desde los alminares de su feudal castillo...

Presbítero. Colabora en «El Debate», de Manila. Ha comenzado a versificar, para el público, hace poco; pero ya tan formado literariamente, que merece un lugar en este PARNASO.

¡Oh España, de sin par ejecutoria, que a tu cabeza unciste el Universo: del sol de tu poder radiante y terso hoy sólo queda pálida memoria! Más, ya hundida la torre de tu historia bajo las olas de un olvido adverso, aún repica sonora como el verso la campana gloriosa de tal gloria. En el templo ideal del alma humana es tu lenguaje esa inmortal campana; y es de su voz el eco soberano la virtud de cien pueblos diferentes, para avanzar, seguros y valientes, por la ancha vía del progreso humano...

No lamentos, España, tu caída, si te hirió con su hachazo el elemento; también lograste que impregnase el viento la rica esencia que exhaló tu herida. Y del árbol herido de tu vida un ramo en flor se desgajó violento; que fué rodando a la merced del viento hasta hundirse en la mar embravecida. Pero, al cogerlo Dewey de la playa, vio que era un gajo de la mar malaya florecido de perlas peregrinas. El que se desgajó de tu existencia, llevándose tu amor, tu fé, tu esencia, ¡el ramo en flor: mi patria, Filipinas!

Julio, 1922.

He soñado contigo... ¿No lo dudas? Mejor; así comprenderás al fin que hay besos más horribles que el de Judas, cerebros locos y almas de Caín. He soñado contigo... Han sido mudas horas de ensueño,--horas de jardín,-- con los ojos abiertos a las rudas olas de olor que me brindó un jazmín. He soñado contigo... Mira; aun arde mi corazón en su postrer alarde. Mírame bien ¡oh amor! mírame bien. Y aunque en la vida sea todo falso, hazme con tus abrazos un cadalso, pero ven a matarme de amor... ¡Ven!

1911.

Nació en Manila el 13 de Enero de 1895; Una acuitada adolescencia le impidió acabar en el Ateneo municipal el bachillerato. Ejerció el oficio de tornero mecánico. A los 16 años versificaba. Consagrado ahora al periodismo, es redactor del diario filipino «La Vanguardia». Adora a Rubén y Villaespesa.

Romántica dalaga que lloras, dolorida, con tu alma de azucena, sin luz, desfallecida, en medio de la senda de la desolación. Del astro de tu angustia suprema a los reflejos, bardo de ensoñaciones, vengo a tí, de muy lejos, con la lira enlutada y triste el corazón. Aquí me tienes, virgen de sublimes amores. Ante el ara sombría de tus hondos dolores, donde fulgura el cirio de la Fatalidad, permite que lamente tus penas y tormentos, yo que, cual tú, he sentido también mis sufrimientos, sin ver siquiera un prado de la Felicidad. ¡Qué suerte tan infausta te dio la Providencia! la esperanza nacida en tu pura conciencia, de la implacable parca, cayó bajo el rigor, y el ser idolatrado de tu sueño divino, se fué por el sendero que le trazó el Destino ¡y te has quedado sola con tu infinito amor! ¡Ah! Si pudiera mi alma, dalaga de mi tierra, mitigar los pesares que tu espíritu encierra, te enseñaría un prado de encanto singular, y en medio de tus ansias, bellísima criatura, te haría ver poéticos jardines de ventura, do eternamente puedas tu cuitas olvidar. Mas, enjuga el llanto ¡oh virgen desolada! eleva hacia el Altísimo tu lánguida mirada, tu mirada piadosa ¡oh púdica mujer! y piensa que el amado, tu gloria, tu consuelo, aquel que te adoraba no ha muerto, está en el cielo, y allá en el cielo sueña, feliz con tu querer! ¿Qué más hacer podrías, con entera eficacia, sino saber,

heroica, triunfar en la desgracia, y dar un santo bálsamo de paz a tu orfandad? La vida es así: mezcla de gozo y agonía... A la tétrica noche, sucede el claro día, y al día placentero, la triste obscuridad... Alma buena y romántica, corazón dolorido, levanta, pues, tu espíritu sin luz, desfallecido, en medio de la senda de la desolación... Del astro, de tu angustia suprema a los reflejos, bardo de ensoñaciones, vine a tí, de muy lejos, para darte las rosas de la consolación. Hélas aquí, pletóricas de esencia consagrada... Yo las pongo a tus plantas con mi lira enlutada, en el augusto nombre del rey universal... ¡No pierdas la esperanza! La muerte, en sí, no es muerte... ¡Es sólo una vereda que nos conduce al fuerte imperio donde irradia el Sol de lo inmortal...!

1920.

Juventud, flor divina de mi tierra, el horizonte se abre a tu camino... Mira las cumbres... Tu progreso encierra el ideal del pueblo filipino. Es verdad que jamás falta en la ruta de ía existencia, un negro precipicio... Pero ¿qué importa? Tu alma no se inmuta y está dispuesta siempre al sacrificio. Animosa prosigue tu jornada... Bajo el beso del hada de la Historia, tu naciste con alma destinada a ser conquistadora de la gloria! Con un amor ardiente e infinito, enarbola la enseña de la ciencia... En las hojas del libro allí está escrito el poema inmortal: la independencia! Juventud estudiosa del Oriente, las libertades nacen en la guerra, pero tú, de la paz bajo el ambiente, con tu saber libertarás mi tierra. Que no haya ni un pequeño desaliento, a la luz de tu espíritu sublime... Con la labor constante y el talento, así una raza toda se redime. Mañana, cuando llegues, afanosa, con tus frescos laureles, a las cumbres, te abrazará una patria venturosa, ante una aurora de gloriosas lumbres... Te rendirán la vida y el misterio, del porvenir los prados ideales, y las musas, en todo el hemisferio, te cantarán con trovas inmortales. Juventud, esperanza de mi tierra, es grandioso y sublime tu destino... Sigue avanzando... ¡Tu progreso encierra la redención del pueblo filipino!...

1920.

La virgen desposada lleva floridos ramos, radiante de ternura y de felicidad. Se arrodilla ante el ara. Y, con dulces reclamos, ofreciendo a Dios flores, jura fidelidad... Las flores son las bellas mensajeras del alma que saben de las glorias que dora la ilusión. Hay pájaros sin nido, hay momentos sin calma, más, sin flores no tiene palabra el corazón! ¡Pobres flores que bajo un oscuro destino he encontrado olvidadas en medio del camino... Por vuestras gracias vibra mi lira con amor! Vuestro hermoso capullo una misión encierra: la aurora por vosotras ilumina la tierra... ¡La tierra, por vosotras, no olvida a su Creador!

Bajo un sol de misterio, en un pobre ataud, cuatro hombres me llevaron a un negro cementerio, poblado de violetas en mística quietud. Estaba triste el cielo tres rosas del amor, de vigoroso luto, con hondo desconsuelo lloraban por la muerte del joven trovador. Era una la adorable, enferma de ilusión, a quien bajo un ramaje de dicha, inolvidable, una tarde yo diera todo mi corazón. Era otra la afligida musa de mi querer, que en las horas sombrías e inciertas de la vida consolaba mi espíritu con su alma de mujer. La tercera era aquella que me enseñó a sufrir, aquella madre mía, pura como una estrella, conturbada pensando siempre en mi porvenir. ¡Y que lección encierra aquel sueño opresor! Ante una sepultura pusiéronme en la tierra, abrieron mi ataud y después... ¡oh dolor! En el horrendo estado de la disgregación mi carne, barro siempre, había entrado, ahuyentando el encanto de la humana ficción. La musa idolatrada de mi ardiente querer, y aquella novia enferma de ilusión, tan amada, gimieron mucho, pero resistiéndose a ver... Y en un sublime exceso de su amor inmortal, mi madre fué la única mujer que un sacro beso depositó en las ruinas de mi carne mortal.

1921.

De la Laguna, como Rizal y Cánon. Nació el 15 de Mayo de 1890. Interno con jesuítas y dominicos, se graduó de perito mercantil. En talante de poeta, tuvo una primera juventud inquieta y romántica, aunque al fin le sujetaron las realidades de la vida. Ha impreso en Manila dos colecciones de poesías: Aromas de ensueño (1914) y Cadencias (1917). Villaespesa es su poeta preferido: luego Darío, Núñez de Arce, Chocano y Vargas Vila.

Artífice inmortal de la Poesía, incomparable y mágico rimero que tienes en las venas fuego ibero y en el pecho panales de ambrosía. Alma de luz, de sol y de armonía, que en medio de este siglo de odio fiero, descuellas indicando un derrotero a la soberbia humanidad del día; bardo de paz y de combate rudo, que la bandera azul tan alto agitas, ¡divino soñador, yo te saludo! Mi musa a ti, con temblorosa mano, te ofrenda un haz de frescas sampaguitas ¡oh embajador del intelecto hispano!

1915.

Dulzuras destella tu luz de topacio, luminosa estrella del celeste espacio. Y viendo que de ella yo nunca me sacio, me sonrías bella, desde tu palacio. Tus fulgores dame, que amante los guardo en mi ánima opresa, y deja que te ame nostálgico el bardo, ¡divina princesa!

1917.

Todas las noches, a la sombra amena de un frondoso macizo floreciente, yo acudía con paso diligente y con el alma de ilusiones llena. Veía a poco su cuerpo de azucena avanzar indeciso, lentamente, mientras un ansia de pasión ardiente daba a mi pecho hervores de colmena. Juntos los dos en dulces embelesos, volvíamos al cuento de los besos, sin pensar que es voluble la fortuna. Y sólo nuestro ardor se interrumpía cuando ya en el azul se desleía la dorada sonrisa de la luna.

1917.

En una vega ubérrima y tranquila, bajo el quemante ardor de un sol de estío, sonoro y riente se desliza el río desde el lago de Bay hasta Manila. Bruñe la faz de su caudal bravío brillante luz que todo refocila, y se entorna ofuscada la pupila al contemplar tan fulgido atavío. Al saludo jovial de la cañada y del sipao que trina en la enramada, su romántica y triste serenata, van pasando sus linfas transparentes bajo el arco de hierro de los puentes como una eterna procesión de plata.

En la aurora de mi vida, aún sin dolores aciagos, te he visto, de azul vestida, flotando en mis sueños vagos. Despertaron mi dormida pasión tus dulces halagos, tornaste en arpa mi vida y fuí cisne de tus lagos. Y ahora qué en ellos me agito, con una sed de infinito y la visión de mi cruz ¿porque le niegas ¡oh gloria! a mi breve trayectoria tu eterna estela de luz?

1917.

Guarda silencio el coloso, silencio largo y profundo. Ni siquiera se estremece su ardiente seno iracundo al paso del fiero baguio 29 que desvasta en un segundo, azotando en su locura la enorme esfera del mundo.

Velado por blancas nubes yace en un frío mutismo; ningún rumor de amenaza se escapa de su hondo abismo ¿Está en vísperas y acaso se reconcentra en sí mismo y prepara en sus entrañas un horrendo cataclismo?

Preguntádselo a las tribus que moran en sus laderas y os dirán que el Apo duerme con sus ansiedades fieras que las lavas de sus hornos sólo se desbordarán el año en que ellos olviden, en su propio

menoscabo, la tradición milenaria de dar a feudo un esclavo arrojándole a las fauces insaciables del volcán.

1917.

Nota 29 : Ciclón.

EN LA MUERTE DE TIRSO DE IRURETA-GOYENA

Junto al negro ataud de tus despojos ¡oh prócer de linaje apolonida! mi frente inclino, humilde y abatida, y un responso de amor rezo de hinojos. al pensar en tus épicos arrojios, en los laureles de tu edad florida, siento la honda amargura de la vida y se llenan de lágrimas mis ojos... No te alzas ya para domar la rabia, de la impiedad y el credo disoluto... ya no escuchamos tu ingeniosa labia. Has caído, llenándonos de luto, ¡como un árbol pletórico de savia al grave peso de su mismo fruto!

Octubre, 1918.

(SEGUNDO PREMIO EN EL CONCURSO DE LA «CASA DE ESPAÑA», 1919)

Desafiando del sino los desmanes, un grupo de española valentía arribaba a las ínsulas un día al mando de Fernán de Magallanes. En la cruz de sus recios gavilanes las católicas luces nos traía, en sus fuertes aceros la hidalguía, en sus pechos, olímpicos afanes. Estoicos, en el ciclo de sus penas conquistaron sus glorias de soldado, y al sellar con la sangre de sus venas su epopeya brillante y espartana, nos dejaron el dúplice legado de su habla hermosa y de su fe cristiana.

Arbol coloso de verdor florido que há tres centurias crece y exuberaba, es en mi patria la cultura ibera que la escuadra inmortal nos ha traído. Nativos ruiseñores hacen nido en sus frondas de eterna primavera, y aunque enfurece la ventisca fiera, en la arada social seguirá erguido. En vano ilusos de intelecto oscuro, que miran su grandeza con inquina, clavan las hachas en su tronco duro. ¡Por virtud de sus mismas cicatrices no hay un trozo de tierra filipina que no abarquen sus cívicas raíces!

La gratitud es una flor que brota de la pureza del sentir humano, y no hay sarcasmo ni atrevida mano que la marchite en mísera picota. --¡Oh falange del yelmo y de la cota! Para pagar tu esfuerzo soberano, lidiar quisiera por el fuero hispano en una tierra anónima y remota. Que el talismán sagrado del ensueño, oculto en mi armadura de guerrero, hará un gigante de mi ser pequeño. Y en una gran batalla yo quisiera hacer del brazo un mástil altanero ¡para elevar al cielo tu bandera!

Paseaba su gracia de sultana al múnice reflejo del Poniente, cuando en la luz de su mirada ardiente vi el paraíso de la vida humana. En pos de sí marchó la caravana --cual una estela inmensa y esplendente-- de todos los ensueños de mi frente y todos mis anhelos del mañana. Y fué la estrella que fulgió en mis cimas, la lírica cadencia de mis rimas, el encanto perenne de mis horas. Mi astro altivo tejióla una guirnalda, la hizo un trono y pidió para su espalda el bermellón de todas las auroras.

A distancia la amé, porque quería vaciar en un romántico latido la excelsitud del ideal florido, su esencia de suprema poesía. En silencio la amé porque temía que mi orgullo tenaz fuese vencido, que se mofara de mi pecho herido ¡y sólo fuera mi ilusión de un día! ...Pero el disimular inútil era, pues no se oculta una pasión sincera con grávidas cadenas o cerrojos. Y al fin la dijo mi íntimo secreto, tras la prisión de un antifaz discreto, la pena delatora de mis ojos.

Como va al sol la inquieta mariposa para besarle en su febril intento, constante iba mi inquieto pensamiento tras la esquiva figura de mi hermosa. El tierno hechizo de su faz radiosa me sonreía en mi

amargo aislamiento, añoranza celeste que al momento remozaba mi vida tumultuosa. ¡Callar más tiempo me oprimía el pecho! y dejando el amor su encierro estrecho, entró en el alma de la amada mía. ¡Mas vió en el templo su candor inerte y en su ara triste, al soplo de la muerte, un resplandor que en sombras se extinguía!

Enero, 1920.

Consagrado al periodismo, es ahora redactor de «El Debate». Antes lo fué de «La Vanguardia».

Quiero los cantares que miman al alma, las tiernas endechas que saben a miel, los trinos del ave de la noche en calma y el aroma suave que esparce el vergel. Quiero las caricias de la fresca aurora sentir en la frente al amanecer, y en los labios rojos de la diosa Flora libar tiernos besos que embriaguen mi ser. Quiero de la brisa el blando murmurio en campos y valles plácido escuchar, y de la sibila el feliz augurio de glorias y triunfos de mi patrio lar. Quiero luz, colores, vida, miel, aroma, pues tengo en mi pecho una eterna sed que mi alma atormenta cual una carcoma y de las tristezas me pone a merced. Y quiero en mi rostro sentir de los vientos ósculos ardientes que sepan de amor, y en mi mente loca tejer pensamientos tan bellos que halaguen mi alma, mi alma en flor. Porque necesito decirme a mí mismo que el dolor no existe, que es pura ilusión, que sólo germina el laudable altruísmo de todos los hombres en el corazón. Que todo es ameno, que todo es de rosa, que es palabra vana la fatalidad, que ninguna pena mi pecho destroza y que no es amarga la realidad. Porque hay que engañarse si el alma queremos que no se deshaga en girones mil, y siempre pensemos y siempre forjemos que nunca se mueren las rosas de Abril. Ya que nuestro mundo lleno está de abrojos, vilezas y engaños que causan horror, un cristal de rosa pondré ante mis ojos porque todo sea de hermoso color. Por eso yo adoro del sol los fulgores, y busco en los ritmos el grato solaz, y alfombro mi senda con versos y flores para hacer más dulce la vida fugaz.

Segado por el viento de un huracán furioso desciende al frío suelo el cáliz de una flor: tal de los desengaños al sopolo venenoso fugaz se desvanece un sueño encantador. El río solitario, cruzando las malezas, en su áspero camino tropieza sin cesar, y en vez de alegres odas murmura sus tristezas: tal navegan los hombres de la vida en el mar. Un día contemplaba en viejo campanario la ligera veleta de su eterno girar, y pensé que es veleta el hombre en su calvario que gira sin descanso en constante penar. Y, si acaso, hay momentos de calma lisonjera que de gozo inocente nos hacen sonreír, son momentos fugaces que con la primavera dejan triste recuerdo en el pecho, al partir. Cuando en noches serenas despierta el alma mía tras un sueño de rosa,--dulce sueño de amor--, que en suave desvarío recreó mi fantasía por mundos ignorados y jardines en flor; Cuando en alas del rápido y misterioso viento, de la argentada luna a la trémula luz, a las altas regiones vuela mi pensamiento olvidando un instante de las penas la cruz; Yo siento que en mis labios se enoja la sonrisa y la calma perdida vuelve el alma a sentir, y yo bendigo todo: rocío, flores, brisa; y entonces me parece que es hermoso el vivir. ¡Oh, cuán grata es la vida cuando sólo ilusiones llenan de nuestra mente el invisible azul! ¡cuán bello es todo el mundo si nuestros corazones de amor se sienten presos en el rosado tul! Mas ¡ay! cuando se cae la venda de los ojos, el bello panorama tórname en funeral... ¡los que gratos nos fueron, hoy nos causan enojos! ¡lo que fué nuestra dicha, es ahora nuestro mal! Entonces es en vano que alcemos las miradas hacia el límpido cielo do dicen que está Dios; ¡no tendrán ningún eco nuestras tristes baladas y de los sueños idos se perderán en pos...! ¿Porqué ha de ser la vida cadena de amarguras? ¿porqué todos nosotros hemos de padecer? Dime, ¡oh rey de los astros que radiante fulguras! ¿porqué gime lloroso el infante al nacer?

Contemporáneo. Posee el título de abogado.

Tus lágrimas enjuga, amada mía, y escucha los gemidos del amante que te alza una rosa lacerante en cada estrofa de su poesía. No llores ¡virgen mía! si el destino de negras gasas recubrió tu suerte; no llores, que mi amor hasta la muerte luchando seguirá por tu camino. Bien comprendo la cruel melancolía que en tu alma dolorida se atesora, las penas que tu sufres cada día, y las nostalgias que tu pecho llora. Mas no llores; la vida es así, amada, toda lucha y dolor, pena y tormento; la vida es viva acción del sufrimiento y es imagen de amor, despedazada. Yo adoro tu beldad y tu pureza como adoro a los ángeles del cielo; sólo por adorarte me desvelo en medio del dolor y la tristeza. Yo te entrego la flor de mis amores, mi lauro eterno, mi triunfante palma; te entrego así mi corazón y mi alma pero nunca la cruz de mis dolores. Seca tus negros y divinos ojos, alza tu frente de oriental violeta, mi amor tu senda limpiará de abrojos... ¡Ya eres salva, mujer...! ¡Te ama un poeta!

Nació en el arrabal de Tondo, de Manila, en 1876, falleciendo el 12 de Febrero de 1903. Fué ardiente revolucionario, como sus hermanos Manuel y Rafael. Cursó el bachillerato con los jesuitas. Escribió sus primeras poesías a los 17 años. Perteneció, con sus hermanos, Cecilio Apostol, los Guerrero (Fernando y Manuel), Veyra, Zulueta y otros al cenáculo literario aposentado en la morada de Epifanio de los Santos Cristóbal, el filipino erudito, C. de nuestras Academias de la Lengua y de la Historia. En 1912, los hermanos de José Palma editaron un tomito de las poesías del poeta muerto, bajo el título de Melancólicas , con prólogo de Cecilio Apostol.

¿Sabes cuál es...? ¡Escúchame un momento! con voz muy queda lo diré a tu oído, que no lo pueda oír el mismo viento que, al refrescar tu frente con su aliento, palpita de placer estremecido. Es muy pobre, muy pobre... casi nada, es más bien la fineza de un mendigo: una joya sin brillo, desgastada, que, por cobrar su luz en tu mirada, te la ofrece el afecto de un amigo. ¡Aquí lo tienes, toma!... te lo entrego: es este corazón ya moribundo, que se agita entre océanos de fuego, y que latiendo temeroso y ciego, te vió y te amó con un amor profundo... Es este corazón de fibras rotas, anémico y enfermo, siempre triste... donde circulan de la hiel las gotas y vibran melancólicas las notas de un mal tenaz que en maltratar insiste. Es este corazón, que va sangrando con la herida brutal de su delirio, mi pobre corazón, agonizando, mientras va sollozando... sollozando... al rudo golpear de su martirio. Este martirio he siempre comprimido por inquieto temor a tu repulsa, hondo martirio que, a mi ser asido, parece cual mi vida confundido y siempre al lloro y al sufrir me impulsa. ¡Cuántas veces sentí su horrible clavo golpearme con áspera sevicia, y sentí a su furor cómo temblaba el cielo de las dichas que soñaba, como un mundo de luz que se desquicia! ¡Cuántas veces también alzó en mi pecho, la indómita borrasca de la angustia, y por las noches le encontré en acecho para robar mi sueño, sobre el lecho en que gemía por mi vida mustia! ¡Ay, no es verdad que brote la alborada tras la noche caótica y severa!... Donde la pena labra su morada, allí estará cual víbora enroscada, siempre más pertinaz, siempre más fiera. En vano, muchas veces, temerario, intenté refrenar con valla ruda el cauce de mis penas tumultuario: no he logrado desviarme del calvario donde sucumbo sin piedad ni ayuda. Ya han hollado mis pies muchas espinas, y aunque avanzo llorando en mi camino, sólo encuentro doquier sombras y ruinas, tristes, como las tintas vespertinas, y oscuras, cual la voz de mi destino. ¿Qué me resta sufrir?... En mi amargura, ¿Dónde tender la vista lacrimosa sin que encuentre mi propia desventura? ¡oh!... ¿Como descansar de esta tortura el alma que no vive ni reposa? Sólo tú, sólo tú, virgen del cielo, puedes reverdecer mi vida muerta; tú regalarme puedes el consuelo, y puedes alegrar mi triste duelo y restañar mi herida siempre abierta. ¡Oh! en tí está mi esperanza; no la mates; déjame acariciar mis ilusiones, y no me arranques ¡ay! no me arrebates la dicha que me anima en los combates y rompe de mi mal los eslabones. ¡Es tan triste sufrir!... Es tan sombrío batallar con el propio sentimiento, que, si no escuchas el acento mío, tal vez con la punzada del estío no me dure la vida ni un momento. ¡Oh! escúchame... ¡Aquí estoy! Solo, perdido en mitad de mi oscuro

derrotero... Y aunque procuro, loco, dolorido, desterrar mi pesar con el olvido, ya no puedo luchar...
¡Amame o muero!

Eres el grito del derecho herido, la encarnación de las candentes lágrimas que en la noche sin luz de su pasado, de mi país los ojos escaldaban. Yo te leí cien veces. Noble amigo, hallé siempre flotando en cada página, un paño para el llanto del esclavo, para el tirano vengadora tralla. ¡Cómo sentía, al recortar tus hojas, lástima por mi patria esclavizada! ¡Cuál lloraba contigo en mis insomnios, y ansiaba, como tú, la luz del alba! Más un día... sonaron los fusiles, ahogó los suspiros la metralla, y fulminando muertes, al derecho pronto abriéronle paso las espadas. Y tembló la opresión. Himno de muerte parecía el rugido de sus armas, y en su mismo estertor... ¡ay! frente a ella irguióse su conciencia: ¡cuán manchada! Entonces, al clangor estrepitoso que producían, al herir, las balas, veía al pueblo defender sin miedo la idea que tus párrafos inflama. Veíale surgir grande, potente, dispuesto a perecer en la demanda, a recabar con sangre de sus venas su libertad y su honra conculcadas. Y fué obra tuya, tuya solamente; que, sin tí, aún no viera nuestra patria roto el dogal que le estrujaba el cuello y en sus cielos brillando la alborada. ¡Ah!--Mucho hiciste. Verbo del opreso, anatema al poder, tus hojas santas, al irradiar en los cerebros muertos, de la opresión libraron una raza.

Te cierro ya. En la noche de su sueño, ¡paz al patriota que escribió tus páginas! dile que sus hermanos no le olvidan, que en cada pecho se le erige un ara.

Octubre, 1898.

Me pides sampaguitas... No te envío, porque, al ir a cortarlas de la rama, sentí temblar mis manos y mi pecho prensado por la lástima. No quiero que padezcan esas flores, como padece, lejos de tí, mi alma, no quiero que al contacto de mis manos perezcan marchitadas. ¡Qué caigan ellas solas! Yo, que siento más que nunca mortíferas nostalgias, no quiero que por mí tengan las flores nostalgia de las ramas. Es crueldad separarlas de sus tallos antes que lo haga el soplo de las áuras ¡quién sabe si en las horas más de vida que se irán al troncharlas, ellas esparcirán en el ambiente la esencia más sabrosa y delicada que formada con mieles de rocío en sus corolas guardan! Deja que vivan. A nosotros mismos, a pesar de seguir nuestra jornada, marchando sobre espinas y entre sombras la vida nos es grata. Nada tememos más sino la muerte... ¿Y si tuvieran esas flores alma? ¡Quién sabe si sintieran asimismo temor de verse lacias! No; déjalas vivir. Que vivan siempre en su palacio de hojas y de ramas; que las encuentre allí la mariposa, su eterna enamorada; que saluden los ocre de la tarde, que explendan con las púrpuras del alba, que beban del rocío de las noches y halaguen las miradas. Las pobres sampaguitas se resienten cuando alguien de su tallo las separa; al hallarse en el pecho o en las trenzas, sufren; se tornan pálidas. Y cuando están así ¿qué hombre puede contener de los ojos una lágrima? ¿Quién no se acuerda de los tristes seres que mueren de nostalgia?

1900.

¿Qué se perdió en el seno del vacío? ¿que inquietan sus miradas? ¿mira, acaso, a las aves que se esconden del calor en las ramas? ¿Por la escala de luz de un rayo de oro retorna quizás su alma al paraíso reluciente y bello, su prístina morada? La siesta asfixia. El son de los cañales preludia a la tagala esa canción de miel que ha desprendido la ilusión del pentágono. Los insectos rebullen en las hojas sobre el tapiz de grama, y se duermen rendidos a los hálitos de un ambiente de lavas. El sopor se difunde, derramado por estivales áuras, y en el lejano término simulan dorarse las montañas. Hay vida y poesía en esas horas en que el calor abrasa; pera la vírgen tiene en el espacio inmóvil la mirada. Hija gentil de una región de fuego, acaso vuela su alma por el país de rosas del idilio cuyo perfume embriaga. Tal vez sueña

en las dulces sampaguitas cogidas de las ramas, para ser el collar lleno de aromas en la linda garganta. La alegre sonatina de los besos que da el viento a las palmas, tal vez rima a sus oídos el kundiman trovado en noche plácida. Mas ¡quién sabe...! Deshácese la tromba en aquellas montañas y alguien atrae allí el corazón virgen de la virgen tagala. En el álbum rosado de la vida también hay negras páginas, donde se ocultan los ensueños místicos bajo un velo de lágrimas. Y mientras sueña en cuerpos que se caen, se hieren, se desgarran, en un campo sembrado de cadáveres y de sangrientas charcas, vibra la llama estuosa de la siesta, pasa la brisa cálida, y murmura en sus notas el prefacio de algún idilio convertido en drama.

1900.

En la pequeña estancia, la luz pálida alumbra al reo; fuera, la dormida ciudad con su pesado silencio de necrópolis desierta... Quedan horas no más... Ya es el instante en que todo refluye a la conciencia; en que, a través de todos los recuerdos, y todos los amores y quimeras, el alma quiere mucho más la vida, porque la muerte más y más se acerca... ¡Hora sombría en que sudó con sangre el mismo Cristo en la sagrada huerta...! Quedan horas no más para el martirio. El alma que ya acecha, es el alma que quiere nubes rojas, pero rojas con sangre de las venas. Cada minuto ya la va acercando, fatal inevitable... El reo espera, vibrante el corazón, opresa el alma, pero tranquilo el rostro y la conciencia. Allí quedan «sus padres; sus hermanos, en el perdido hogar»; más allá deja «a la dulce extranjera, su alegría», y sobre todo amor, su «amada» tierra. ¡Oh, la tierra de todos sus encantos, la idolatrada tierra, «dolor de sus dolores» de patriota y sueños de sus sueños de poeta! Rápidos, en tropel, sólo a su nombre, como nubes compactas de tormenta, luchas, melancolías, desalientos, acuden, se avalanzan, se atropellan y llenan el espíritu del reo, resanando ecos de perdidas épocas con la dulce quimera de una patria que resurge triunfante de la ciénaga. Era la patria que llenó su vida. Como santa promesa, allá, en la proscripción, brilló animando su corazón de bronce a la pelea. Lo recordaba: desolado, loco, la vió llorar, se estremeció a sus quejas, y sintióse morir con sus angustias, y sintióse ahogarse con sus penas... Nadie estaba en redor; ¡nadie...! tan sólo unas sombras muy lúgubres, muy densas, unas sombras que todo lo envolvían, porque la podre horrible no se viera. Y fué entonces. Cual vívido relámpago horadó las tinieblas el rayo de su noble pensamiento, despertando a las masas. Tronó recia su voz de apóstol, y el enjambre mudo de ilotas escuchó:--«¡La patria es esta!» ¡Sólo entonces cayeron de rodillas! ¡sólo entonces supieron conocerla...! Corrió en la multitud hervor de fuego, eléctrica explosión de vida nueva, un ansia de elevar aquella patria al bello Sinaí de las grandezas. Y estalló fragorosa la borrasca... Hoy, desde aquella celda, parece percibir rumor de lucha encarnizada, pertinaz, violenta. ¡Son los cruzados de Simoun que acuden y se lanzan pujantes a la arena, son los nobles ilusos que pretenden ascender hasta el triunfo de su idea con el vuelo del águila gloriosa, sin otras alas que su fé sin mengua...! ¡No caerán como Icaro!--está escrito--: ¡Los que van con la patria siempre llegan! El llegaba también. La noche huía, y con palidez tétrica la luz temblaba sus fulgores últimos envueltos en la agónica tristeza. Oye el reo anhelante... ¡Ya es el alba! ¡Son los soldados que a llevarle llegan! ¡Es la hora tenebrosa de la muerte...! ¡La muerte misma que fatal se acerca! Todo se pierde en el horrible caos del cerebro estallante, y sólo encuentra --¡luz única!--la patria por quién muere, triunfadora, sublime, resurrexa.

Aunque flojo poeta, es uno de los precursores entre los filipinos. Nació en Manila, de familia acomodada, el 27 de Febrero de 1858. En el Ateneo de la Compañía se graduó de bachiller el 71. Vino a España luego, haciendo aquí larga estada y doctorándose en Derecho y Cánones en la Universidad salmantina. Convivió en Madrid con políticos influyentes, literatos y todo linaje de artistas. Tuvo una mesa hospitalaria. En el Ateneo, leyó el crítico y académico Cañete versos de Paterno. Escribió novelas y sobre

historia y folk-lore filipinos. Contribuyó a organizar la Exposición filipina de Madrid (1888). Intervino en la paz de Biacnabató. Murió, gran cruz de Isabel la Católica, en 1911.

A los mortales ofrece el sacrosanto madero nueva escala de Jacob para remontarse al cielo: «con su frente abre la gloria con su pie cierra el infierno, y sus brazos amorosos abrazan al mundo entero».

Al rebramar la tormenta, por la playa me paseo, y en ver las agitaciones del vasto mar, me embeleso. En su inmensidad descubro, de mi amor el viejo espejo. ¡Cuántas olas luchan fuera! ¡Cuántas perlas duermen dentro!

Subiendo una alta montaña vi a la Fama encantadora. --Para ser grande--le dije-- ¿qué debo hacer, bella diosa? --No sigas ningún ejemplo, si quieres hallar la gloria: sé Platón o sé Alejandro, que hallaron sendas ignotas. No en copia servil te arrojes por la senda que otro explora: con la pluma de tus hechos escribe una nueva historia.

Madrid, 1880.

Nació Alejandro; su potente lanza, al ronco grito de incesante guerra, cubrió de luto y ruinas y matanza cuanto entre el Ister y entre el Sindh se encierra. Murió Alejandro; y a su gran pujanza estrecha fosa concedió la tierra, y él y su lanza y su poder temido se hundieron en la sima del olvido.

Cruzaron el espacio en raudo vuelo las águilas que Roma ostentó un día; cuanto cobija el anchuroso cielo sintió de su poder la tiranía. Hundióse Roma; retrembló su suelo; se escuchó el estertor de su agonía, y esparcieron sus restos funerales del Septentrión los recios vendavales.

¿Qué se hicieron los ínclitos varones que legaron sus nombres a la historia? ¿Dónde encontrar los regios panteones que guardan sus cenizas y memoria? ¿Dónde está, con harapos y girones, cual leve resto de su antigua gloria, la clámide a sus hombros suspendida, más en sangre que en púrpura teñida?

Todo desapareció; tan sólo un trono, de cien edades sobre el polvo inerte resiste inmovible al infernal encono, y a los rudos embates de la suerte. Crece su gloria al par que su abandono, más es que el mundo y que sus furias fuerte, a sus pies veinte siglos han pasado, y sigue el rey, y sigue su reinado.

¿Sabéis dónde se vió por vez primera? Del sacrosanto Gólgota en la cumbre ¿Queréis saber las leyes con que impera? son de amor, de humildad, de mansedumbre Por él doce hombres alzan la bandera, retando a la enemiga muchedumbre. ¿Sabéis que quieren en su ardor profundo? cambiar la faz del universo mundo.

Ellos son. Allá van, sin más arreos que el calzado y bordón del peregrino; ellos son, allá van, arde en deseos su pecho, hoguera del amor divino; ellos, los pescadores galileos, allá van, cada cual por su camino; hombres son de entre el pueblo despreciado y apóstoles de un Dios crucificado.

Ante su vista, en el espacio inmenso que descubre su ardiente fantasía, ven, entre nubes de aromado incienso, los dioses que abortó la idolatría; de esclavos viles el rebaño denso sujetos a nefanda tiranía, y entre bosques de picas apiñados, los monarcas del mundo y potentados.

Y cien cadalsos ven en el vacío levantando sus moles altaneras, y ven el hacha y el ecúleo impío, y los potros, los hierros, las hogueras, y escuchan de los circos el gentío, mezclando su rugir al de las fieras; más al ver los aprestos del combate su noble corazón con fuego late.

Aunque siembren de espinas su camino y a palmos se disputen el terreno, cumplirán como bravos su destino, predicando la ley del Nazareno. ¿Quién se opondrá al espíritu divino de que su corazón se siente

lleno? Y a la Cruz santa que en sus diestras brilla ¿quién habrá que no doble la rodilla?

¡La Cruz! Esa es la luz que los encanta por los tristes desiertos de la tierra. ¡La Cruz! Esa es el alma sacrosanta; que les hace invencibles en la guerra. Cuando, erguida en sus manos, se levanta, los más alzados ídolos aterra. Ídolos fuertes que a los ciegos doman tiemblan ante la cruz y se desploman.

Con ella cada paso es un prodigio; tras cada lucha un triunfo; a cada hora cede el de Tracia al celestial prestigio, y el de Etiopía con pasión la adora, y el ateniense sabio, el muelle frigio, el que de Libia en los desiertos mora, el que se apoya en pérsicos divanes, y el que enfrena soberbios alazanes.

Y llevan sus influjos salvadores a los centros del lujo y monopolio a las chozas de humildes labradores, de los romanos Césares al solio; y hacen brillar sus célicos fulgores sobre el negro frontón del Capitolio, enclavando la Cruz con heroísmo en medio el corazón del paganismo.

Y triunfarán de los verdugos fieros de cien persecuciones al estrago, de las garras de tigres carniceros, de falaces serpientes al halago; y aunque derramen, embotando aceros, para ahogar la verdad, de sangre un lago, que si la Cruz al lago es arrojada, sobre el lago de sangre sobrenada.

Y vencieron. Y el Lábaro divino, presagio de una gloria verdadera, hizo triunfar, al par que a Constantino la causa santa del que en él muriera. Y tuvo desde allí mejor destino el que un suplicio vil tan sólo fuera, brillando con fulgores celestiales en las mismas coronas imperiales.

Arbol de vida, místico Madero donde reina el Señor de los señores, al pie de cuyas ramas el viajero mitiga del camino los ardores; lecho de las esposas del Cordero, centro de sus purísimos amores: ¡Oh dulce Cruz donde Jesús espira! ¿Quién no te adora, si una vez te mira?

¿Quién se arrojó a tus pies, que no sintiera la pasión sosegar que le agita? ¿Quién no halló en ti la calma verdadera que anhela el pecho que de amor palpita? ¿Quién no querrá abrazarte, oh Cruz bendita? ¿Quién morirá, si en tu virtud espera, hacecillo de mirra regalado, que nos dejó en recuerdo nuestro amado?

¡Feliz el alma que la Cruz adora, siguiendo, amante, de Jesús la huella! ¡Feliz el que la mira cuando llora! ¡Aparece, entre lágrimas, tan bella! ¡Feliz quién llega a su postrera hora de pies y manos enclavado en ella, y espira donde Dios espirar quiso, y pasa de la Cruz al Paraíso...!

Peláez (Vicente)

El nombre de este bisayo poeta y un fragmento de composición, nos salen al encuentro en el folleto de W.E. Retana, «De la evolución de la Literatura Castellana en Filipinas.--Los Poetas». Se copia el fragmento, reminiscencia de Bécquer, como una muestra más de poesía española pulsada en lira tagala.

(FRAGMENTO)

Un triste silencio reinaba en la estancia. Un viejo ministo, abierto al breviario, al pié de la cama murmuraba quedo una honda plegaria. Tendida en el lecho la pálida enferma, sintiendo cercana la hora de la muerte, con voz apagada a todos sus hijos a todos llamaba. Tortura el silencio de la triste alcoba, angustia la calma de aquel cuadro negro. En la iglesia próxima, al dar de las ánimas el último toque, la madre espiraba, entre los sollozos de mi novia amada. Con un negro sayo cubrieron su cuerpo después con un velo cubrieron su cara: de amigos y deudos se llenó la estancia, y velaron todos a la pobre muerta.

¡Huérfana de mi alma! --pensé en un momento de duda y de duelo-- ¿qué mano piadosa secará tus lágrimas?

Hijo de españoles; su padre comandante de nuestro Ejército. Dirige en Manila el hebdomadario ilustrado «Excelsior».

A ISIDRO MARFORI

No importa que la vida traidoramente hiera nuestras huérfanas almas con su terso puñal mientras haya en el mundo rosas de primavera y brille en los espacios el sol de un ideal. Si hay bárbaros de bronce que ignoran la preciosa tarea del poeta que parte su alma en dos, dejadlos que devoren la paja de su prosa: no se hicieron para ellos los reinados de Dios. Yo seguiré regando mis dulces pasionarias, a tiempo que musite las místicas plegarias que son como incensarios de mi azul religión; y en las horas de tedio que una a una desfibro reposaré en las hojas de tu mágico libro donde pone un latido vital tu corazón.

1917.

En la huella lunar de sus encajes puso, al pasar su sombra bizantina, un perfume de rosa alejandrina el extasis azul de los celajes. Languidecer de sedas y plumajes, en un vuelo de ciega golondrina, fué su marcha, de muerta y peregrina, hacia un sueño de místicos paisajes. Envanecidos sus gloriosos velos, cayó la noche tras su blanca sombra, con un dolor de exhaustos terciopelos; Y desde entonces--inconsciente y mudo-- busca mi labio en la enlutada alfombra el tibio rastro de su pié desnudo...

Octubre, 1921

¡Son las águilas blancas! Son las águilas blancas y fuertes, cuyo vuelo se expande bajo el palio divino del cielo, y en el largo vibrar de sus alas rampantes se adivinan las notas que componen los himnos de gloria. Un deshoje de soles heraldiza la aurora que llega para hacer que germinen las semillas dispersas en un polvo de siglos, las semillas dispersas con la sangre y la carne de los Conquistadores que sirvieron de abono a la idea suprema de fundir continentes. Son las águilas blancas que decoran sus picos con el ramo de oliva, las libérrimas águilas que con un aletazo desafían al trueno, pero que al presentir el deshielo constante de las nieves del Norte, abandonan los Andes por el nido que España les conserva caliente en la cumbre soberbia del natal Pirineo.

Ha caído Cartago. Ha caído la Roma de los cónsules, Grecia se anquilosa en la vida de sus piedras heladas. Toda gloria mundana se sepulta en la sima del Espacio infinito por la acción corrosiva de las Horas en pos de las Horas. Pese al Tiempo que roe y a la Envidia que seca, y a los odios terrenos que al olvido condenan fraternales abrazos, en el noble plumón de las águilas blancas hay el sello latino de una estirpe por algo elegida, que ni es Roma ni es Grecia; ni es Cartago ni es Nínive, es Iberia... y es Dios!

Es el tiempo propicio de segar las espigas doradas que en ya próximos días, formarán las hogazas del mortal sacrificio. En la áurea patena, y formado con trigos de América, yazga el pan de la Misa sobre el cáliz teñido con la sangre de España. Pueblos fuertes, robustos, hincarán las rodillas en tierra, ante el hondo milagro del amor que las almas auna en la elíptica curva de la breve existencia. Es el tiempo oportuno de coger y exprimir los racimos cosechados en medio del fragor de sociales contiendas, en el dulce sosiego de la huerta nativa, al amparo solícito de la madre Esperanza. Esto anuncian las águilas con su ramo de paz en el pico y la Muerte--su presa--en las garras.

Nítidas cláusulas épicas: fúlgidas ondas triunfales, todo un himno glorioso van trazando las águilas, a golpes de huracán, al cruzar los espacios suspensos en un éxtasis único. Viejas trompas se limpian de su

herrumbre de siglos, viejas arcas se abren, donde el tiempo juntara en revueltas marañas, con provechos armiños las guedejas doradas de infantiles cabezas; los aceros de guerra, en el ignoto crisol del Amor, hoy se funden para hacer los arados que abrirán las entrañas de la fértil llanura, y al llover el sudor de las frentes hermanas, granarán las espigas de los trigos del Mundo que serán los de Hispania...!

¡Salve fraternas repúblicas! ¡Pueblos de América, Salve! porque cerca está el tiempo en que el sol no se ponga en los vastos dominios que a través de milenios aún perciben la voz del gentil Romancero y muelen su grano de ensueños e ideas en los rudos Molinos de Cervantes. Porque cerca está el día de borrar horizontes, la Distancia y el Tiempo, y el espíritu libre de opresores cadenas y ergástulas, ya podrá remontarse en idéntico azul bajo todos los cielos, que serán uno solo para todo el Imperio y los mares, y los pechos unidos en un grito que escuchen las edades remotas harán a Don Quijote, Emperador...

¡Y tu, la hija menor, oh, Filipinas! Vive alerta en el seno de tu actual nodriza, fórmate exhuberante, potente y democrática, y si algún día libre te ves de la tutela, y falta luz a España para alumbrar sus mundos, puedes brindarle, entonces, el sol de tu bandera...!

1921.

Una nostalgia azul de primaveras teje en el cielo su ilusión de encaje, y languidece el alma del paisaje asomada al balcón de sus ojeras. Los bandos de palomas mensajeras esponjan blandamente su plumaje en la tarde, que pliega el varillaje de un fúlgido abanico de quimeras. Su rostro se retrata en los cristales del lago, donde un cisne hecho de espuma el cuello enarca ante los pavos reales; y ella, que sabe del amor de Leda, mientras alisa la nevada pluma, hunde los dientes en su chal de seda...

Marzo, 1922.

Sueña la luz crepuscular del cielo en la difusa paz de sus salones, y es su mano en los rojos almohadones una magnolia astral de terciopelo. Leve se agita en el temblor de un vuelo la rosa que agoniza en los jarrones. Es la hora santa de las ilusiones, que llega y pasa sin rozar el suelo... En un ambiente a nardos evangélicos deshojan los llorosos surtidores su inspiración de bardos arcangélicos, bajo la luna que nostalgias llueve, bordando en sus azules bastidores el arabesco de su nombre en nieve...

Marzo, 1922.

En la paz de los viejos parques ducales, junto al lago que irradia verdes reflejos, el alma pensativa de los rosales flota en un azulado temblor de espejos. El gemido del agua se pierde en una vaguedad por la senda de las acacias; y las ruinas adquieren, bajo la luna, esplendor de remotas aristocracias. Estas grises estatuas han visto acaso la pareja, de rosas engalanada, esfumarse en tupidos fondos de raso; y lucir como un dardo de amor y celo, en la noche de estrellas, embalsamada, el puñal veneciano de algún Otelo...

Abril, 1922.

Atruenan el patio ligeros corceles, sus locas fanfárrias la trompa sonora une al argentino ladrar de lebreles en la cristalina quietud de la aurora. Los hierros del puente desatan sus nudos, invade los bosques alegres el coro: ellos, como heráldos de nobles escudos, ellas, como un vuelo de alondras de oro. De súbito, un grito mortal se derrama; se apercibe el ruido de una lucha breve... Todos enmudecen de espanto ante el drama del que Benvenuto forjara un esmalte: la garza, una rubia marquesa de nieve, ha muerto en las garras de un vil gerifalte...

Abril, 1922.

Con una lenta ondulación de raso, después de largo y febril asedio, veo tu sombra deslizarse en medio de una esfumada claridad de ocaso. El leve aroma de tu carne acaso sea el que impregna de tu parque el predio; como la rosa que al morir de tedio deja su esencia en el marfil del vaso. El sol que copia tu mirada ambigua, sobre tu negra cabellera undosa, irisa el tul de la vestal antigua. Y entre los oros de la tarde incierta vuela al capullo de tus labios rosa la mariposa de mi alma muerta...

Cual átomos de raras pedrerías los pensamientos de la luz circulan en las templadas brisas que modulan un desplegar de ténues sederías. Salta en collar de rotas melodías, que en musicales ópalos ondulan, la risa entre sus dientes que simulan un éxtasis de esclavas perlerías. Un sueño de nevadas morbideces oculta su dorada cabellera en un flotar de vagas palideces. Cuando en mi rostro sus pupilas fija, en vez de corazón tener quisiera el infernal rubí de su sortija...!

Nació en Batangas, 1890. Cual la mayor parte de los vates registrados en este Florilegio, cursó el bachillerato en el Ateneo de la Compañía, donde fomentábase el amor a las letras humanas. A los 19 años, guiado por Fernando M.^a Guerrero, comenzó a publicar versos, singularmente en «El Renacimiento». En tres meses compuso los materiales para su libro Bajo los cocoteros, impreso en 1911, cuando Recto frisaba con los 21 años. Luego se hizo abogado y le favoreció un acta de representante o diputado. Bufete y política le han apartado del ejercicio del Arte. Es C. de la Real Academia Española.

Mi sangre tiene un alma que es alma de titanes. Sangre de Solimanes corre por sus arterias, que siempre latirán. Tiene el pecho templado al fragor de la guerra. Bajo sus pies de atleta se estremece la tierra, porque enciende sus nervios la flama de un volcán. Es tricolor su enseña. Tiene el azul del Arte, la blancura del lirio y la rojez de Marte, por tres timbres gloriosos de su ilustre blasón. Sonríe, si la hiere la silbante metralla. Es su soñada gloria caer en la batalla, teniendo por sudario su santo pabellón. Es suave como el ritmo de las flautas bucólicas, que ensaya dulcemente en notas melancólicas, entre las verdes cañas, la brisa vespéral. Fuerte, como el tamarao 30 de las selvas malayas, como el caimán enorme que custodia sus playas, cual las eternas frágulas del Apo y del Taal.

Nota 30 : Carabao «cimarrón», originario de la isla de Mindoro, imposible de domesticar, y muy fiero.

Escala cubiertas cumbres, conquista hondos abismos, jamás sucumbe en lucha contra los despotismos del extraño poder. Se lanza cantando himnos a la tumba enemiga, el ideal por gladio y por triple loriga la gloria de su patria, el honor y el deber. Es sílfide ligera de fantásticos vuelos, virgen como sus selvas, azul como sus cielos, ciclón en los combates y céfiro en la paz. Tiene furias de trueno y trinos de canario. Oveja, más no teme al león sanguinario; paloma, más no huye del águila rapaz. Sabe pulsar la cítara con melodioso acento, lúgubre como un cisne, triste como un lamento si se siente morir. Sabe pulsar la cítara en arpegios bullentes, como del champagne rubios los topacios hirvientes, cuando su pecho embriaga la dicha del vivir. Suspiran sus cantares las campiñas de flores, las brisas de la sierra, los alegres rumores del bosque tropical; la lluvia que descende en perlas diminutas, los oros del crepúsculo, las sombras de las grutas y el épico tumulto del fiero vendaval. El alma de mi raza tiene ensueños románticos; calma sus pesadumbres con amorosos cánticos, en idílicas noches, bajo un claro fulgor. Sonríe cuando mira la pensativa luna rielar sobre las ondas de una inquieta laguna, fingiendo dulce calma, ahogando su dolor.

Sonríe cuando escucha, en la blanca mañana, los acordes de un canto que un pájaro desgrana en las frondas de un bosque virgen de humano pie. Sonríe, aunque padece, cuando triste vislumbra del muriente crepúsculo en la leve penumbra los recuerdos lejanos de un imperio que fué. Es río que serpea bajo

cañaverales, copiando en el encanto de sus claros cristales la azul inmensidad; pero es también oceano que derrumba montañas cuando, en el seno oscuro de sus vastas entrañas, hieren iras volcánicas su sed de libertad. El alma filipina es tierna en sus amores, profunda en sus tormentos, serena en sus dolores, ardiente en su pasión. Si le es grata la vida y son sus sueños de oro, hay en su boca rosa cual pífanos en coro, de risas argentinas eterna floración. Es ánfora de encantos, palacio de grandezas, castillo de heroísmos, santuario de bellezas, refugio de los besos del oloroso Abril. Con su bolo 31 en las lides indómita guerrea y con su dulce flauta, cual ave que gorjea, celebra sus amores bajo un tibio pensil.

Hermanos en la idea: nuestra raza es divina ¡Es grande y sacrosanta el alma filipina! Digamos, pues, un himno por su gloria inmortal. Y tú ¡oh Fama! recorre del mundo los confines, y al son de tus clarines pregonas las grandezas del pueblo de Rizal .

Noviembre, 1909.

Nota 31 : Machete, de ancha hoja, que acompaña al filipino, singularmente al del campo.

En el azul un triunfo de estrellas parpadea, en el espacio en calma el ambiente aletea. El Pasig, arrastrando sus quiapos 32 culebrea y al beso de los aires sonríte y burbujea.

La luz de los voltáicos las esquinas blanquea Un carro de basuras crujiendo traquetea. El yanki en el delirio del whisky tambalea, mientras, pegado a un poste, un polis cabecea. Mis violetas suspiran en la blanca azotea. De vez en vez un rayo los cielos besotea. Todavía en los bares el vino espumajea... El caco en las cocinas husmea y mangonea... .. Un gato enarca el lomo junto a una chimenea y en las cosas de la urbe medita y fantasea...

Septiembre, 1910.

Nota 32 : Plantas acuáticas viajeras.

Padre de la Armonía, fuente de gracias líricas, que en piafantes corceles exploras el azur: detén el nervioso ímpetu de tus fuertes bridones ante el himno que reza por tí la Juventud. Te amamos, padre Apolo, por tu tirso de rosas, por tus bellos pegasos, por tu carro de luz, porque tienes la lira, y la flauta y el pífano, la siringa, el salterio, el sistro y el laud.

En estos días trágicos en que el bárbaro esquilmo en esta tierra idílica alza su pabellón, en que nos hiere el fuerte, porque nacimos débiles y tiramos del carro del colonizador; danos el ritmo olímpico de tu música sacra y la dulce armonía de tu nueva canción, y ante el dolor, estóicos, el mundo cruzaremos del Ideal incólume volando siempre en pos.

Padre, más de tres largas centurias transcurrieron y seguimos libando la hiel del padecer; huyó el león rampante, ensangrentado el lomo, pero vinieron águilas voraces en tropel 33 . Y nuestro pueblo llora, porque es pesado el yugo y protestar no puede, porque es débil su grey, porque los ancestrales todos ya sucumbieron sin dejarnos su aliento, sin legarnos su fe.

Nota 33 : Alusiones transparentes. Son: el «león rampante», España, y las "águilas voraces», Norte-América. A Claro Recto le ha complacido la sinécdoque. Antes, en El alma de la raza , la emplea igualmente.

Ya agotaron sus flechas nuestras viejas aljabas con el león hispano en rudo batallar, y con aquellas águilas que viéndonos inermes, cruzaron el Pacífico en un vuelo triunfal. Por eso te pedimos que prestes

el acento de tu lira a estos hijos de indómitos rajáhs, para que, ahogando el grito de nuestras penas íntimas, ambulemos cantando por no querer matar.

Excelso padre Apolo: por las musas gloriosas, por los sátiros viejos del bosque secular, por las suaves ondinas que duermen en los lagos, por la luna, tu hermana, de soñolienta faz; suelta las rojas bridas de los salvajes potros que, en furioso galope, sus crines tenderán, y que enciendan sus cascos, al chocar con los soles, reverberantes rayos de paz y libertad.

Ayúdanos, oh padre, a conquistar la gloria, que lograr no pudieron el plomo y el fusil; por símbolo izaremos la bandera del Arte, tocaremos tu flauta por bélico clarín; y sin armar cañones de potentes calibres, y sin teñir de sangre los campos del país, lo que jamás lográramos en sangrientos combates juramos alcanzarlo en artística lid.

Nos libertará el Arte de la opresión extraña, saltarán las cadenas al compás del laud, poblará los espacios nuestro armónico himno, nuestra enseña ultrajada flotará en el azul; el estro del poeta abrirá las mazmorras, la paleta y el ritmo rasgarán el capúz, y luego tu voz única bajará del Olimpo, y nos dirá a nosotros: «hermanos, Fiat Lux .»

¿Puede decirme alguien que el Arte no redime? Jesucristo fué artista y redimió a Israel; y aquel inolvidable mesías filipino era un sublime artista y un redentor también. Con la unción de su verbo fundó aquí su reinado, el genial superhombre, varón de Nazareth; y Rizal con su pluma, demolió tiranías y liberó a su pueblo del hispano poder.

Para alcanzar la gloria, son una misma cosa el pincel elegante y el mohoso fusil, la melena del vate y el casco del guerrero, el son de los cañones y el llanto del violín. Lo mismo premia el mundo con lauros al artista que al valiente soldado que sucumbió en la lid; porque si la lid siembra de mártires la historia, el Arte la convierte en florido pensil.

Mas, si al fin, padre Apolo, exhaustas nuestras fuerzas, no esplende en las alturas el libertario Sol, suelta las rojas bridas de tus salvajes potros y que troten furiosos con épico fragor. Que salga de su cauce el indómito Agno, 34 donde quemó sus naves últimas Limahóng; que estremezca el tamarao los llanos y las selvas y revienten sus cráteres el Taal y el Mayón.

Octubre, 1910.

Nota 34 : Río caudaloso que cruza la provincia de Pangasinán y vierte en el golfo de Ligayén.

Canto un himno a tus aguas santas, madre laguna, donde en las noches blancas, noches de amor y luna, juegetean las ninfas de cabellera bruna y de abiertas pupilas, color de aceituna. Tú encierras el prestigio de los días egregios, cuando los ancestrales hacían sortilegios en nuestras selvas vírgenes, de perfumes y arpegios, leyendo unos infolios de santos florilegios. La aurora de los trópicos, como flor cabalística, pone en tus ondas tersas coloración artística, mientras mancha el azul una paloma mística, que es muy blanca, tan blanca como la hostia eucarística. Por tus aguas bogaron en primitivas barcas, con sus lanzas y bolos los tagalos monarcas, a lidiar con el hombre de las pupilas zarcas que invadió hace tres siglos las malayas comarcas. ¡Oh laguna que encarnas las grandezas de Lipa, --pueblo de ardientes niñas y buen vino de nipa-- 35 cuando cruzo tus aguas mi dolor se disipa y hasta siento que el pueblo de Rizal se emancipa!

Nota 35 : Palma de que se extrae un aguardiente fuerte.

Moran en tus entrañas la ira de cien volcanes, moluscos, peces raros, gigantescos caimanes, y acaso el polvo inerte de bravos Solimanes que en desiguales luchas cayeron cual titanes. Cuando lanzó el Taal la furia de sus fraguas brotaron de sus cráteres tus impetuosas aguas, y sobre sus burbujas--tenues borlas de enaguas-- se arrastraron las casas cual débiles piraguas. Tus hermosas cascadas, al caer espumantes, engarzan en el aire millones de diamantes, y en las noches parecen sus rugidos vibrantes monótonos quejidos de fantasmas errantes. ¡Madre, madre laguna! Tu nombre es una gloria, una página de oro en la malaya historia, un destello lumínico que ilustra la memoria, un poema de amor, un himno de victoria.

Octubre, 1910.

PREMIO DE POESÍA EN CERTAMEN ABIERTO POR EL CASINO ESPAÑOL DE MANILA, ENERO 1917, AL INAUGURARSE LA «CASA DE ESPAÑA»

«¿Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros? ¿Callaremos ahora para llorar después?» (RUBEN DARIO , «Los Cisnes»)

Arca santa inviolable de la Raza, Arca santa de próceres bellezas, que a tu prestigio espiritual vinculas la gloria de las magnas epopeyas; Arca egregia y divina, que en las ingentes luchas ya pretéritas sobreviviste al colonial desastre, cual sobrevive el alma a la materia; Arca ebúrnea, copón de maravillas, donde se guarda secular herencia; Arca de lo inmortal que veneramos en la vetusta casa solariega; Arca de oro que ofrece el Libro Santo y el perfumado pan de la Belleza, por quién juramos proscribir la casta de osados malandrines que te afrentan; la musa tropical, la musa autóctona, de tus clásicos lauros heredera, torna a pulsar el clavicordio hispano, clavicordio romántico que sueña, clavicordio que sufre como un alma, clavicordio polífono que encierra en sus notas lo grande, clavicordio donde llora sus cuitas Filomela, donde estallan los gritos del combate, donde retumba la canción de gesta... Y canta en tu loor, oh lengua hispana, del pensamiento alada mensajera, que fulguras, cual límpida custodia de la eterna Verdad, en las conciencias, como el sol en las cúspides altivas donde la tromba y el ciclón fermentan, como el anhelo indígena que fulge en el blasón astral de mi bandera. Oh lengua sacrosanta de Fray Luis y Miguel, Lope de Vega, del Arcipreste, Calderón y Góngora, los Argensola, Hurtado y Espronceda; la lengua que enfloró de madrigales las prístinas edades romancescas, toda hecha de vorágines y truenos, toda hecha de suspiros y cadencias, coro inmenso de tímpanos, concierto de las panidas flautas en la sierra, sinfonía fantástica que irrumpe del arpa gigantesca de las selvas. Es tu ritmo la ronda bulliciosa de crótalos y locas panderetas, de guitarras que dicen el elogio de unos ojos reidores que asaetan; es la risa que en notas se desata cual cristalino desgranar de perlas, el madrigal sonoro que deslíe sus estrofas de amor en las verbenas, y el chocar de las copas musicales donde hierve la sangre de las cepas. Es tu acento el susurro que adormece del aura al retozar en la floresta, y el blando caramillo que solloza, bajo el beso lunar en primavera. Te remeda el gorjeo de la alondra, la imperativa voz de las trompetas, el quejido que emerge de la cuna y el doliente «kundiman» de mi tierra, el raudo vendaval que avanza indómito por cima de las altas cordilleras, y brama en los barrancos y hondonadas y en las rocas que hendieron las centellas. Y tuviste en la lira de Quintana ecos triunfales, resonancias bélicas de estoques y corazas y armaduras que son el timbre perennal de Iberia; en los versos bronceados de Chocano, fragor de sordas cataratas épicas, algazara de pompas coloniales, rumor de besos y temblor de quenás. De Solís en la prosa cincelada, ímpetus de corcel, dianas homéricas, estrépito de lanzas y tizonas, de broqueles y cascos y rodela. En Fray Luis de León fuiste cigarra que endulzaba el reposo de la siesta, y tonada de amor de la tierruca en los cuadros agrestes de Pereda; caballero gentil de la Armonía en el rugiente «Niágara» de Heredia, batió de alas de ingrátidos querubines en las trovas ardientes de Teresa. Y en el arpa divina de Darío, ruido de

encajes y frufús de seda, música de cinceles sobre el mármol y murmurio de risas y de gemas, canción de cisnes sobre el quieto estanque al paso de las «púberes canéforas», arpegio de violines cortesanos y vibración de cítaras helenas. Y cerraste la elipse de tu gloria, con un estruendo de imperial proeza; en las perennes páginas altísimas del libro de Cervantes Saavedra. No en vano fueron por ignotos mares de Hispania las veloces carabelas, en comunión ferviente con la Audacia y los altos designios de la Idea; no en vano los Cortés y los Balboa desafiaron el hambre y las tormentas, y sus bridones épicos midieron las pampas infinitas de la América; no en vano sobre el pico de los Andes, dueña del mundo, flameó tu enseña, tan amplia que cubrió dos continentes, tan gloriosa, tan noble y tan excelsa; no en vano, por tres siglos, tus ejércitos han levantado en mi solar sus tiendas, y vieron el prodigio de mis lagos y de mis bellas noches el poema; no en vano en nuestras almas imprimistes de tus virtudes la radiosa estela, y gallardos enjayan tus rosales plenos de aroma las nativas sendas: tu imperio espiritual vive y perdura, y extiende su simbólica cadena del Pirene a los Andes y al Carballo, y en un abrazo inmenso los estrecha. Por los mares Atlántico y Pacífico tus fuertes galeones aún navegan, y van en ellos, bajo un sol de gloria, almas grandes que luchan y que anhelan, andantes caballeros del Ensueño, guardianes de la fé de Dulcinea, locos sublimes que descubren mundos y mueren por su reina la Quimera. Aún nos ofrecen tus antiguos códices la fórmula inmortal de la Belleza, y tus filtros y alquimias prodigiosos del humano dolor la panacea. No morirás jamás en este suelo que ilumina tu luz. Quien lo pretenda ignora que el castillo de mi raza es de bloques que dieron tus canteras.

Casa de España, Olimpo de las Artes, Templo del Porvenir, ¡bendita seas! Las musas danzarán sobre tu césped y gustarán la miel de tus colmenas. Sé el manantial donde las almas nobles el agua pura del Ensueño beban, la torre de máfil donde se guarde el tesoro ideal de nuestra lengua. Hispanos: si algún día la escarnecen, nuestras aljabas vaciarán sus flechas, y nos verán, triunfantes o vencidos, al pié de esta sagrada ciudadela.

¡Oh rosas de lascivia! Yo sé que os extenuais de emociones supremas cuando en vuestras corolas deposita sus gemmas el bienhechor rocío, entre la noche tibia. Fuísteis como diademas en las frentes de Lais, de Salomé, de Aspasia, de las cocottes de Europa y bayaderas de Asia y de las Margaritas que enfloraron América. Vuestro perfume intenso de prostituta histérica, que incita al sacrilegio, lo anhela todo el mundo, desde el burgués intonso hasta el artista egregio, y desde el venerable que reza su responso y ornamenta sus dedos con aguas de amatista hasta el viejo eremita que entiende el sortilegio, conversa con los astros y es brujo y alquimista. Los secretos de alcoba los que sabéis vosotras: el espasmo que arroba, el deseo que mata, los contactos sutiles, las caricias de seda y el estremecimiento de las carnes febriles. Habéis mirado al cisne, prodigador de halagos, ensangrentar su pico en los muslos de Leda sobre la mansedumbre de los dormidos lagos. Los ojos de Astartea os contemplaron mucho. Frinés y Mesalinas perfumaron el agua que besaba sus senos con el aroma vuestro. Médicis y Popea, y otras hembras felinas, os dieron el hechizo de sus labios obscenos. No ignoráis lo que ocurre en las silentes noches: el cuerpo que se escurre entre las suavidades de los ropajes blancos, las manos que se pierden por los turgentes flancos, el beso que provoca, los labios que se buscan y los lenguajes francos que van de boca a boca. Y sabéis, por fin, rosas, que el talismán eterno de las damas hermosas de anémicos suicidas ha llenado el infierno...

1911.

Dalagas del terruño: el poeta os saluda coronado de flores, de ensueño y de arrebol y por los dioses lares y por el mismo Budha os ofrenda estas rosas, novias todas del sol. Por las manos que tienen mansedumbre de tules, por las sampagas niveas del malayo vergel, por las místicas garzas de los lagos

azules coloco en vuestras frentes esta hoja de laurel. Adoro vuestros labios, donde el sol de mi tierra ha dejado sus besos de sátiro oriental, porque son el santuario de bellezas que encierra el glorioso prestigio del solar de Rizal. Ojos negros, refugio de hechizos y embelesos, dolientes, langorosos, plenos de soñación como noches sin luna; pero con rojos besos que vierten en el alma perfumes de ilusión. Manos sutiles como suavidades de lago, de seda que se aleja en rítmico frufú , como el hogar quimérico de un ensueño muy vago sobre las aguas mansas del piélago de azur. Frente color de aurora, donde bellas florecen, con aromas de cielo, flores de castidad; mejillas sonrosadas que en su gracia parecen vírgenes de los lienzos de la pasada edad. Cabellera flotante, cual selva enmarañada, que exhala dulcemente aromas de querer; ensoñación, delirio del alma, enamorada de las carnes y besos de la amada mujer. Piés finos, diminutos, de rosáceos talones y senos que se exaltan con ferviente ansiedad; ánforas virginales con vino de ilusiones que emborracha las almas de voluptuosidad. Tallo gentil y esbelto, como enhiesta palmera donde alegres laboran las abejas su miel, con suave ritmo que los nervios exaspera, como si fuese espíritu de un viejo moscatel. Todo un conjunto armónico y grato que envidiara la ardiente castellana y la impasible miss , la princesa que el cielo de Rusia cobijara y la dama que siente la fiebre de París. Quién dice no ser bella la mujer filipina que visite esta tierra de Búrgos 36 y Rizal; y verá que es más mística, más dulce y más divina la hija de los rajáhs, la niña tropical.

1911

Nota 36 : Manuel Búrgos, clérigo filipino, promotor de un movimiento revolucionario en 1872 y fusilado en Cairte.

Sonríome la amada, la esquiva, la impositiva, la que vió nuestro idilio bajo el frescor amable de un empujado lírico; la que encantó mi celda cuando escribí el elogio de tus labios divinos en unos versos tristes que sabían a lágrimas; la que besó tu frente en el blanco camino de la silente aldea, cuando ibas a jurarme la eternidad sublime de tu santo cariño. Sonríome la amada, y floreció en el alma la ilusión que se ha ido, y tuve sueños plácidos de corderos que triscan camino del aprisco, de soles que agonizan tras montañas azules, de cristalinos ríos que arrastran hojas secas sobre sus ondas suaves como bucles de niño. Fué en una noche blanca en que las susurrantes melodías del viento eran largos suspiros; fué una noche en que mi alma, recostada en tu seno, admiraba tus formas con mágico delirio; fué en una hora romántica en que el cielo del trópico era un arpa encantada, cuyos lejanos cirios alumbraban unánimes tu efigie soberana de mayestático ídolo. Yo pregunté a la luna por los labios febriles de aquella dulce impúber, santuario del cariño, por sus mágicos ojos, que cuando me miraban eran caricias y mimos; por su boca melosa que en mis largas veladas se posaba en mi frente a calmar mi martirio. Me contestó la esquiva amada de los vates que tú vives muy lejos, que fué tu amor un mito, que en tu corazón tierno ha muerto aquel cariño que hizo feliz un día a tu caro poeta y dió a sus locos versos un eternal prestigio.

1915.

Venid a mi alcázar, la frágil cabaña que se esconde tímida bajo un platanar. Entrad con cuidado: es de nipa y de caña y puede romperla un brusco ademán. Soy el cenobita de estas soledades; me hacen compañía las aves, el sol, la brisa campestre llena de bondades y el recuerdo de una difunta ilusión. Al caer la tarde, por este camino a quien fresca sombra los árboles dan, pasa con sus dichas el buen campesino montado en el lomo de su carabao 37 .

[Nota 37 : Rumiante, corpulento y vigoroso, utilizado como bestia de tiro.

Su canción monótona, dulce, evocadora, flota en el crepúsculo bañado de azul, parece que ríe, parece que llora, como una quimera de la juventud. A veces la noche, como novia loca, me sorprende triste en el tosco umbral, pensando en aquella muy amada boca que me brindó un día venturanza y paz. Cuando es plenilunio, entro en el bosque, de ensueños poblada la imaginación, y bajo la sombra del tibio follaje me siento muy niño, más cerca de Dios. Es la confidente de mis hondas cuitas la luna que argenta mi amado jardín, y me habla de aquellas prestigiosas citas que tuve con ella en un mes de Abril. Los recios flabelos de los cocoteros meciendo mi sueño, cantan sin cesar. Los «nunos» del bosque me dicen sinceros que soy muy dichoso en mi soledad. Huyó del tumulto de la vida urbana, la fiebre del oro, la fraterna lid; la ciudad es fosa de la gleba humana, de los hombres-fieras madriguera vil. Entrad en mi humilde y frágil cabaña que se esconde tímida bajo un platanar. Mi choza de nipa, mi choza de caña os dará un tesoro: el alma natal.

1915.

Nació en Calamba (provincia de la Laguna), el 19 de Junio de 1861, hijo de Francisco Rizal y Mercado y de Alejandra Alonso y Quintos, labradores acomodados. En el Ateneo de los jesuitas se graduó de bachiller, algo después de estrenar en el teatrillo del colegio su melodrama «Junto al Pasig». Frisaba entonces con los 14 años. Viniendo a España en 1882, a los dos años ganó los títulos de Doctor en Medicina y Licenciado en Filosofía y Letras, y se trasladó a Francia, Alemania y Austria para ampliar en aquellas clínicas sus estudios. Morando en Gante (Bélgica), publicó (año de 1887) su novela *Noli me tangere*. Tornó a su país en 1888; pero, hostigado por autoridades y frailes, se retiró al Japón y más tarde a Inglaterra y España. En esta etapa publicó *El Filibusterismo*, segunda parte de *Noli me tangere*. De nuevo en Filipinas hacia 1892, como peligroso a la soberanía, el capitán general Despujols le deportó a la isla de Dapitan. En 1896, al estallar el movimiento emancipador, Rizal fué desterrado a España; pero, sin consentirle desembarcar en Barcelona, el mismo buque le reintegró a la capital del Archipiélago. Gobernaba las islas el general Polavieja. Bajo tales auspicios se formó a Rizal un consejo de Guerra que decretó su fusilamiento, realizándose éste en la mañana del 30 de Diciembre de 1896.--Fué José Rizal el tagalo con más amplia cultura entre sus contemporáneos. Estudiosísimo, austero, con generoso espíritu de sacrificio, de concentradas energías, ofreció el tipo del revolucionario clásico. Brilló como oftalmólogo. Le embargó el Arte, siendo poeta, músico, pintor y dibujante. Poseyó, además de varios dialectos vernáculos, el castellano, latín, francés, italiano, inglés, holandés, alemán, japonés y ruso. Tradujo del griego, árabe, hebreo y sánscrito.

(HE AQUÍ LA COMPOSICIÓN PRIMERIZA. SEGÚN SOLEDAD RIZAL, LA ESCRIBIÓ SU HERMANO A LOS NUEVE AÑOS)

¿Porque exhalan a porfía del cáliz dulces olores las embalsamadas flores en este festivo día? ¿Y porqué, en la selva amena, se oye dulce melodía, que asemeja la armonía en la arpada filomena? ¿Porqué en la mullida grama las aves, al son del viento, exhalan meloso acento y saltan de rama en rama, y la fuente cristalina, formando dulce murmullo, del céfiro al suave arrullo entre las flores camina? Es que hoy celebran tu día ¡oh, mi madre cariñosa! con su perfume la rosa y el ave con su armonía. Y la fuente rumorosa, en este día felice, con su murmullo te dice que vivas siempre gozosa. Y, de esa fuente al rumor, oye la primera nota, que ahora de mi laud brota al impulso de mi amor.

(PRIMER PREMIO, UNA PLUMA DE PLATA, EN CERTAMEN DEL «LICEO ARTÍSTICO-LITERARIO» DE MANILA, 1879)

¡Alza tu tersa frente, juventud filipina, en este día! ¡Luce resplandeciente tu rica gallardía, bella esperanza de la patria mía! Vuela, genio grandioso, y les infunde noble pensamiento, que lance vigoroso, más rápido que el viento, su mente virgen al glorioso asiento. Baja, con la luz grata de las artes y ciencias, a la arena, juventud, y desata la pesada cadena que tu genio poético encadena. Ve que en la ardiente zona do moraron las sombras, el hispano esplendente corona, con pía y sabia mano, ofrece al hijo de este suelo indiano. Tú, que buscando subes, en alas de tu rica fantasía, del Olimpo en las nubes tiernísima Poesía, más sabrosa que néctar y ambrosía. Tú, de celeste acento, melodioso rival de filomena, que en variado concento en la noche serena disipas del mortal la amarga pena; Tú, que la pena dura animas al impulso de tu mente, y la memoria pura del genio refulgente eternizas, con genio prepotente; Y tú, que el vario encanto de Febo, amado del divino Apeles, y de Natura el manto, con mágicos pinceles trasladar al sencillo lienzo sueles; ¡Corred! que sacra llama del genio el lauro coronar espera, esparciendo la Fama con trompa pregonera el nombre del mortal por la ancha esfera. ¡Día, día felice, Filipinas gentil, para tu suelo! Al Potente bendice, que con amante anhelo la ventura te envía y el consuelo.

Piden que pulse la lira há tiempo callada y rota: ¡Si ya no arranco una nota ni mi musa ya me inspira! Balbuce fría y delira si la tortura mi mente; cuando ríe, sólo miente, como miente su lamento. Y es que en mi triste aislamiento mi alma ni goza ni siente.

Hubo un tiempo... ¡y es verdad!... --Pero ya aquel tiempo huyó,-- en que vate me llamó la indulgencia o la amistad. Ahora, de aquella edad el recuerdo apenas resta, como quedan de una fiesta los misteriosos sonidos que retienen los oídos del bullicio de la orquesta.

Soy planta, apenas crecida, arrancada del Oriente, donde es perfume el ambiente, donde es un sueño la vida: ¡Patria que jamás se olvida! Enseñáronme a cantar las aves, con su trinar, con su rumor, las cascadas; y en sus playas dilatadas, los murmullos de la mar.

Mientras en la infancia mía pude a tu sol sonreír, dentro de mi pecho hervir volcán de fuego sentía; vate fuí, porque quería con mis versos, con mi aliento, decir al rápido viento: «¡Vuela; su fama pregona! ¡Cántala de zona en zona; de la tierra al firmamento!»

¡La dejé...! Mis patrios lares, ¡Arbol deshojado y seco! ya no repiten el eco de mis pasados cantares. Yo crucé los vastos mares ansiando cambiar de suerte, y mi locura no advierte que, en vez del bien que buscaba, el mar conmigo surcaba el espectro de la muerte.

Toda mi hermosa ilusión, amor, entusiasmo, anhelo, allá quedan bajo el cielo de tan florida región. No pidáis al corazón cantos de amor, que está yerto; porque en medio del desierto donde discurro sin calma, siento que agoniza el alma y mi númen está muerto.

Madrid, 1882.

¡Dulces las horas en la propia patria donde es amigo cuanto alumbra el sol, vida es la brisa que en sus campos vuela, grata la muerte y más tierno amor! Ardientes besos en los labios juegan, de una madre en el seno al despertar, buscan los brazos a ceñir el cuello, y los ojos sonríense al mirar. Dulce es la muerte por la propia patria donde es amigo cuanto alumbra el sol; muerte es la brisa para quien no tiene una patria, una madre y un amor.

Cabe anchurosa playa de fina y suave arena, y al pié de una montaña cubierta de verdor, planté mi choza humilde bajo arboleda amena, buscando de los bosques en la quietud serena reposo a mi cerebro, silencio a mi dolor. Su techo es frágil nipa, su suelo débil caña, sus vigas y columnas maderas sin labrar:

nada vale, por cierto, mi rústica cabaña; más duerme en el regazo de la eterna montaña, y la canta y la arrulla, noche y día, el mar. Un afluente arroyuelo, que de la selva umbría descende entre peñascos, la baña con amor; y un chorro le regaba por tosca cañería, que en la callada noche es canto y melodía y néctar cristalino del día en el calor. Si el cielo está sereno, mansa corre la fuente, su cítara invisible tañendo sin cesar; pero vienen las lluvias, e impetuoso torrente peñas y abismos salta, ronco, espumante, hirviente, y se arroja, rugiendo frenético, hacia el mar. Del perro los ladridos, de las aves el trino, del calao la voz ronca sólo se oyen allí; no hay hombre vanidoso ni importuno vecino que se imponga a mi mente, ni estorbe mi camino; sólo tengo las selvas y el mar cerca de mí. ¡El mar, el mar es todo! Su masa soberana los átomos me trae de mundos que lejos son; me alienta su sonrisa de límpida mañana, y cuando por la tarde mi fé resulta vana encuentra en sus tristezas un eco el corazón. ¡De noche es un arcano...! Su diáfano elemento se cubre de millares refulgencias de luz; la brisa vaga fresca, reluce el firmamento, las olas en suspiros cuentan al manso viento historias que se pierden del tiempo en el capúz. Diz que narran del mundo la primera alborada, del sol el primer beso que su seno encendió, cuando miles de seres surgieron de la nada, y el abismo poblaron y la cima encumbrada y doquiera su beso fecundante estampó. Más, cuando en noche oscura los vientos enfurecen y las inquietas olas comiéntanse a agitar, cruzan el aire gritos que el ánimo estremecen coros, voces que rezan, lamentos que parecen exhalar los que un tiempo se hundieron en el mar. Entonces repercuten los montes en la altura, los árboles se agitan de confín a confín; aullan los ganados, retumba la espesura, sus espíritus dicen que van a la llanura llamados por los muertos a fúnebre festín. Silba, silba la noche, confusa, aterradora; verdes, azules llamas en el mar véñse arder; mas la calma renace con la próxima aurora, y pronto una atrevida barquilla pescadora las fatigadas olas comienza a recorrer. Así pasan los días en mi obscuro retiro, desterrado del mundo donde un tiempo viví; de mi rara fortuna la providencia admiro: ¡guijarro abandonado que al musgo sólo aspiro para ocultar a todos el mundo que hay en mí! Vivo con los recuerdos de los que yo he amado, y oigo de vez en cuando sus nombres pronunciar: unos están ya muertos, otros me han abandonado; más ¿qué importa...? Yo vivo pensando en lo pasado y lo pasado nadie me puede arrebatarse. El es mi fiel amigo que nunca me desdora, que siempre alienta al alma cuando triste la vé; que en mis noches de insomnio conmigo vela y ora; conmigo en mi destierro y en mi cabaña mora, y cuando todos dudan sólo él me infunde fé. Yo la tengo, y yo espero que ha de brillar un día en que venza la idea a la fuerza brutal; que después de la lucha y la lenta agonía, otra voz más sonora y más feliz que la mía sabrá cantar entonces el cántico triunfal. Veo brillar el cielo tan puro y refulgente como cuando forjaba mi primera ilusión, el mismo soplo siento besar mi mustia frente, el mismo que encendía mi entusiasmo ferviente y hacía hervir la sangre del joven corazón. Yo respiro la brisa que acaso haya pasado por los campos y ríos de mi pueblo natal; ¡acaso me devuelva lo que antes le he confiado: los besos y suspiros de un ser idolatrado, las dulces confidencias de un amor virginal! Al ver la misma luna, cual antes argentada, la antigua melancolía siento en mí renacer; despiertan mil recuerdos de amor y fé jurada... Un patio, una azotea, la playa, una enramada, silencios y suspiros, rubores de placer... Mariposa sedienta de luz y de colores, soñando en otros cielos y en más vasto pensil, dejé, joven apenas, mi patria y mis amores, y errante por doquiera, sin dudas, sin temores, gasté en tierras extrañas de mi vida el abril. Y después, cuando quise, golondrina cansada, al nido de mis padres y de mi amor volver, rugió fiera de pronto violenta turbonada: véñse rotas mis alas, deshecha la morada, la fé vendida a otros y ruinas por doquier. Lanzado a una peña de la patria que adoro, el porvenir destruido, sin hogar, sin salud, venís a mí de nuevo, sueños de rosa y oro, de toda mi existencia el único tesoro, creencias de una sana, sincera juventud. Ya no sois como antes, llenas de fuego y vida, brindando mil coronas a la inmortalidad; algo serias os hallo; más vuestra faz querida si ya no es tan ingenua, si está descolorida, en cambio lleva el sello de la fidelidad. Me ofrecéis, ¡oh ilusiones! la copa del consuelo, y mis jóvenes años a despertar venís: gracias a tí, tormenta; gracias, vientos del cielo,

que a buena hora supísteis cortar mi incierto vuelo, para abatirme al suelo de mi natal país. Cabe anchurosa playa de fina y suave arena y al pié de una montaña cubierta de verdor, hallé en mi patria asilo bajo arboleda amena, y en sus umbrosos bosques, tranquilidad serena, reposo a mi cerebro, silencio a mi dolor.

(Durante el destierro en la isla de Dapitan).

Hoja seca que vuela indecisa y arrebatada violento turbión, así vive en la tierra el viajero, sin norte, sin alma, sin patria ni amor. Busca ansioso doquiera la dicha, y la dicha se aleja fugaz: ¡Vana sombra que burla su anhelo...! ¡Por ella el viajero se lanza a la mar! Impelido por mano invisible vagará de confín en confín; los recuerdos le harán compañía de seres queridos, de un día feliz. Una tumba quizá en el desierto hallará, dulce asilo de paz, de su patria y del mundo olvidado... ¡Descanse tranquilo, tras tanto penar! Y le envidian al triste viajero cuando cruza la tierra veloz... ¡Ay! ¡no saben que dentro del alma existe un vacío donde falta el amor! Volverá el peregrino a su patria, y a sus lares tal vez volverá, y hallará por doquier nieve y ruina, amores perdidos, sepulcros, no más. Vé, viajero, prosigue tu senda, extranjero en tu propio país; deja a otros que canten amores; los otros que gocen; tú vuelve a partir. Vé, viajero, no vuelvas el rostro, que no hay llanto que siga al adiós; vé, viajero, y ahoga tus penas; que el mundo se burla de ajeno dolor.

Ya no se invoca la musa; pasó de moda la lira; ya ningún poeta la usa... Aún la juventud ilusa en otras cosas se inspira. Hoy, si a la imaginación le exigen que versos dé, no se invoca al Helicón: sólo se pide al garçon una taza de café. Y, en vez del estro sincero que al corazón conmovía, se escribe una poesía con una pluma de acero, un chiste y una ironía. Musa que en mi edad pasada me inspiraste cariñosa cantos de amor, ve y reposa. Hoy necesito una espada, ríos de oro y acre prosa. Necesito razonar, meditar y combatir; algunas veces llorar, pues quién mucho quiere amar mucho tiene que sufrir. Huyeron los días de calma, días de alegres amores, en que bastaban las flores para consolar al alma de sus penas y dolores. Van huyendo, poco a poco, cuantos amé, de mi lado; aquél muerto, éste casado, porque sella cuanto toco con la desventura el hado. ¡Huye también, musa! ¡Vete! Busca otra región más pura; que mi patria te promete por laureles el grillete por templo cárcel obscura. Que si es infame e impío oprimir a la verdad, ¿No fuera en mí desvarío detenerte al lado mío privada de libertad? Y ¿a qué cantar, cuando llama a serio estudio el Destino, cuando la tempestad brama, cuando a sus hijos reclama ronco el pueblo filipino? ¿Y a qué cantar, si mi canto ha de resonar a llanto que a nadie conmoverá? ¿Si del ajeno quebranto el mundo cansado está? ¿A qué, cuando entre el gentío que me critica y maltrata, seca el alma, el labio frío, no hay un corazón que lata con los latidos del mío? Deja dormir en la sima del olvido cuanto siento. ¡Bien está allí! Que el aliento no lo mezcle con la rima que se evapora en el viento. Como duermen de los mares los monstruos en el abismo deja dormir mis pesares, mis caprichos, mis cantares, sepultados en mí mismo. Yo bien sé que tus favores sólo puedes prodigar en esa edad de las flores, de los primeros amores sin nubes y sin pesar. Muchos años han pasado desde que con beso ardiente has abrasado mi frente... Aquel beso se ha enfriado y hasta lo tengo olvidado. Mas, antes que partas, dí, dí que a tu acento sublime siempre ha respondido en mí un canto para el que gime y un reto para el que oprime. Mas tú vendrás inspiración sagrada, de nuevo a caldear mi fantasía cuando mustia la fé, rota la espada, morir no pueda por la patria mía... Tú me darás la cítara enlutada con las cuerdas que vibran la elegía, para endulzar de mi nación las penas y el ruido amortiguar de sus cadenas. Y si el tiempo con el laurel corona nuestros esfuerzos, y mi patria amada surge cual reina de la ardiente zona, blanca perla del fango, redimida, entonces vuelve y con vigor entona el himno sacro de la nueva vida, que nosotros el coro cantaremos aún cuando en el sepulcro descansemos.

¡Id a mi patria, id extranjeras flores sembradas del viajero en el camino, y bajo su azul cielo, que guarda mis amores, contad del peregrino la fé que alienta por su patrio suelo! Id y decid...; decid que cuando el alba vuestro cáliz abrió por vez primera, cabe el Neckar helado, le vísteis silencioso a vuestro lado pensando en su constante primavera. Decid que cuando el alba, que roba vuestro aroma, cantos de amor jugando os susurraba, él también murmuraba cantos de amor en su natal idioma; que cuando el sol la cumbre del Koenigsthul en la mañana dora y con su tibia lumbre anima el valle, el bosque y la espesura, saluda en ese sol, aún en su aurora, al que en su patria en su cenit fulgura. Y contad aquel día cuando os cojía al borde del sendero, entre las ruinas del feudal castillo orilla al Neckar o en la selva umbría. Contad lo que os decía, cuando, con gran cuidado, entre las páginas de un libro usado vuestras flexibles hojas oprimía. Llevad, llevad ¡oh flores! amor a mis amores paz a mi país y a su fecunda tierra, fé a sus hombres, virtud a sus mujeres, salud a dulces seres que el paternal sagrado hogar encierra... Cuando toquéis la playa, el beso que os imprimo depositadlo en alas de la brisa, porque con ella vaya, y bese cuando adoro, amo y estimo. Mas ¡ay! Llegaréis, flores, conservaréis, quizás, vuestros colores; pero lejos del patrio, heroico suelo, a quién debeis la vida perderéis los olores; que aroma es alma, y no abandona el cielo cuya luz viera en su nacer, ni olvida.

Heidelberg, Abril 1896.

(ES LA POESÍA MÁS HERMOSA Y POPULARIZADA DE JOSÉ RIZAL. LA ESCRIBIÓ EN LA REAL FUERZA DE SANTIAGO DE MANILA, DONDE SE HALLABA PRISIONERO, POCAS HORAS ANTES DE SU FUSILAMIENTO.)

¡Adiós, patria adorada, región del sol querida, perla del mar de Oriente, nuestro perdido edén! a darte voy alegre, la triste mustia vida: si fuera más brillante, más fresca, más florida, también por tí la diera, la diera por tu bien. En campos de batalla, luchando con delirio, otros te dan sus vidas, sin dudas, sin pesar. El sitio nada importa: ciprés, laurel o lirio, cadalso o campo abierto, combate o cruel martirio, lo mismo es, si lo piden la patria y el hogar. Yo muero cuando veo que el cielo se colora y al fin anuncia el día tras lóbrego capúz: si granas necesitas para teñir tu aurora, ¡vierte la sangre mía, derrámala en buena hora, y dórela un reflejo de su naciente luz! Mis sueños cuando apenas niño o adolescente, mis sueños cuando joven, ya lleno de vigor, fueron el verte un día, ¡joya del mar de Oriente! secos los ojos negros, alta la tersa frente, sin ceño, sin arrugas, sin manchas de rubor. Ensueño de mi vida, mi ardiente vivo anhelo, ¡salud! te grita el alma que pronto va a partir. ¡Salud...! ¡Oh, que es hermoso caer por darte vuelo, morir por darte vida, morir bajo tu cielo, y en tu encantada tierra la eternidad dormir. Si sobre mi sepulcro vieres brotar un día, entre la espesa yerba, sencilla humilde flor, acércala a tus labios y bésa el alma mía, y sienta yo en mi frente, bajo la tumba fría, de tu ternura el soplo, de tu hálito el calor. Deja a la luna verme con luz tranquila y suave, deja que el alba envíe su resplandor fugaz, deja gemir al viento con su murmullo grave; y si descende y posa sobre mi cruz un ave, deja que el ave entone su cántico de paz. Deja que el sol ardiendo las lluvias evapore, y al cielo tornen puras con mi clamor en pos; deja que un ser amigo mi fin temprano llore, y en las serenas tardes, cuando por mí alguien ore, ora también, ¡oh patria! por mi descanso a Dios. Ora por todos cuantos murieron sin ventura, por cuantos padecieron tormentos sin igual, por nuestras pobres madres que gimen su amargura, por huérfanos y viudas, por presos en tortura, y ora por tí, que veas tu redención final. Y cuando en noche oscura se envuelva el cementerio y sólo, sólo muertos queden velando allí, no turbes su reposo, no turbes el misterio: tal vez acordes oigas de cítara o salterio: soy yo, querida patria; yo que te canto a tí. Y cuando ya mi tumba, de todos olvidada, no tenga cruz ni piedra que marquen su lugar, deja que la are el hombre, la esparza con la azada, y mis cenizas, antes que vuelvan a la nada, el polvo de tu alfombra que vayan a formar. Entonces nada importa me pongas en

olvido. Tu atmósfera, tu espacio, tus valles cruzaré. Vibrante y limpia nota seré para tu oído; Aroma, luz, colores, rumor, canto, gemido, constante repitiendo la esencia de mi fe. ¡Mi patria idolatrada, dolor de mis dolores, querida Filipinas, oye el postrer adiós! Ahí te lo dejo todo: mis padres, mis amores; voy a do no hay esclavos, verdugos ni opresores; donde la fe no mata, ¡donde el que reina es Dios! ¡Adiós, padres, hermanos, trozos del alma mía, amigos de la infancia en el perdido hogar! ¡Dad gracias que descanso del fatigoso día...! ¡Adiós, dulce extranjera, mi amiga, mi alegría! ¡Adiós, queridos seres...! ¡Morir es descansar!

Poeta mozo. Colaboró en la Sección femenina de «La Vanguardia» cuando la dirigía Adelina Gurrea.

ERMITA 38

Es so la arena de oro de la Ermita donde mi musa su canción ensaya, perla de luz y rosa que palpita bajo el beso del Sol sobre la playa. Quizás de mi alma en sus nostalgias haya --lucero, golondrina o sampaguita,-- el verso alado que a besarte vaya, o la canción que en mi ilusión dormita. Que inspiraste el cantar de mis cantares y mis estrofas se alzan como altares en donde, hermosa y única y aurina, sobre un temblor de ardientes resplandores y de incensarios mágicos y flores ¡tu eres la hostia de mi amor, divina!

1919.

[Nota 38 : Lindo y señorial arrabal de Manila, a orillas del mar.

Como Cristo en la bíblica leyenda yo te digo: «mujer, ¡yo te perdono!» ya que te apartas de la negra senda donde se alberga el mal y arde el encono. Más, si alguno me cuenta tu pasado, con su lengua traidora cual la hiedra, le diré: «Si estás limpio de pecado sé tu el que arrojes la primera piedra». No llores, pues, mitiga tu quebranto, y enjuga de una vez tu amargo llanto, porque empaña el fulgor de tu mirada. No creas que, aún que muchos te maldicen, también hay labios que tu amor bendicen porque saben que estás regenerada....

1919.

Bisayo, nacido en Molo (Ilo-Ilo). Bachiller por los jesuitas del Ateneo y abogado por los dominicos de la Universidad de Santo Tomás, de Manila. Escribió versos desde muy joven, casi siempre ofrendados a la dama con quien luego casó. Hace años vive en la isla de Negros, consagrado al ejercicio de su carrera y a los negocios agrícolas, sin trato con las musas.

Y, libre como el águila del cielo, Podré cruzar los mares, cual me ordenas. ROSELLÓ.

Dame, ¡oh! musa, tu voz, dame tu acento para cantar al héroe sin segundo, cuyo nombre feliz susurra el viento de la apartada Iberia al Nuevo Mundo... De tu gloria en el piélago infinito se pierde el alma mía; y aunque mis alas débiles agito por abarcar tu colosal recuerdo, cuanto más lo investigo, más me pierdo. Figura sin igual, genio glorioso, gigante de los mares, gloria nuestra: tú un diamante engarzaste esplendoroso en la diadema hispana con tu diestra; tú el valladar del Ponto embravecido sin temor traspasaste; y a tu sublime genio enardecido sólo prestaba campo dilatado un mundo de grandezas ignorado. Ese mundo es tu gloria y tu corona, el que con lauros, mil tu sien circunda el que del polo a la abrasada zona con tu nombre sin par la tierra inunda. Cuba, Lucayas, Háiti, Dominica, Boriquén y Jamaica, Trinidad, Guadalupe y Martinica son de tu honor los timbres sacrosantos y el sublime ideal de nuestros cantos. Tal puñado de perlas en tu mano a tu patria sin fé ¡triste! brindaste, y después al monarca lusitano; y en cambio de tu oferta ¿qué encontraste? desprecio a tu saber, bajo y mezquino. Tu corazón tan sólo, tu corazón de temple diamantino que del genio la voz potente escucha, supo salir triunfante de la

lucha. Y tras fatigas y hórridos azares, cruzando montes, traspasando llanos, salvando la distancia de los mares, la intrépida nación de los hispanos te presentó su mano salvadora, y tu frente abatida, al levantar de España la señera con una cruz volaste y una espada a una playa de todos ignorada. Y fuerte el corazón, firme el semblante, su tesoro a las olas disputabas, y a lejanas regiones anhelante de tu bajel la prora enderezabas, ignota mar con la ferrada quilla cortabas sin recelos; por las olas lamida, hermosa orilla dibujóse después a tus miradas, en su verdor lozano extasiadas. Fértil región, alhaja desprendida de las ondas de un mar que no te arredra, entre árboles gigantes escondida y entre murallas de granito y piedra. Mas tú, Cristóbal, por el ancho espacio lanzando tu mirada, de ricas esmeraldas y topacio labrada viste la inmortal aureola, que la sien del hispano tornasola. Y en esa tierra, do Favonio y Flora juntos muestran sus galas y hermosura, fijaste tú la enseña salvadora que el progreso en los pueblos asegura: Dios y mi rey : idea portentosa, digno sólo del alma generosa, emblema sacrosanto, digno solo del alma generosa, que uniendo con la fé su patriotismo se aventura a cruzar el hondo abismo. Mas ¡ay! que siempre al genio venerando guarda el hado fatal triste destino, y de abrojos punzantes vá sembrando con torva faz el árido camino Y sólo, en un rincón de nuestra España, el término encontraste, que marcaba el Señor a tanta hazaña. Escucha, escucha al menos nuestro canto, porque es del corazón tributo santo. Gloria a tí, gran Colón, eterna gloria, que un nuevo mundo al piélago infinito arrancaste. Perenne tu memoria en bronce esculpiráse y en granito España, sobre el carro poderoso, que al rodar otro tiempo, dos mundos arrastraba vigoroso, al atronar el orbe con tu fama Gigante de los mares te proclama.

Lo admira todo, pero... no le llena; la nostalgia le apena. El Marino Español. --P. Pl. ¡Cuan hermoso es el Sol cuando la frente de entre nubes alzando esplendorosa baña la tierra con su luz fulgente, perfume embriagador presta a la rosa, dá murmurios al mar, perlas al río, al pájaro cantares de alegría, los colores del iris al rocío, rumor a la cascada y armonía! Cuando la luz sus hojas abrillanta refractándose en rayos de colores, ¡cuán hermosa en la flor que se levanta esparciendo balsámicos olores! Tranquilo duerme el mar: la tenue brisa riza apenas su líquida planicie, y jugando en las ondas indecisa resbala por la inmensa superficie; copia a lo lejos el cristal tembloroso, como entre guijas de oro, la luz pura con que el sidéreo coro esplendoroso brilla en otra región. ¡Cuánta hermosura! Quién sabe si en las ondas que desata, resbalando entre juncos y maleza, fugaz arroyo tímido retrata de alguna ondina la gentil cabeza! Quién sabe si, entre flores escondida, en su cristal colúmpiase graciosa náyade bella que al placer convida meciéndose en las limfas voluptuosa! Acaso alzando la nevada frente, límpida y tersa como manso lago, la mirada fugaz por la corriente tiende en redor con incitante halago! ¡Todo es hermoso, todo! El sol, las flores, el cristalino mar, la fresca brisa, de la estrella los vívidos fulgores, de la náyade bella la sonrisa. Todo lo admiro, pero... no me llena y, al recordar que estás tan apartada, triste nostalgia el corazón me apena y fuera de tu amor no quiero nada. No sé por qué mis lágrimas contengo cercándome tan negra desventura; dentro del pecho fluctuando tengo el corazón en olas de amargura. ¡Vuelve a mi lado, que me causa enojos cuanto en redor acongojado miro! ¡vuelve, que sólo por mirar tus ojos desde que partiste sin cesar suspiro! Son tan hermosos, ¡ay! tus ojos bellos, tan dulce su mirar, paloma mía, que diera yo para mirarme en ellos lo que nunca jamás otro daría. Si al menos este afán que me devora alejarlo del alma consiguiera...! Más, ¡ay! que esta ilusión engañadora hasta en el sueño me persigue fiera. Yo te veo en el rayo delicado con que flota la luna en el vacío, y en las hojas del lirio perfumado cuando esconde una gota de rocío. Yo escucho de tu voz el blando arrullo en la brisa que juega con la rosa, yo percibo tu acento en el murmullo de cristalina fuente temblorosa. Yo soy la nube que perdida flota en la extensión azul, tú eres el viento; yo soy del arpa la dormida nota que trocará tu mano en dulce acento. ¡Ven ya, mi dulce amor! ¡Vén, que entre tanto lo admiro todo, pero... no me llena! ¡Vén a enjugar por fin mi acerbo llanto! Vén ¡ la nostalgia el corazón me apena!

1895.

--Yo soy un sueño, un imposible, vano fantasma de niebla y luz; soy incorpórea, soy intangible; no puedo amarte.--¡Oh, ven, ven tú! BECQUER. ¿Por qué tan lejos, mi bien, y de tí tan apartado, continuamente suspiros por tí de mi pecho arranco? ¿No me has dicho una y mil veces que todo mi esfuerzo es vano, que no habría entre los dos más que el cariño de hermanos? ¿No me dijiste cien veces que tanto afán y amor tanto eran quimérico sueño? ¿que nunca en tus ojos claros la mirada de los míos clavara yo enamorado, porque tú solo podías darme un triste desengaño? ¿Por qué, sin buscar alivio a mi dolor y a mi llanto, fijo en tí mi pensamiento, de tí no quiero apartarlo? ¿No hay, acaso, otras mujeres ni otros amores, acaso, ni otras beldades que amantes me reciban en sus brazos? ¿Acaso en tí solamente Natura ha depositado la esbeltez y la hermosura y los mayores encantos? ¿Eres tú, acaso, la sola en cuyos ojos rasgados hay miradas que fascinan cuando miran con agrado? Acaso, dí, vida mía, otras no habrá que, escuchando mis tiernísimos requiebros o mis amorosos cánticos, con sonrisas y miradas me den de mi amor el pago...? ¡Muchas habrá! ¿quién lo duda? Habrá dos, y tres, y cuatro que a mis ayes y lamentos respondan con dulce halago; pero ninguna, ninguna, viéndome sufrir callando, llorará como tú lloras, con un lloro tan amargo. Tú, en cambio, mi bien, lloraste y lloraste tanto y tanto, que nunca será posible que yo consiga olvidarlo. Por eso, luz de mis ojos, sólo a tí te adoro y amo; por eso los ayes míos a tí sola los consagro; y aunque solamente quieras darme un triste desengaño, tus lágrimas lo han querido: ¡yo siempre seré tu esclavo!

Mientras ruge el fragor de los cañones y retiembla la tierra con pavor, y encaramado en la nubosa altura escudriña el avión los batallones; mientras de Marte bélicas canciones el pecho llenan de feroz bravura, tornando en lobo al hombre en la espesura y en rayo el galopar de los bridones, sobre el lomo rizado de las olas que hendieron las valientes carabelas venidas de las playas españolas, llegas, del Arte envuelto entre las galas, tendiendo al aire tus gallardas velas, como un cisne cantor de blancas alas.

Octubre, 1915.

Natural de la isla de Luzón, tal vez manileño. Cursó la segunda enseñanza en el Ateneo de los jesuitas. Dirigió «La Vanguardia». Luego fué redactor del diario nacionalista «El Ideal», que ya no se publica. '

(FRAGMENTO) Es dulce como el arpegio de una cítara pagana; es suave como el aroma de un jardín cuando florece, ténue y leve cual la brisa que murmura en la mañana y diciendo sus murmurios nos seduce y enloquece. Con sus mimos y caricias los pesares adormece cual la música hechizante de una flauta virgiliana, y en sus mágicos encantos de beldad ultramundana, el consuelo apetecido halla el alma que padece. En la esencia de su todo--que es esencia de lirismo-- que convergen hacia un foco por la acción de los espejos) envolviendo pudorosa sus encantos tropicales, (cual si fueran de una flama los lumínicos reflejos, que convergen hacia un foco por la acción de los espejos convergen los más hermosos, los más santos ideales. Es tímida y es ingénua, sincera en sus sentimientos y sabe cubrir de rosas celestes nuestros caminos cuando se apaga, entre el lloro de los ojos macilentos y gritos de horror, la estrella de nuestros pobres destinos. Es sencilla, cual la flora de los bosques filipinos donde aletea el suspiro perfumado de los vientos: tiene un alma grande y noble y en sus labios purpurinos van a morir dulcemente nuestros hondos sufrimientos. Tiene el eco sollozante de las notas del kundiman , tiene el ritmo alado y suave de los vates cuando riman las estrofas de un poema con palabras de ilusión; Y sus ojos, que parecen dos sagitarios brillantes, nos arrojan por el arco de sus párpados soñantes flechas de amor que se clavan, temblando, en el corazón... Figulina delicada, no es frívola ni es coqueta, sino hermana cariñosa de su ardiente fantasía; es mística, cual lo son los ensueños de un poeta que se

agrandan como el vuelo de melódica armonía. Es un ángel del hogar, que sabiamente interpreta en su modo de pensar la vital filosofía, y en su modo de sentir el suspiro de Julieta, el gemido de Desdémona y el delirio de Lucía. Ama su honra más que el brillo del oro resplandeciente, porque su honra constituye el tesoro solamente de su vida tan serena cual la hora matutina; y si el amor que fué suyo asesina su esperanza, se revuelve brava y fuerte como en busca de venganza y sabe morir y muere por la quimera divina... ¿Es hermosa? Sí; es hermosa. Al mirar su tez morena, siento la embriaguez sagrada que produce la ternura, y en mi deliquio la veo como lánguida sirena cuando en la paz de los mares tristes canciones murmura. En ella vive la raza, y su lírica figura a las hadas rememora, cuando en la noche serena aparecen con sus clámides rutilantes de hermosura bajo los besos de amor y paz de la luna llena. En la magia de su rostro--que es poético y sencillo-- se conserva la dulzura de la Virgen de Murillo, una bruma de delirio y una sensación de seda. Y en su alma suprasensible, de romántica señora, como en un cofre de encanto ella guarda y atesora, la pasión de aquella «Elvira», de los versos de Espronceda...

PESIMISMO Vivir es condenarse a eterno sufrimiento, llorar continuamente sin encontrar consuelo, buscar con ansia loca el goce de un momento teniendo el alma llena de amargo desconsuelo. Rimar todo un poema entero de dolores, cruzar todo un sendero sembrado de amarguras, y, entre penas y llantos y amargos sinsabores, gustar de un trago toda la hiel de las torturas. Y si el vivir es sólo sinónimo de pena, ¿por qué nos crió el hado y luego nos condena a una existencia triste, penosa y dolorida? ¿Es que tal vez el hombre no es digno de otra suerte Y así es que tiene siempre el dolor y la muerte por los únicos polos del eje de su vida?

MATERIALISMO ¿El hombre es un conjunto de espíritu y materia? ¡Combinación que pasma! ¡Dualismo que contrasta! Para explicar la vida con toda su miseria, el espíritu sobra, pues la materia basta. La vida es el producto de todas las funciones de la materia sola. El alma es la quimera, que vive entre las nubes y se harta de ilusiones hasta que se disuelve en la hora postrimera. En vano me resisto a toda esta evidencia. El espíritu es nada, la materia es potencia que sostiene y engendra las funciones vitales. Al hombre, por lo tanto, le basta la materia para explicar la vida con toda su miseria, con todos sus quebrantos y con todos sus males.

ESCEPTICISMO Yo fuí en un tiempo ido fanático creyente que sólo profesaba católica doctrina, teniendo como norma la ley omnipotente, teniendo como pauta la voluntad divina. Después, el golpe rudo de un brusco desengaño mostróme cuán amarga es la verdad desnuda, y uniendo con lo cierto el dolo de un engaño plasmé nuevas ideas, y germinó la duda. Entonces dudé siempre de todo cuanto existe, y dudo todavía de lo que hasta hoy persiste, de lo veraz, incluso de lo que palpo y toco. Y tanto ya he dudado, que a concebir no alcanzo si en el mar de la vida, con mi bajel avanzo como un hombre juicioso o como un hombre loco.

(FRAGMENTO)

Media la noche. Hasta el mundo me parece que dormida. Columpiado por los brazos de Dios mismo, blandamente, sólo en vela me mantengo. Una amarga y honda cuita me carcome el alma toda, lentamente... lentamente. Calma intensa. Nada turba el descanso de la noche más que el rápido descenso del insólito aguacero, el monótono chirrido de las ruedas de algún coche que resbala quietamente sobre el barro del sendero, el crujir de las persianas azotadas por el viento, la canturria discordante de los hierros del tejado (donde cuando el sol los días alegraba, como un cuento, las parleras avejillas sus nidaes han labrado), y el suspiro que flotando en los aires va cautivo inspirado por la pena que en secreto me acongoja el suspiro que se escapa en un vuelo fugitivo de mis labios, por mi ensueño que en sollozos se

deshoja. La luz tiembla, porque siente el martirio de los vientos, que irrumpieron desde fuera en la calma de mi estancia, a encerrarse prisioneros en elásticos fragmentos y perderse, en un bostezo, vagamente, en la distancia. Parpadea la luz trémula. Y de súbito se apaga, entre espasmos convulsivos de un cuerpo que lento muere. Sigue el viento en mi aposento que de negruras se embriaga, mascullando monofónico un extraño Miserere .

Bisayo. Fundador y codirector, ahora, con Francisco Varona, del diario «El Debate». Destaca como soberano prosista y escritor político. Ha escrito algo para el teatro.

(CON OCASIÓN DEL TRICENTENARIO DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE MANILA)

«Si después de tres siglos y medio el escultor no ha podido sacar más que una caricatura, ¡bien torpe debe de ser!... O bien, mala la masa de que se sirve...» RIZAL.

Generación que naces poseída de nuevos entusiasmos y virtudes, y en el contacto de la nueva vida tus energías vírgenes sacudes; Viril generación, tú, que te empinas sobre el nivel de las doradas cuevas, y abriendo en cruz los redentores brazos, en un raudal de luces iluminas el éxito de tus pasadas gestas y el porvenir de los presentes lazos; depón el ceño, olvida los prejuicios de los antiguos días en que vives, ¡oh, tú, generación que te apercibes, una salmodia fraternal levanta, para más generosos sacrificios! y en medio de esta fatigosa fiebre un tierno epitalamio, que celebre la institución real y pontificia de esta Universidad tres veces santa, tres veces secular. Alzarlo en coro vosotros primogénitos benditos de la progénie patria, ilustres sabios, honor y prez del nacional decoro, que recibísteis con los mismos ritos la sal de la sapiencia en vuestros labios, y en comunión los unos con los otros brote del seno del filial linaje el cántico, que en labios de vosotros sea como un legítimo homenaje a la madre común. Matrona egregia, gloria viviente del amor hispano, que ciñe al par una corona regia y una señal del símbolo cristiano; Madre de razas parias, que dió el pecho a un pobre niño, abandonado y magro, y le infundió en un soplo de milagro la vida de los pueblos: el Derecho. ¡Almas tenaces, respetad siquiera el noble gozo de esta madre anciana cuya misión de paz la venidera posteridad vendrá a juzgar mañana! En la tardía anunciación del verbo, que gestó en sus entrañas redentoras, sintió la madre aquel afán acerbo, que, sin que ya su corazón taladre, fué sólo las angustias precursoras de la mujer que pronto iba a ser madre! y madre fué; y el hijo que nacía, como bautismo recibió en la frente el ósculo de luz del nuevo día, que ya apuntaba en el extremo Oriente. Pero la humanidad no sólo tiene la vida material; tiene en el pecho arraigada la cepa más perenne de otra vida; la vida del Derecho. De ahí esa benemérita milicia de paladines que en tranquila guerra luchan para afirmar sobre la tierra el reinado final de la Justicia! Discípulos de Hipócrates, juristas, ministros del altar, notables hombres legaron de la patria las conquistas de su saber y sus preclaros nombres.

Madre y maestra de las almas, digna del nombre singular de Benavides 39 , en cuyas nobles y proficuas lides fué siempre la verdad una consigna, en nombre de sus cánones severos, luchó con entereza por los fueros de la verdad.

Nota 39 : Don Fray Miguel de Benavides, primer Obispo de Nueva Segovia y luego metropolitano de Manila (1540-1605). Fundó la provincia dominicana del Santísimo Rosario de Filipinas y al Colegio de Santo Tomás base de la futura Universidad. Su estatua se levantó frente a ésta.

¡Y la verdad, lo mismo que Dios, que impone su invariable ruta, tendió al justificado despotismo de ser verdad, que es una y absoluta! Verdad sencilla y múltiple: compendio de las eternas ánsias de las gentes: universal y silencioso incendio, que baja sobre todas las conciencias para encender en las insignes frentes

la llama inextinguible de las ciencias! La llama ardió. Su luz, que fué de aurora, que se abriese en el cielo de verano, llenó el hogar, como una salvadora consagración del pensamiento humano; Y aparecieron hombres celebrados de ciencia y de virtud, sobresalientes en todos los eternos postulados de la moderna ciencia. Almas creyentes que se iniciaron en los santos ritos y con la fé que la visión expande, supieron los arcanos infinitos de la divinidad tres veces grande! ¡Oh virtud de la fé! La ciencia incrédula también tiene su fé, la fé potente del microscopio. Insignes compatriotas violaron los secretos de la célula por el milagro insigne de la lente; e hicieron con los mudos caracteres de la materia, en concentradas gotas, la esencia de la vida de los seres. Otros buscaron en el cuerpo inerte la causa eterna del dolor humano, y con el bisturí sobre la herida arrebató supieron de la muerte, vibrándolas en triunfo entre la mano, las palmas victoriosas de la Vida...!

Pronto anidaron en aquellas almas, presas bajo inquietas pesadumbres, anhelos como antojos iniciales; pronto gimieron las nativas palmas al soplo que traía de las cumbres el polen de fecundos ideales. Pronto la hoz del nuevo pensamiento, a golpes de cerebro hacía mella en la raíz de instituciones rancias; y pronto sucedió el derrumbamiento al tajo vengador de la centella, que incubaron las mismas circunstancias. En medio de los rudos episodios del despertar de aquellas multitudes vieron pasar las familiares glebas, sobre el torrente de encontrados odios, la racha formidable de virtudes, la tempestad de las ideas nuevas. Y sobre el mar del popular tumulto, en la corriente de furor insano, como reliquia de inviolable culto, flotaba el arca del saber humano. Fué menester el trasponer la orilla de aquella charca de corrupto lodo, aniquilar y abandonarlo todo, tener las manos limpias de mancha y no lavarse nada en la conciencia sino el tesoro santo de la ciencia. Tres siglos han pasado. ¡Tres centurias que desataron las tremendas furias de condensadas iras en sufragio del alma popular! Viejos prestigios cayeron con los últimos vestigios después de aquel providencial naufragio. Y dijo entonces Dios: «Pondré en la altura mi arco en señal de la perpetua alianza entre vosotros». Y brilló en los cielos el signo de los tiempos que inaugura la era anunciada de la nueva gracia; arco de triunfo bajo el cual avanza la humanidad con todos sus anhelos; el gran iris social: la democracia! Iris de nuestras épocas triunfales, nuncio de un bello porvenir, que arranca de su fecundo seno hecho de amores la plenitud de todos los ideales, como se funde en una luz--la blanca-- la hermosa variedad de los colores. Tres siglos han pasado. Espesa hiedra veo cubrir el cúmulo de escombros que han apilado los pasados años; y veo levantar la enorme piedra del porvenir los esforzados hombros llenos de fé, de propios y de extraños. Hacídense a la luz de los crepúsculos y excítelos el nervio de mis versos, como en un haz de contraídos músculos, esos sumandos de vigor dispersos: que antes que nuestra fuerza, que hoy se agosta, en mútuas desconfianzas se consume, la patria necesita, a toda costa, fundar el porvenir sobre la suma de todos los esfuerzos. Escarbemos la tierra inculta como unidos potros, y bienvenidos sean los supremos y francos sacrificios de los otros: porque en el campo inmenso de la Historia y en la vasta expansión de sus periodos hay tiempo y hay lugar para la gloria, para la gloria, por igual, de todos.

Y tú, hijo y sucesor de Benavides, llegado en pleno siglo iconoclasta, que participas como el viejo Alcides de la verdad de tu divina casta: Sigue esparciendo con la ungida diestra las luminosas gracias de tus cruces, y en el único ideal que el pueblo abraza por obra y gracia de la ciencia vuestra, se hará, al amor de redentoras luces, la transfiguración de nuestra raza. Entonces, de la cúspide mas alta de los grandes ensueños que acaricia la juventud, que tu labor exalta, habrá de bendecirte... Y si hace falta la misma humanidad te hará justicia.

Diciembre, 1911.

Nació en Quiapo, barrio de Manila, el 3 de Noviembre de 1890. Sus padres le trajeron a España en 1897, y en varios institutos de Barcelona cursó el bachillerato. Vuelto a Filipinas a los 18 años, e hijo de médico, estudió medicina tres años. Es ahora capitán de constabularios al servicio de los Estados Unidos. Luce como buen esgrimista y apasionado de la música. Comenzó a versificar (1914) en la revista «Alma Moderna». Por el poeta en que cree y a quien sigue, le nombran «el Villaespesa filipino». Ha publicado: en verso, *Electa* (1915) e *Intimas* (1919); y en prosa, *Breviario de amor y Sinceridades* .

A la luz moribunda del recuerdo, sueño en aquel mi amor, mi amor primero, y triste soñador aventurero entre las sombras del pesar me pierdo. Cual la celda de un mísero ermitaño queda abierta a los vientos del desierto, así mi corazón quedóse abierto al soplo huracanado del engaño. Del fondo de mi vida agonizante se alzaba aquel recuerdo torturante, en su quietismo silencioso y vago, cual se alza en las mañanas invernales la bruma de las nieblas invernales sobre las aguas límpidas de un lago.

1914.

Lucían en tu espalda por entero tus cabellos, de un negro tenebroso, que tenían el brillo esplendoroso y cortantes de láminas de acero. En el salón, hundido en las tinieblas, había tonalidades misteriosas, cual de aguas tranquilas y azulosas cubiertas por las brumas y las nieblas. Tu hermosa cabellera me atraía con la fascinación negra y sombría de los ignotos bosques seculares, y mis labios hundía en tus cabellos, y, loco de pasión, dejaba en ellos un enjambre de abejas osculares.

1914.

Poeta rui señor: en las difusas alegorías tuyas misteriosas, hay un aletear de mariposas y la atracción de estrofas inconclusas. Exquisito cantor: en las profusas bellezas exquisitas de tus glosas --como en un lecho de fragantes rosas-- se extenuan de amor las nueve musas. Tus versos tienen la atracción secreta de un quieto lago bajo un cielo en calma cuando entonas tu lenta salmodía, Porque tu estirpe de andaluz poeta rindió a las musas, que te dieron su alma, y tú diste tu alma a la Poesía.

Del templo del Amor tomó la ruta el poeta. Cantó versos adónicos. Como remate a capiteles jónicos puso música y versos por voluta. Todos tus versos tienen la impoluta blancura inmaculada del armiño, porque, inocente, cantas como un niño en tus estrofas la verdad absoluta. En plena aspiración de ser sincero escribiste sincero el cancionero, y es tu sinceridad tu baluarte. A la lectura fiel de tus canciones han sentido las almas emociones porque es tu alma el alma de tu Arte.

Miguel Nieto ha pintado, en un intenso amor por lo oriental, una cadencia. En su cuadro la Tórtola Valencia danza, febril, la danza del incienso. El cielo nocturnal, azul de Oriente, dosela su figura. Orientales perfumes la circundan, y sus chales resbalan de sus hombros lentamente. Extraña luz, como de mármol blanco entrevisto a través de una esmeralda, estiliza su rostro de judía. Y al movimiento, en celo, de su flanco se entreabren los pliegues de su falda en una irradiación de pedrería.

Rozando las ajorcas y los velos con caricias de mano femenina, una pantera arrastra por los suelos el moteado de su piel felina. Sus patas, sigilosas, se deslizan entre las piernas de la bailarina, y en inquietud sus ojos rivalizan con las miradas de la danzarina. La pantera es un símbolo viviente, como lo son también las dos panteras que pusiera Dulac, clarividente, bajo los pies de Circe; en un ambiente de sutiles encantos y quimeras bajo el nocturno cielo azul de Oriente.

Dulac y Miguel Nieto han presentido la vida de este símbolo, y han dado la tristeza febril de lo vivido a la quimera de lo que han pintado. (Mujeres y panteras son afines en la crueldad de sus inclinaciones...

Gustan de palpitantes corazones para la esplendidez de sus festines.) (Por eso, en las tragedias de la vida, a la caricia femenil vá unida la garra sanguinaria de la fiera; y estar entre los brazos de la amada, es cual sentir la carne desgarrada por la zarpa brutal de una pantera.)

La vida femenil de sus pinturas es tan real, que llega hasta inquietarme, pues me hace presentir que las figuras van a salir del lienzo para hablarme. En el estudio, lleno de tristeza, la mujer y la fiera son tan bellas, que parece tangible su belleza cual si la vida palpitase en ellas. Y a las primeras horas vespertinas, cuando solas están mujer y fiera, los ojos del felino tienen quedas y lánguidas miradas femeninas, y la mujer se mueve entre sus sedas con felina arrogancia de pantera.

Estoy en pleno monte. Recluído en un camaranchón llamado escuela, siento sobre mi alma la secuela de la dolencia del que está aburrido. En pleno monte. Flota en el ambiente la gris opacidad de una neblina, que a los rayos del sol se difumina y se rasga en girones lentamente. Derrama el sol su oro por los ampos, en un derroche de alegrías gualdas, irisando el techar del caserío; y fingen, en el verde de los campos, diamantes en monturas de esmeraldas las cristalinas gotas de rocío.

Llueve torrencialmente, y el chubasco es tan pródigo en agua que sepulta los caminos en lodo. El sol se oculta tras cortinas de nubes. De un peñasco, dando tumbos, despéñase un torrente: entre un choque ruidoso de guijarros y un murmullo de roce de chinarrros se desliza del río en la corriente. Vuelve a lucir el sol. La lluvia es fina como agujas de plata, en cuyos ojos ténues hilos de oro el sol enhebra; pero quiere bordar, en sus antojos, un capricho en el agua cristalina y las agujas y los hilos quiebra.

1919.

En la quietud calma de la hora el poeta relee sus poemas, y con sus ojos, que parecen gemas, los negros signos que escribió devora. De la lectura de sus versos goza besando aquellos que le mienten gozo, y ante los tristes con pesar solloza poniendo el alma toda en un sollozo. Una ténue sonrisa se dibuja en sus pálidos labios sensuales al murmurar sus rimas musicales; y ante las tristes y sentimentales su alma soñadora se arrebuja en un manto rosado de ideales.

1919.

(Traducción de Juan Moreas) Como un vencedor ávido de exterminio y de ensaño en mi frente ha plantado su bandera el hastío. En prados luminosos va a pacer el rebaño de ilusiones que han hecho en mi alma el vacío. Un castillo fingía perspectiva lejana: de rubíes y oro le forjé en mis ensueños; pero sus muros eran de arcilla... Una mañana se derrumbó el dorado castillo de mis sueños. El corazón, roído por un pesar muy hondo, se abandonó al miraje de una quimera loca; bebí, para curarme, de su copa sin fondo y su embriaguez me ha puesto amargor en la boca. Hundido en las tinieblas, muero calladamente. Es la vida espejismo de sueños y palabras, y su embriaguez me ha puesto amargor en la boca, vomitan el veneno por sus bocas macabras.

1919.

Filósofo, Poeta, que mirais las cosas tristes de este mundo, uno, muy profundo, con ojos de asceta, y otro, como rosas; los dos en mi vida pusísteis un mal: uno abrió una herida, otro abrió un rosal. Tus rosas, poeta, perfuman la vida, la hacen bella y fuerte, ¡toda juventud! y tú, cruel asceta, nos muestras la vida velando a la muerte junto a un ataúd. Tú, poeta, sueñas vagas sensaciones, que pasan risueñas como tus canciones con las que te adueñas de los corazones. Me dijiste, asceta, que es triste la vida, que amor es llorar, sé que no mentiste cuando lo dijiste; mas dime, poeta, ¿hay algo en la vida más dulce que amar? Yo

te odio, asceta, porque sé que sientes con sinceridad. Te amo, poeta, porque sé que mientes la realidad. Filósofo, Poeta, que mirais las cosas tristes de este mundo, uno, muy profundo, con ojos de asceta y otro, como rosas; los dos en mi vida pusísteis un mal: uno abrió una herida, otro abrió un rosal. Tu verdad, asceta, hizo de mi vida un inmenso crial; tu llanto, poeta, hizo de mi herida brotar un rosal.

1919.

Sonríe, poeta del dolor, sonríe; ya tu ensueño de amores ha triunfado en una luminosa apoteosis al pie del tabernáculo. Por los mismos dolores que sufriste, por lo que has de sufrir seca tu llanto, y a la pálida novia que a tí viene, sedienta de tu amor, abre los brazos. A tu puerta ha llegado sonriente, como una virgen rústica, temblando, a ahuyentar tus tristezas dolorosas con la caricia de sus dedos blancos. Cierra al dolor tu corazón, poeta; para las dichas guárdalo; ahuyenta los fantasmas de las penas que hoy sólo la alegría ha de ocuparlo. Deja la puerta de tu estancia abierta al paso del amor y obra el milagro de tu resurrección inesperada con la consolación de lo esperado. Ya la pálida novia que esperabas en busca de tus brazos ha llegado a enfriar los ardores de tu carne y a calentar las nieves de tu tálamo. El juego de sus dedos ha deshecho el trenzado de sedas del peinado y la luz moribunda de tu lámpara al soplo de su aliento se ha apagado. Sonríe, poeta del dolor, sonríe; la hora de los besos ha sonado...

El viejo Cristo de marfil que adorna las desnudas paredes de tu cuarto, aquél que obró el milagro de los peces y de los panes ácidos, que serenó el tumulto de los mares con la caricia de sus pies descalzos, y en su doctrina de piedad y amores perdonó a Magdalena sus pecados, Desde su cruz contempla vuestros cuerpos en un estrecho abrazo entrelazados, y con tristeza en sus pupilas cándidas y en sus ojos dos lágrimas temblando parece que te dice, entre suspiros, y de dolor sobre su cruz llorando: --«Como yo, tú también agonizaste sobre la cruz de tu dolor clavado, y las zarzas de todos los dolores tus sienes y tu frente desgarraron: has sufrido la mofa y el desprecio, y has sentido en tu rostro el salivazo del legionario que salió a tu encuentro cuando llevabas el madero al hombro camino del Calvario. Tú también has sentido de la lanza el golpe en el costado y has muerto, como yo, cantando amores y a todos perdonando. Toda tu vida ha sido un ansia eterna --moribundo y en cruz puestas las manos-- esperando el amor de los amores para abarcarlo con tus brazos cárdenos. Ya la pálida novia que aguardabas, en busca de tus besos ha llegado. Por los tristes dolores que sufriste, por los que has de sufrir, seca tu llanto, y a la pálida novia que a tí viene, sedienta de tu amor, abre los brazos. Sonríe, poeta del dolor, sonríe: la hora de los besos ha sonado.»

1919.

La vida es un dolor. Es algo incierto, lleno de brumas y de ensoñaciones que nos hacen temblar. Sepulcro abierto para enterrar en él las ilusiones. Es triste caravana en el desierto. Nos morimos de sed. Las desazones son inquietantes, como un cuerpo muerto destrozado por garras de leones. De la vida en el áspero camino yo he sido como humilde peregrino que hizo el amor de su ideal un rito; atravesó el desierto con mis penas, y he quemado mis pies en sus arenas en un ansia infinita de infinito.

1919.

Yo fuí también a tí, cuando soñaba mi deseo con curvas morbideces y mi joven pupila dilatada la visión de tus blancas desnudeces. En tu boca he bebido hasta las heces, el néctar que tu labio me brindaba, y de amor, en tus brazos, me embriagaba, en un ansia infinita de embriagueces. Bendita tú, entre todas las mujeres, porque colmas el ansia de placeres y el ansia de placer agujoneas. Porque tus blancos y afilados dientes el goce intensifican; porque mientes un platónico amor, ¡bendita seas!

Yo creí adivinar en tus antojos acicate a pasiones sexuales; mas moduló tu voz ternuras tales, que hasta llegué a creer en tus sonrojos. ¡Cómo fingias crisis pasionales, de hondo y sentido amor, en tus enojos...! ¡Si hasta fingieron lágrimas tus ojos, en sartales de perlas, a raudales...! Porque haces olvidar, con tus engaños, que el amor sólo brinda desengaños, y fingiendo el amor, el amor creas; por hacemos creer, con tus pudores, en la sinceridad de tus amores, ¡por hacernos creer, bendita seas!

Cuando estoy solo, sueño en la blancura de tu piel y en el negro de tu pelo, y enardecido de pasión, me encelo por la sensualidad de tu cintura Entre las sombras del pesar me pierdo. Mi deseo recuerda tu hermosura, y aumento intensamente mi amargura con el opio sutil de su recuerdo. Porque finges un férvido entusiasmo durante la epilepsia de tu espasmo; porque al hacerte desear, desear; porque vibran caricias redentoras en tus humildes manos pecadoras, ¡bendita seas, mujer! ¡Bendita seas!

1919.

Me has herido a traición. En emboscada miserable y ruín me has acechado, y en pleno corazón me has asestado sin compasión, amor, tu puñalada. No te guardo rencor. Mi amor sincero es tan intenso que me llena el pecho. Me ha herido tu traición, como un acero... Yo te perdono el daño que me has hecho. ¡A qué, guardar rencor, si todo ha sido tan sólo un sueño que alegró mi vida... un bálsamo fugaz sobre una herida...! ¡A qué, llorar una esperanza muerta, si todo ha de caer en el olvido, aunque la herida permanezca abierta!

1920.

Caviteño. Médico de nota en Manila. Ejerce el profesorado.

El turbión, formidable ya no ruge; ya amainaron las hórridas ventascas; y en la manigua trágica y bravía ya no vibra el tronido de las balas... Ha pasado la noche dolorosa, nuestra noche fatídica y amarga... Auras de paz retozan en la tierra y platean el cielo nuevas albas... En las yermas campiñas y en las selvas con la sangre del pueblo bautizadas, lanza el toque de diana la corneta y resucita la moderna Esparta... Sobre el montón de ruinas y cadáveres que queda del naufragio de la patria; del sepulcro en que duermen tantos mártires ¡emerge, oh juventud! ¡rúgete y anda... ¡Emerge, oh juventud! ya entre el celaje ríe la nueva aurora sospirada, que ayer empurpuraron con su sangre los genios salvadores de tu raza... En la cumbre gloriosa del Calvario, como un astro radiante, aún fulge el ara, no logró el huracán con sus embates derribar de ella a la deidad preclara... Baja sin miedo con la frente erguida a la candente arena, en que se entablan las luchas de la heroica inteligencia, y ante el bravo adversario avanza, avanza... ¡Oh, no temas caer ante el coloso con el pecho horadado con las balas! Tiene tu alma la fuerza de esos árboles que, al caer, estremecen las montañas... Compra tu libertad y tus derechos con los propios esfuerzos de tu alma, que la presente edad sólo nos lega una herencia de penas y desgracias... ¡Triunfarás, juventud! con tu heroísmo que no teme el peligro ni las balas... Tú eres como el limbás 40 de nuestros montes que al estallar el rayo, ¡vuela y canta!

Nota 40 : (Limbás) Ave de rapiña, pequeña, de vuelo imperios.

Tú eres como esas águilas altivas, que más se elevan en las nubes altas cuando roza sus plumas el relámpago y estallan en su frente las borrascas. El choque engendra luz; por eso libras contiendas con la pluma o con la espada; brota el rayo del choque de dos nubes y al golpe del martillo el fuego salta... Cuando rodeada de banderas rojas sucumbas en tu propia barricada, nuestro ideal no morirá contigo; ¡el cuerpo se desploma, nunca el alma! ¡Venga el golpe hacia ti! Espera firme y sitúate siempre a la vanguardia... Procura no caer en la refriega sin coronar la cumbre suspirada. Si otra víctima exige el

holocausto escala con la cruz la cima sàcra, que imitando a Isaac y a Jesucristo salvarás en tu Gólgota a la patria. Te miro triunfadora como Marte hundir al despotismo con la espada, galopar sobre un rayo de la aurora, y ascender hasta el cielo de la Fama; y, mientras sueña el alma con victorias, predica el evangelio de tu raza que nos enseña a estrangular tiranos y a retar al Destino cara a cara... ¡Tú vencerás! Tú no eres carne fofa, carne que se aniquila en las borrascas... Tú no llevas encima de la frente el Inri denigrante de los parias... Adora ese evangelio que te obliga a defender tus fueros con la espada, como te obliga a levantar un trono el inri denigrante de los parias... Templa tu alma en el yunque del martirio; en el martirio se sublima el alma que batalla en el campo del trabajo y trabaja en el campo de batalla...

¡Trabaja!--nuestra época es de luchas-- y cumple la misión a tí confiada, de edificar sobre el montón de escombros el majestuosa trono de la patria...! ¡Que te quepa la gloria inmarcesible de coronar su frente inmaculada...! Así, al brillar el sol del nuevo día, y al ondear la enseña soberana, podrás cantar ante la tumba ignota de los caídos en la noche aciaga: «--¡Dormid en paz, oh mártires anónimos, inolvidables hijos de mi raza! Yo coroné vuestra obra con el éxito». Y después exclamar ante la patria: «--¡Salve a ti, encantadora Filipinas, yo te saludo, madre idolatrada! ¡Ya eres feliz, gloriosa y redimida! ¡Reina sobre la tierra libertada...!»

Lucho, aunque el fardo del pesar me abrume, y bajo a la palestra sin recelos... ¡Triunfaré al fin! No soy cual ave implume incapaz de elevarse hasta los cielos... Me denuesta la envidia... ¡No me importa! Yo prosigo impasible la jornada, ¡el vuelo del condor jamás se acorta al silbo del reptil de la hondonada! No mendigo un aplauso lisonjero, ni algún laurel para calmar mi angustia. El aplauso es un ruido pasajero, y el laurel, verde rama que se mustia. Para alegrarme en la hórrida cruzada que libro, redimiendo mi inocencia, me basta con mirar la cumbre ansiada y contemplar sin manchas mi conciencia. Sin armas entré en lid mi adversario, y afrontó con valor el rudo embate. La pluma puede el púgil literario convertirla en espacia de combate... ¡Nunca fuí estoico!--El gladio yo he blandido, siendo infante en el trágico espoliario. La fuerza me arrolló, sentíme herido, pero seguí a la patria hasta el Calvario. En pró del bien no rehuyó el holocausto, ni desertó del culto al patriotismo. Yo amo tanto a mi patria--pueblo infausto-- que la erijo en altar mi pecho mismo. ¡No soy vil...! Yo odio la careta fea con que oculta su crimen el malvado. Que me disèque el corazón y vea si lo tengo corrupto o inmaculado. Mi alma, que el duelo despreciarlo sabe, no teme de la sátira las balas. ¡Bajo lluvia de plomo se irgue el ave porque cree en la fuerza de sus alas!

¡Héroe preclaro de la patria mía... resurge del abismo del olvido...! Ya te llama el clarín del nuevo día, pregonando tu nombre esclarecido... En la epopeya de la patria esclava, fuíste fuerza motriz, luz refulgente, formidable turbión, tempestad brava, que hízonos respirar el libre ambiente. Cuando pedía sangre nuestra aurora, y ayes de muerte hendían el espacio, armaste con tu idea salvadora el brazo vengador de Bonifacio... Cayó lluvia de sangre en nuestra tierra, flameó la sandata 41 en el bosque, y arrojaste a la hoguera de la guerra el inicuo pendón del coloniaje...

Nota 41 : Especie de Kries , o machete de hoja ondulada.

Tú enseñaste a jurar al insurgente, las banderas del bien y del decoro, y a odiar con el encono más ardiente la cadena del siervo, aunque de oro. Nos enseñabas a atajar las balas, y a conseguir el triunfo en las derrotas, al corazón cobarde diste alas, llenando las trincheras de patriotas. Luchando te mató bala asesina, y, al caer, no lograron los tiranos, arrancarte la enseña filipina de las sangrientas y crispadas manos.

Bajo tu dirección, la masa estoica se redimió con el esfuerzo suyo; si Bonifacio y su legión heroica triunfo obtuvieron, ¡fué ese triunfo tuyo! La grana de tu sangre redentora, en que la fuerza y el valor se

adunan, cual rubí del volcán, tiñó la aurora del gran Pentecostés del Katipunán . Si te hirió un proyectil, a tu caída, rayó el alba entre negras tempestades; ¡cada gota de sangre de tu herida fué semilla de nuestras libertades! Con tus lanzas tomaste nuestras villas, venciste al César con su plan de engaños; hizo tu talibóng 42 su trono, astillas, ¡Rompió su cetro de trescientos años!

Nota 42 : Arma blanca, parecida al machete cubano.

Nos salvó tu estrategia. ¡Cuántas muertes evitaron por tí nuestras legiones! Débiles fuímos, nos hiciste fuertes, y combatimos como bravos leones... ¿Como olvidarte en el camino incierto si tu ejemplo fulgura en la conciencia? ¿Si en batalla campal caíste muerto por conquistar la patria independencia? ¡Surge triunfal! No son tus glorias pocas: que el pueblo audaz que estranguló tiranos, ¡te ensalzará con su millón de bocas! ¡te aplaudirá con su millón de manos!

Para alcanzar el pueblo el triunfo suyo, le hace falta un espíritu indomable, ¡un corazón entero como el tuyo, y una fé, cual la tuya, inquebrantable! En el libro del mérito no has muerto. Tu timbre ostenta victoriosa palma. ¡Quién muere por la patria en campo abierto tiene un altar de gloria en nuestra alma!

A CERVANTES

(PREMIADA CON LA FLOR NATURAL EN LOS JUEGOS FLORALES ESPAÑOLES DE MANILA, MAYO, 1905, CONMEMORATIVOS DEL III CENTENARIO DE LA PUBLICACIÓN DEL «QUIJOTE»).

¡Pasmo de todos es la obra gigante que perpetúa tu fulgente gloria! ¡Me parece gran mole de diamante alzada en monumento a tu memoria! Goza vida inmortal en las edades el libro bello que tu fama afianza. En todas las humanas sociedades sueña Quijote y ríe Sancho Panza... En tu pluma de oro educadora resplandece, con gracia y galanura, el rico idioma hispano, que atesora iras, amores, música y ternura. Prodigio de tu ínclito talento fué el libro que logró inmortalizarte; con él alzas a España un monumento y un monumento a España erige el Arte... Tu proeza ilumina ¡oh Sol preclaro! el siglo que tu mérito abrillanta. Eres genio del mundo, eterno faro; y encarnación de Dios es tu obra santa. Tu sátira donosa fué la fusta con que abatiste el vil positivismo. Retrata enteramente tu obra augusta a esa edad de prosáico realismo. Desde tu huesa, que el ciprés corona, oye la sinfonía de mi lira; es la canción que a tu memoria entona el bardo filipino que te admira... Para esculpir tu nombre giganteo, para encumbrar tu gloria soberana, arrancaré la lira de Tirteo y el estro portentoso de Quintana. Al mundo literario que te aclama le enalteces ¡oh clásico ironista! y a España le has legado con tu fama tu corona de insigne novelista. Mientras se nutra el pecho de ilusiones, de esperanzas y fé que el alma anhela, y elaboren amor los corazones, triunfará el ideal de tu novela. Vive aún Sancho con vida depravada y el pundonor con su ambición se junta; ¡no está la sociedad regenerada, y la aurora social aún no despunta! ¿Quien no se dignifica en ser Quijote ante la corrupción y la innobleza, para vivir sin denigrante mote coronado con nimbo de grandeza? ¡Buen Quijote, salud! No eres vencido; ¡rúete hasta las nubes arrogante! Vas como el Nazareno escarnecido, ¡pero serás después un dios triunfante! Tu apostolado, en méritos fecundo, conquistará la admiración humana. Más que buscar, como Colón, un mundo. ¡Tú formarás el mundo de mañana! El bien social, tu sueño soberano, no impera aún sobre la tierra mía. ¡No siempre el Sol amaneció temprano, pero siempre fulgura el nuevo día! La crítica social tu libro entraña, ideal de sociólogos profundos. ¡Cervantes, loor a ti, gloria a España, la que fué soberana de dos mundos...! Santa es tu obra y exige sacrificios, padeciste por ella mil dolores; ¡salvar a las naciones de sus vicios es misión de los grandes redentores! ¡Grande es Moisés, guiando al patrio suelo al pueblo de Israel que se redime! ¡Más grande emerges tú, en el noble anhelo de crear humildad justa y sublime! ¡No! No esa humanidad tan corrompida que pisotea la honra y el decoro; ¡e hipoteca el amor y hasta la vida por la ruindad, el cálculo y el oro! ¡Loor al que salva al pueblo

corrompido del mal que le esclaviza y le pervierte! Por rescatar al mundo envilecido Cristo aceptó la cruz hasta la muerte. Los Sanchos se aniquilan con presteza; muere esa raza mísera y raquítica; ¡Ya expira la maldad con la innobleza ensartada en el hierro de tu crítica...!

Los fervientes apóstoles del día sobrellevan aún tu cruz sagrada! ¡Aún van cruzando la siniestra vía; aún distan de la meta suspirada!

Heraldo de la raza. En turquesa latina ha modelado España el alma filipina con rosas de su carne y oro de su pendón. Por eso, aunque nos vieres malayos por la cara y morena la frente que el indio sol tostara somos siempre españoles en alma y corazón. El pacto hispano-indígena de tres siglos de amores no fué vana quimera de los conquistadores, ¡con sangre rubricáronle Legazpi y Solimán! Subsistirá ese pacto, que alienta ideales de secular cariño y lazos fraternales, porque lo anhela el pueblo con perdurable afán. De España es el espíritu de mi nación querida, es rosa de su carne, pedazo de su vida, y es de ella el mismo rayo de nuestro ardiente sol. Corren por nuestra sangre glóbulos españoles y hasta el sagrado loto nimbado de arreboles se fecundó en las islas con polen español. Dí a la matrona ibérica, a la gloriosa anciana, la que empuñó el gran cetro del mundo, soberana, que la ama Filipinas con hondo amor filial; y al cobijarla un tiempo bajo su enseña de oro, legándole su ciencia y su idioma sonoro, cumplió ella su sagrada misión providencial. La cruz del misionero salvó el malayo suelo, y señaló la ruta que nos conduce al cielo sembrando en nuestras almas cien rosas de virtud, y el hierro de Legazpi defendió nuestras tierras de las piraguas moras en fraticidas guerras librando nuestra estirpe de horrible esclavitud. Tú traes, sacerdote ungido por la Fama, el copón milagroso que guarda sacra llama a este florón de Iberia del oriental vergel. Comulgue nuestra alma, hincada la rodilla, ante el altar del Arte, la hostia de Castilla, jurando amor a España, ser a ella siempre fiel. Somos floridas ramas del roble milenario: conserve nuestra raza el poder legendario, que trasmitióle España, de su progenie audaz. Los lazos que nos unen a ella en la ventura, de religión, de sangre, de idéntica cultura, son vínculos eternos ¡no se rompen jamás! No morirá en mi tierra su lengua encantadora y tras la niebla plúmbea que oculta roja aurora teñida en sangre y lágrimas, en fiera tempestad, la patria independiente, ciñendo hermosa aureola, en español sonoro como bramido de ola entonará su himno a nuestra libertad.

Octubre, 1915.

Bisayo. Vive consagrado a la política. Estampó en Manila (1913), una colección de poesías: Horas de luz .

Mira: yo sufro, y yo lloro, pues bien puede suceder que no llegues a entender lo mucho que yo te adoro. Si tu corazón de oro el Sol de mi amor no advierte, déjame que lo despierte de su letargo profundo, para que viva en el mundo junto al mío hasta la muerte.

1913.

Hermosa patria mía, amor de mis amores, ¿Sabes porqué mi acento hoy se dirige a tí, y porqué el más indigno entre tus trovadores gozoso te contempla con loco frenesí? Es porque se anonada la ardiente fantasía ante el recuerdo santo del poema de tu ayer; es porque sueño verte alta la frente un día, señora del Oriente, reuniendo por doquier. Entonces tu alma enseña envolverá tu suelo, tus plácidos hogares con ella se ornarán, de oro, de azul y grana se teñirá tu cielo, y oro y azul y grana tus campos mostrarán. Tus ínclitos donceles, tus vírgenes amadas celebrarán ansiosos tu página inmortal; y temblarán tus montes, rosales, y cascadas a los melífluos sonos de tu himno nacional. Desde su trono el mundo levantará su frente para entonar un himno, un himno en tu loor ¡Gloria para la patria ya libre e independiente que luce a

cuatro vientos la enseña tricolor! Un amor acendrado ¡oh patria! por ti siento. Tuyos son mis laureles; es tuya mi ilusión. ¡Libre desea verte el claro entendimiento! ¡Libre desea verte el noble corazón!

1913.

Poeta nuevo. Ha escrito poco. Colabora en «La Defensa», diario católico de Manila. Muestra la gentileza de cantar en sus primeros versos a la patria de la colonización.

ESPAÑA HEROICA La gloria de los grandes batallones, que a la tierra asombró con sus grandezas, resplandece de nuevo en las proezas africanas de sus ínclitos leones; Aún respiran los viejos corazones que arrullaron al mundo en sus ternezas, y ante quienes bajaron las cabezas el orgullo de cien Napoleones; Aquella intrepidez en el combate aún existe y vigorosa late en el alma inmortal de su soldado; ¡La patria, vencedora de cien lides, abre de nuevo el libro del pasado, donde vagan las sombras de los Cides!

ESPAÑA CATÓLICA Esa nación grandiosa que, a porfía, conquista mandos con ardor valiente, también ensalza con fervor creyente, las sublimes grandezas de María. De fervorosa y mística alegría, se ilumina su rostro de repente, y se postra de hinojos, reverente, cuando pasa la virgen por su vida. Y es que en esa nación de maravilla, la lumbre de la fé constante brilla, y hasta en la sangre de sus venas late; ¡Por eso entre el fragor de la metralla, a sus hombres veréis en la batalla, que se persignan antes del combate!

ESPAÑA LITERARIA Esa España ferviente y valerosa, que confunde la Cruz con la Bandera, también adora a la inmortal Quimera que forma su ilusión maravillosa; Y respira el perfume de la Rosa de su Poesía, la creación entera; la humanidad, estática venera las obras de esa patria esplendorosa; El Rosal de su ilusión florece, el mundo, con su triunfo, se estremece y el horizonte de su amor se ensancha; y vivirá su gloria eternamente, mientras haya ideas en la frente, mientras viva QUIJOTE DE LA MANCHA.

Zaragoza Cano (Flavio)

Bisayo, de Ilo-Ilo, donde dirige «El Heraldo».

Bajando por la impávida eminencia, desde incógnitas fuentes, rueda la gota de agua. En la confluencia donde se unen arroyos y torrentes, --con su ritmo triunfal de excelsas notas o de ondas desatadas-- se entremezclan mil gotas con mil gotas hasta formar ciclópeas cascadas... Y a la manera del salto audaz--desde la roca al llano-- con que muestra su esfuerzo la pantera, salta el río también al oceano con terco empuje; mientras en cada gota de agua ruje la génesis de ignotas tempestades, la mar y el río, en colosal connubio, fecundan en las vastas soledades la nube anunciadora del diluvio. La nube retadora pronta a caer en lluvias torrenciales, se alzaré de la mar que se evapora, subiendo a los espacios siderales; y cuando el viento azote con su tralla el firmamento, la densa nube la región ignota cubrirá de los vastos horizontes, para bajar de nuevo, gota a gota, sobre la cumbre de los altos montes. Gota de agua es el vate: con su verbo profético y sombrío piérdese de la vida en el combate, cual árbol seco que arrastrara el río; su idea es torrente que brota de la cumbre de su frente y derramando la cascada roja de sus magnas virtudes, como el río, también salta y se arroja al mar de las dormidas multitudes. En raudo vuelo cruza de los espíritus el cielo, «donde Dios reina y do la fé no mata,» formando con las nubes de su idea y sus cerebraciones, la tempestad social que se desata, que fecunda y procrea el árbol-Libertad de las naciones! Y cuando baje la idea desprendida del celaje, volverá a fulgurar sobre otras frentes, para trocarse en frescos manantiales de futuros torrentes que llenarán el mar con sus caudales: correrá como

inmensa catarata propulsora de ineptas voluntades, en cuyo albo remanso se retrata el vago porvenir de las edades...

A JOSÉ HERNÁNDEZ GAVIRA Joven bardo que encerró poesía en pagodas de marfil y de plata: temple el sistro de celeste armonía y tus sáficos cantares desata... Suelta al trote tus gallardos bridones y que escalen la altitud tus corceles, al concierto de modernas canciones, bajo un arco de floridos laureles. Verterás la dulce eurytmia del verso en prestigio de los lares nativos, cual aroma de grandeza, en el terso y aureo yelmo de patriotas altivos... Tu canción sea de triunfos y amores ante el alma nacional que te escucha: blancos ritmos a doncellas y flores, bravos toques a adalides en lucha...!

Granadino. Comenzó a escribir en «Madrid Cómico». Residió en Filipinas (donde casó), más de veinte años, publicando allí sus libros Bajo el cielo de Manila (1908), Palomicas de mi palomar (1915) y Cadena de amor (1918). Últimamente residía en su ciudad natal.

Pendiente sobre un seno que palpita callada exhalas de tu olor la huella. No hay otra flor que te aventaje a bella ¡Por algo te pusieron sampaguita! Igual que una esperanza de bonita, eres flor y pareces una estrella; y no hay mejor adorno de doncella, ni perfume más fino necesita. Bella mujer, que la belleza igualas del «rosario» que lleno de ufanía luce en sus cuentos tan fragantes galas: Un rosario de flores bien querría. Si el que llevas al cuello me regalas ¡te prometo rezarlo cada día!

Cuando llegue la noche del olvido nadie tendrá noción de lo pasado, y al encontrarlo todo transformado alguien creará que nada se ha perdido. De Urdaneta y Legazpi el apellido será, acaso, de todos olvidado, y de mi patria el nombre venerado ni evocado será, ni enaltecido. Acaso alguien recuerde, como en sueños, un pasado de encantos más risueños, que en su eterna canción digan las olas; pero aun cuando en placer se trueque el llanto ¡No tendrán ya estas islas el encanto de las dulces mestizas españolas! ¡La mestiza española...! La que auna la sangre de dos razas, la admiraba de Norte a Sur; la ninfa elaborada por los rayos de plata de la luna; la mujer amorosa cual ninguna, del malayo pensil flor delicada, no volverá a lucir, ni la templada brisa de Oriente arrullará su cuna. No más la languidez de su semblante, ni su busto arrogante, en sus espejos copiarán los ríos; Ni la verán ciñendo su alba frente de sampagas, al brillo refulgente de sus ojos oscuros y sombríos. Bella mujer, que en los felices días, como la flor que aroma los vergeles, endulzabas la vida con las mieles de tus eternas y mansas alegrías; Dieron solaz las dulces melodías de tu garganta a los proscriptos fieles, y gozó la fragancia de claveles que de tu dulce cuerpo despedías. Acaso tu recuerdo pronto muera; pero tu tumba de mi patria amada seguirá cobijando la bandera, mientras luzca en lugar tranquilo y quieto, a merced de los vientos desplegada, la leyenda triunfal de mi soneto.

Montañés, de Cabuérniga, donde nació en 1864. Licenciado en Derecho y Filosofía y Letras. Residió en Manila muchos años, ejerciendo la abogacía. Fué catedrático de Derecho Penal en la Universidad de Santo Tomás. Ocupó altos cargos administrativos. Colaboró en los principales periódicos de Manila, singularmente en el «Diario». Regresó de allá hacia 1898. Vive ahora en Alcalá de Henares.

" El Señor me poseyó desde el principio" (PROV. VIII, 23). Dame canoras aves la armonía que en cascada sonora surge del fondo de la selva umbría, cuando el naciente día fresco rocío en las campiñas llora. Dame, arroyuelo cristalino y manso, el suave murmurar de tu corriente, de espuma matizada en el remanso. Préstame inquieto mar tu voz potente, vosotras auras el susurro ledo que vibra en los cristales de la fuente. La fe su inspiración hija del cielo; las cuerdas del laud su melodía, la cristiana oración su grato anhelo y sus cantos la hermosa poesía que busca a Dios, cuando remonta el vuelo. Fanales suspendidos en la altura, alborada magnífica de Mayo rival eterna de la noche oscura, préstame de tu luz

vívido rayo. Envuelta en densa bruma no sabe a donde va la mente inquieta; dale tu luz al alma del poeta, tus tintas a su pluma. Cantar quiero a María Inmaculada, aquel primer momento en que al surgir de la impalpable nada, tuvo lugar el sin igual portento. Del pasado primero el vaho aleve, no empañó un solo instante su pureza semejante a la nieve que del Alpe se posa en la cabeza. ¡Mirad! Allá en su frente, la alborada riente de sus tintas los haces amontona, ciñéndola esplendente y sin rival magnífica corona. ¡Ved!... a sus bellos ojos asoma el rosicler de la mañana y son sus labios rojos envidia de la grana. Las clavellinas que de ingente roca nacen en la hendidura, envidian los perfumes de su boca, y el marfil de sus dientes la blancura. De su albo cuello en el contorno vago algo incorpóreo, inmaterial se extiende... ¡Es el cisne del lago! ¡Es la paloma que el espacio hiende! Es María, la cándida doncella, orgullo de Sión, la que escogida fué del Señor para encarnar en ella, La que de Sol vestida con sus divinos pies los astros huella. La matrona valiente que de la astuta y pérfida serpiente quebrantó la cabeza con su planta, es la Madre de un Dios omnipotente a quien absorto el Universo canta. Es María, la egida y el amparo del que en la tierra infortunado llora; y es en el mar el encendido faro en medio de tormenta aterradora. La que invoca el marino en sus azares, cuando el azote de huracán violento, las olas de los mares, amenazan trepar al firmamento. Entonces ¡ay! es ella quien al revuelto mar dice:--¡Detente! la que apaga el rumor del oleaje y hace que el Sol magnífico, esplendente, rompa del nubarrón el denso encaje. Es ella, quien a raya pone al viento y amansa sus rigores; aliento del que mísero desmaya y quien conduce a la distante playa las barcas de los pobres pescadores. Con labio balbuciente y vivo anhelo «¡Dios te salve, María!» en la cuna te dice el pequeñuelo: salúdate el anciano que harto ya de luchar con el destino, apoyo busca en tu segura mano. ¿Mas que mucho, Señora, que el hombre de quien eres bienhechora su gratitud te ofrezca y, sus amores...? también del Sol los mágicos fulgores te rinden homenaje y te saluda el mar con sus rumores, con su aroma las flores, las aves con su canto en el follaje. La Creación entera a ti rendida himnos en tu loor, creyente, lanza, que eres, al par que aliento de su vida, el puerto en lo inmortal de su esperanza. ¡Dios te salve, María! lirio de Nazaret, blanca azucena, bendito imán de la esperanza mía! Escucha la plegaria del poeta que a cantar se atrevió tu gran Misterio, que antes cantara el arpa del profeta, del ángel el salterio... Mas disculpa, Señora, mi osadía si me atreví a llegar a tu grandeza. ¡Qué madre no perdona una flaqueza...! ¡Perdona, Madre mía!

Hijo de españoles, nació en la Habana el 6 de Marzo de 1874. Fué niño a Filipinas, cursando el bachillerato en el Instituto de San Juan de Letrán, de los PP. dominicos, Hizo allí sus primeras armas literarias. Colaboró luego en periódicos españoles del país. Regresó a España al emanciparse el Archipiélago. Es ahora, en Barcelona, Director de la Cárcel de mujeres.

¡Del mundano vivir, cuanto me aterra compartir la dorada falsedad! ¡Cómo me ahoga el lodo de la tierra! ¡Cómo mancha su negra suciedad! Condor, dame tus alas: necesito volar cómo tu vuelas, ¡oh cóndor! Tengo sed de beberme el infinito en un vuelo sin fin, libertador. ¡Mas ay! ¿a qué volar? El alma impura cautiva del dolor tiene que ser. Condor, ¿a que volar hacia la altura, si al lodo de la tierra he de volver...?

¡Qué terrible dolor es este mío: hoy como ayer, mañana como hoy! Como revuelto y caudaloso río de mi destino al fin marchando voy. Calma te pido, padecer constante; calma te pido, inhóspito sufrir: como el héroe al marchar hacia adelante quiero cara al peligro sucumbír. A la muerte no temo: ¿qué es la muerte sino el almo principio de otra vida...? Queda frío en la tierra el cuerpo inerte y vuela el alma que en el cuerpo anida. Vuela el alma a los cielos y en la altura es encendida chispa, es un fulgor, y cuando brilla, desprendida y pura, va a postrarse a las plantas del Señor. Y desde entonces queda convertida en un astro que miran los humanos; una dorada estrella suspendida del cristalino espacio en los arcanos.

Estrellas rutilantes que contemplo de azul y luminoso palpar; ¡luminaria magnífica de un Templo sin rito, sin imágenes ni altar! ¡Luceros de radiar inextinguible! ¡soles que apenas los humanos ven; almas, felices almas! ¿es posible que llegue a ser estrella yo también...?

1921.

¿Sabéis lo que es el río al parecer inerte, cuyas dormidas aguas espejan lozanías? Es el titán pacífico en cuyo seno duerme un nunca sospechado tesoro de energías. ¿Sabéis dónde ha nacido la plácida corriente? Brotaron de las rocas sus gotas de cristal y cáliz son las rocas en el que lentamente cayendo van las lágrimas de un llanto universal. La escarcha se desprende cual lágrimas de frío; lloran de la neblina los impalpables lutos; son lágrimas del alba las gotas de rocío y los arbustos lloran las mieles de sus frutos. El mar llora sus perlas; las nubes sus fluídos; llora la tierra gemas de ardiente claridad, y llora el firmamento luceros desprendidos, y llora entre sus risas también la humanidad. ¡Benditas sean las lágrimas! Cayendo persistentes en río se convierten tras lenta filtración, y en ese río santo, ocúltanse latentes tesoros no apreciados de luz y redención.

1922.

Madrialeño. Vivió expatriado gran parte de su vida en América y Filipinas. Aquí fué redactor de «El Comercio» y «El Diario de Manila», donde publicaba versos a diario bajo el pseudónimo Peldaño . En Manila editó (1897) su libro Poemas relámpagos . En Madrid estampó (1898) otro con el título de Baraja de sonetos , porque contenía cuarenta. Colaboró también en la Prensa de la corte, singularmente en la ilustrada. Falleció en Buenos Aires en 1914.

En la hora sombría de la noche nace al mundo del vientre del Misterio. Entre la Edad y el Siglo lo engendraron en un instante criminal de incesto: lo crean a traición; como un delito; como crea el reptil bajo del cieno. Y sin embargo es grande. Por alcoba tiene la inmensidad del firmamento y ve al nacer, como primer paisaje, de estrellas de oro empavesado el cielo. Las horas, con las gamas de los bronce a gloria tocan. Le saluda Enero con ósculo glacial. La Virgen Alba le da un beso de luz. Y entona el viento una marcha real en su homenaje; un preludio de honor, un himno imenso. En el Jordán de oro de la aurora le bautiza el rocío, y es su templo, el Cáos con su grandeza apocalíptica; mansión del super-Dios; altar etéreo. --¡Ya nace un año más!--dice Diana brindando con el Sol, copón ardiendo, que eleva con su mano triunfadora desde el Atrio de Oriente; estalla un beso que lo lanza el Amor... y la Alborada se envuelve entre sus túnicas de incendio, mientras el día nimba de colores el panorama azul. Sonríe Invierno. La humanidad imbecil con sus vítores saluda desde el mundo al año nuevo y la naturaleza inagotable le amamanta con savia de su seno. La Esperanza le mira con angustia; la Fuerza echa a reír; tiembla el Progreso; la Paz suspira; la Igualdad en tanto lanza una maldición; se oye el lamento que exhala la Honradez en las bohardillas; pugna el Trabajo por romper los hierros de su cadena vil; se ve en el lodo como un gusano revolcarse al Pueblo que tiene, harto de yugo y de miseria, fiebre de dinamita en el cerebro... y en su carrera de onzas, coronado con diadema imperial, llevando un cetro macizo de brillantes y rubíes, como un César o un Dios, pasa el Dinero.

El Filósofo piensa:--«¿Es algo? ¡Nada! ¿Qué es lo que significas, Año Nuevo, entre la Eternidad? ¡No eres ni el átomo que el aire mece! En el Reloj eterno vales mil veces menos que un segundo del horario del hombre. En lo pequeño no hay algo a lo que puedas compararte; un «algo» es colosal; ¡aun eres menos! La Juventud cavila: «¡Eres el triunfo de mi placer; apoteosis regio de la procreación, en tu holocausto flotarán nuevos seres de mi cuerpo... e iré unciendo tus días y tus horas con cadenas de flores y de besos!» Dice la Senectud: «¡Yo te saludo doblando hacia la tierra mi esqueleto; eres el peristilo de mi

cripta, eres mi enterrador, eres mi féretro! Noto que ya fermentan los gusanos bajo mi vestidura de pellejo; yo sé que has de tejarme con tus noches una mortaja negra: sólo ruego que me arranques del cráneo las ideas; ¡queman como rescoldo!» Y dice el Tiempo: «¡Un año más de la Barbarie humana! sigue la Edad de piedra; un cafre nuevo. Así guerrean los hombres. Los Caínes visten de magistrados y guerreros; santifican el Maüser y la Horca, hacen del Oceano un Coliseo, del campo del honor un spoliarium; matan y juran entre rezo y rezo y convierten la tierra creadora en palacios de buhos y de cuervos, los únicos amigos de las tumbas, los únicos amantes de los muertos; esas dos majestades de la noche que van en recepción al cementerio... Todo es convencional y todo rige: Conciencia, Patria, Aristocracia, Infierno, Justicia, Fuerza, Jerarquías, Leyes, Honor, Banderas, Religiones, Cetros, sólo la Inteligencia y el Cariño son los supervivientes de los tiempos; can ellos dos se escalarán las nubes; con ellos dos se invadirán los cielos. El Corazón y el Cráneo; dos grandezas que tutean a Dios; son dos fragmentos de su divino sér; el mundo en masa es pobre y vil para guardarlas dentro; para ellas dos, se necesita espacio: lo llenan todo; ¡inmensidad en pleno!» ...La luz del Primer día se encuentra en el Cenit; el Año Nuevo fecunda ya la tierra; baña el Orbe una ola vital; incuba Enero, las venas y las plantas. Continúa la floración eterna. Canta el viento. Se oye la carcajada de la Orgía, se sonríe el Amor. Palpita un beso, y entre flores, se yergue la mañana brindando con el sol, ¡copón ardiendo...!

En la bahía entró.--¡Le «embotellaron!»-- todos a voz en grito prorrumpieron Los enemigos yankees le siguieron y con potente escuadra le cercaron. De nuestras pobres naves se mofaron; su aciago fin unánimes previeron... Y pronto todos por seguro dieron el desastre español que presagiaron. ¿Cómo luchar con tan maldita estrella y hacer que la bandera se salvara? Sólo hubo un medio: el de morir con ella. Y antes que el enemigo lo pensara... ...¡rompió el pobre almirante «la botella...» ¡y se tiró los vidrios a la cara!!

Madrid, Mayo, 1898.

Extremeño--como Espronceda, con quien tuvo cierta afinidad espiritual --aunque recreado en Madrid. Un trasatlántico le volcó, en plena juventud, sobre Manila. Comenzó a versificar. Desde 1887 colaboró asiduamente en el diario «La Oceanía Española». Publicó un volumen, Leyendas filipinas . Le inspiró la musa ebria de Poe y Verlaine. Fué desdichadísimo, tormentosa su vida. Le acorralaron las acerbidades. Conoció la cárcel. «Descansó»,--que paz le fué la muerte--alrededor de los treinta años, Abril de 1890. Siete años después de muerto, sus admiradores, y los de Manuel Romero de Aquino, publicaron una selección de composiciones poéticas de ambos bajo el título «Homenaje a dos poetas».--Manila, 1897, con prólogo de Manuel María Rincón, ilustre periodista español de las islas.

Pobre bardo, hoy a tus pies vengo a ofrecer mis cantares. Rica perla de dos mares, si humilde la ofrenda es, tú ya ves que, inspirada en tu belleza y reflejando tu historia, tiene por timbre de gloria la sombra de tu grandeza. Años ha que mi navío, después de tender la lona y recorrer la ancha zona de la mar a su albedrío, cedió pío de mi afán al hondo anhelo. A tus playas se acercó y benigno me dejó, Manila, sobre tu suelo. Aunque de España alejado, nunca de la patria lejos, mirando en ti sus reflejos quedó mi afán consolado. ¡Sea loado Dios, que consiguió juntar, pedazos tan divididos, que siempre han de estar unidos aunque los separe el mar. ¡Allá la remota ola besa los lindes de España! ¡Aquí la mar besa y baña tierra también española! Arrebola sol de gloria el tierno abrazo y el alma se alegra al ver que jamás se ha de romper ese sacrosanto lazo. La imaginación inquieta, al contemplar tal unión, enciende la inspiración en la mente del poeta. Noble, reta al bardo, que acude al duelo y al herir la egregia lira copia, a la luz que le inspira, cantares que oyó en el cielo. ¡Cómo a la noche callada le place el verte ¡oh Manila! hermosa, alegre y tranquila cabe la mar reclinada...! Ver la agrada, cuando sube la marea la ola que al

llegar se ve, como por besar tu pie se deshace y forcejea. No le pareces sultana de belleza caprichosa: le pareces, más hermosa, antigua virgen cristiana... Soberana, al ver doblar tu cabeza sobre tu brazo a la noche, flor eres que cierra el broche para ocultar su belleza. ¡Como encierras y avasallas de tu pasado el blasón! ¡Bien lo dice el cinturón que te ciñen tus murallas! Derribarlas quieren, con feroz piqueta... ¡Arrancarte el blasón regio! ¡De tan torpe sacrilegio protesto como poeta! Al mirar la majestad de tu encastillado busto, se presiente algo de augusto que ha quedado de otra edad. La impiedad no quitará en sus conjuros y esfuerzos extraordinarios, la cruz de tus campanarios, ni la piedra de tus muros. ¡Salve, cristiana amazona que tras de tantos afanes dió el ilustre Magallanes de mi España a la corona! Si blasona tu pecho de real nobleza, rica perla de dos mares, no desdeñes los cantares con que ensalzo tu grandeza. Movido de anhelo santo, voy rebuscando en tu historia los anales de tu gloria, copiándolos en mi canto. De su encanto, que ninguna sombra empaña tendrá valor y nobleza, porque al cantar tu grandeza también canto la de España. Pobre bardo, hoy a tus pies vengo a ofrecer mis cantares. Rica perla de dos mares, si humilde mi ofrenda es, tú ya ves que con profunda emoción, de tu cariño al encanto, también, al par de mi canto, te ofrezco mi corazón.

Es hacer un soneto facil cosa que, en sabiendo rimar, hace cualquiera; por más que más de uno considera que es sobrenatural y milagrosa. De su facilidad dificultosa es el fondo la gracia verdadera, Siempre el fondo; la forma es la manera de dar al fondo una cubierta hermosa. El que sin fondo y forma hace un soneto, con que es cosa difícil no se escude, su ignorancia ocultar queriendo agreste. No lo frague si busca ser discreto, porque hará, si lo fragua, no lo dude, ¡un soneto tan malo como éste...!

Cruza del Rubicón al otro lado turba adiestrada de agoreras aves, y Céras, ambicioso, dice al verlas: --«¡Roma es la gloria!»--Y tras la gloria parte. ¡Qué importa que a su paso rasgue el pecho de la que fué su generosa madre! Decís que es un mal hijo... ¿a qué ser bueno, cuando es tan fácil el hacerse grande? Murió la libertad. Al solio augusto el tirano ascendió... ¡Vedle, arrogante, convertir de la patria el cuerpo hermoso en insepulto y colosal cadáver! Roma era noble, y como noble, altiva... Roma fué esclava, y como esclava, infame... ¡Y el mundo entero doblegó la frente ante el mal hijo que humilló a su madre! Por eso cuando leo las Historias, reyes, emperadores y magnates, se me figuran turba de bandidos cruel y sanguinario y miserable! Hijos felices de la odiosa espada, la tierra, a su capricho, se reparten... ¡Díoles vida la tierra! ¡Ellos, feroces, se alimentan del cuerpo de la madre!

(FRAGMENTO) Cede ¡oh Dios! cede en tu ira y mis desventuras mira con inmensa compasión. Derrama en mí tu luz pura, y libra de su amargura a mi triste corazón. Si el dolor con su agonía torna pura el alma mía ¡viva el dolor siempre en mí! ¡Y si es la herida honda y fiera, más y más y más me hiera, que quiero la muerte así! ¡Mas tanto sufrir no puedo! Algo en mí, que me da miedo, me es imposible arrancar... ¡Náufrago soy que, sin brío, en medio de un mar bravío, no logré al puerto arribar! Está el horizonte obscuro... El corazón inseguro siento, templando, latir; y el monstruo me empuja y roza y aunque cruel me destroza ¡me es imposible morir! ¡Terrible mar de la vida! Fiera sirte aborrecida, cuanto apacible falaz, ¿qué ley aquí nos encierra, que nos tiene siempre en guerra sin darnos nunca la paz? ¡Viene la ola! Sereno busco una tumba en su seno donde tranquilo dormir... En vano, que otra ola avanza fingiéndome una esperanza y obligándome a vivir. Y, sin este fin que ansío, ¿será mi destino impío luchar y siempre luchar? ¿Existiré eternamente combatiendo frente a frente con las olas de este mar? ¿Habrá más horrible infierno? ¡Deseando un sueño eterno eternamente existir! ¡Apiádate, Dios bendito, de este dolor infinito que tanto me hace sufrir! Y de mi llanto deshecho ten piedad: muerte y un lecho prepárame con amor. ¡Tras de este vivir amargo, dame un sueño largo, largo... muy largo y reparador...!

Fraile agustino, muchos años residente en Filipinas, donde estuvo prisionero cuando la revolución de 1896, concluída en 1898 con la emancipación de las islas. Es asturiano, de Pola de Labiana. Dirige ahora en Madrid la revista «España y América». Editó en Manila, 1901, el libro de versos Flores de un día , en el cual se han espigado los insertos a continuación.

¡Cantara yo la espléndida techumbre que tu suelo cobija y hermosea como un manto tejido de alma lumbre; ese sol que en tus cimas centellea y en los torrentes vívidos te inunda que su carro de luz relampaguea! Cantara yo tu tierra floribunda, donde en raudales inexhaustos mana. Primavera su plétora fecunda; esa vegetación rica y lozana que te baña en color y poesía como en rayos el sol a la mañana! ¡Cantara yo tu mar, tu mar bravía que, al romper en tus plantas sus cristales te arrulla con su bárbara armonía; Cantara, en fin, tus brisas matinales tus crepúsculos plácidos y hermosos, tus magníficas noches tropicales...! ¡Cuál entonces mis versos sonoros como el limpio cristal de una cascada fluyesen inspirados y armoniosos! Como entonces mi musa arrebatada, hasta donde tu cielo reverbera, desde allí como alondra enamorada, en divinas estrofas prorrumiera cantando de tus dones el tesoro con ritmos de perenne primavera! Pero los días son más bien de lloro, no de adularte ¡oh pueblo filipino! a los ecos de cántico sonoro. Mientras, tal desatado torbellino surque tu faz, el rayo de la guerra alfombrando de escombros su camino; mientras del llano a la escarpada sierra, el acero traidor rompa tu entraña y en sangre inunde tu bendita tierra: mientras no enfrenes esa impía saña que hoy ceba sus instintos destructores en tantos hijos de la madre España; mientras al Dios del Sinaí no implores que tienda un velo a tu reciente historia, nunca esperes ni aplausos ni loores. ¿Porqué engreírte con la vana gloria de ver a tu Metrópoli vencida ciñéndote el laurel de la victoria? Aquí España cayó como el suicida a quien del goce lúbrico el veneno poco a poco arrancando fué la vida. No surgió un sólo ánimo sereno, que al presentir tu arrollador embate se lanzase a morir honrado y bueno. ¡Sí; bien lo sabes tú! No hubo combate en que el león ibero haya lucido el bélico furor que en su alma late. Por viles redes de traición perdido, en tus manos cayó, como el cordero en los mercados públicos vendido. No fué el atleta histórico, el guerrero que cae en medio de la lid sangrienta herido al golpe de mortal acero. ¡Me estremece de horror la vil afrenta! Espurios hijos para quienes nada es todo el odio que en el mundo alienta, traición hicieron a mi patria amada, mancillando su honor, que aun esplendía con vivos resplandores de alborada. ¡Ah! si pudiese con la sangre mía borrar ese baldón de tu memoria... ¡Hasta la última gota vertería! ¡No! No brotó en los campos de la gloria el árbol de tu triste independencia: nació como un aborto de la historia, surgió como un hedor de pestilencia, como el miasma mefítico de un lago, como el mal de una pútrida conciencia. No espere nunca el lisonjero halago de inmachito laurel tu saña impía, nacida para el luto y el estrago. Ni sueñes que la gloria te sonría; que la revolución es el castigo que Dios a un pueblo delincuente envía.

La fiebre de odios que tu pecho agita ya es más que fiebre vértigo iracundo, cráter que horrores sin cesar vomita. ¿Porqué, porqué, escandalizando al mundo, se ensaña hasta en el mismo sacerdote tu rencor despiadado y furibundo? ¿No temes, dí, que el exterminio brote del seno impuro de nequicia tanta y con sus alas de huracán te azote?

No seas, no, como la débil hoja que arranca a su merced el cierzo frío que en Otoño los árboles despoja. Sé cual la narra 43 de tu bosque umbrío que, al ascender por el azul sereno, lanza al baguio valiente desafío. No desarraigues nunca de tu seno el árbol santo que hoy tu furia ataca, ni en tu ser inocules más veneno.

Nota 43 : Arbol leguminoso, maderable, muy empleado en la construcción de moblaje.

El pájaro que vuela de su nido, cuando aun el vuelo remontar no sabe, cae por sus propias alas oprimido. No sea símil de tu historia el ave. No, al sacudir tu cuello una coyunda, otra más dura y más senil lo grave.

Truene a lucir el templo sacrosanto, vuelve a adorar su redentor emblema ¡o reinen por doquier luto y espanto y flagele tu rostro al anatema!

Española. Sólo cultivó la poesía en Filipinas, colaborando para «El Mercantil» y otros periódicos de las islas, bajo el seudónimo de Casandra . Aparece muy hermosa en el retrato que tenemos a la vista. Murió, prematuramente, en 1917. Su madre, doña Angela Perejamo, reunió los materiales para la colección de poesías de Angelina, rotulada Siemprevivas , editada en 1920 por la Casa Maucci, de la cual se han entresacado las que siguen:

PARA MI HIJA ¡Manitas, las dulces manos de mi nena! Las manos mimosas, rosadas, sedeñas; las manos, divinas como dos camelias, que al acariciarme parece que besan. Manos adoradas, juguetonas, tiernas, como satinadas manos de muñeca; con la delicada pura transparencia que tienen las suaves hojas de gardenia... Manos adoradas, como dos inquietas diminutas brujas locas y traviesas, que lo mismo rompen todo lo que encuentran, que se unen pidiendo perdón, cuando pecan... ¡Que sean las dulces manos de mi nena, las que cierren mis ojos cuando yo me muera!

Son largos los días; las noches, eternas... ¡Qué largo es el tiempo, cuando nos ahogan en llanto las penas! Los celos, como áscuas, en mi alma penetran. ¡Son ascuas de fuego que todo lo arrasan, que nada respetan! Los celos traidores son ráfagas negras. ¡Son arma de majo que hierde en la sombra, donde no le vean! No quiero sentirlos, y me hacen su presa; me dominan, se enroscan en mi alma... ¡Soy su prisionera! Los celos son malos. ¡Ay del que los sienta...! Yo tengo la senda erizada de celos ¡La muerte me acecha!

Tras los cristales del jardín sombrío pasar he visto tu perfil romano, hundida en el landó, con tu mundano gesto de burla, de desdén y hastío. Reina en tu mundo, despreciaste el mío, y cuanto te ofrecí resultó en vano. ¡Poseedora del cetro cortesano, un hogar de virtud te causa frío! Pasa, pasa, mundana incorregible, que corres ciega tras el imposible placer que anhela tu alma pecadora... Yo he de verte, más tarde, envejecida, sollozar el recuerdo de tu vida sumida en tu vejez desoladora.

Has nacido en la huerta de Valencia hueles a naranjal y a limonero, y en tus ojos, de encanto zalamero, brilla como una estrella tu inocencia. Llena la Huerta tu gentil presencia y encantas con tu gracia al mundo entero, haciendo resbalar por el pandero tus dedos, que de nardos son la esencia. La Huerta con sus flores te engalana, y hay algo en tu belleza valenciana que encanta, y estremece, y enamora. Pareces de un sultán la favorita, y toda tu persona clama y grita que corre por tus venas sangre mora.

Hijo de catalanes, nació en Valladolid (1879), y muy niño le llevaron sus padres a Filipinas, donde ha morado alrededor de treinta años. Cursó el bachillerato en el Ateneo municipal de Manila. Allí nació su afición al arte literario, componiendo versos desde la adolescencia. Antes de cumplir los veinte años, fundó y dirigió en Manila «El soldado español», luego «La Unión Ibérica» y más tarde el diario «El Noticiero de Manila». Fundó después la revista «Cultura Filipina», y fué redactor jefe de «El Mercantil». Volviendo a España hace pocos años, se estableció en Barcelona, donde dirige ahora «La Veu de Catalunya».

En esas horas de inefable calma, cuando las nubes, al morir, colora el rojo sol, y estremecida el alma inquiere, meditando, soñadora, ese tenaz misterio de la vida que engendra de la duda roedora la imagen maldecida... ¡cuántas veces, del mar en la presencia, y escuchando su música salvaje, creía, entre el

rumor del oleaje, los gritos percibir de la conciencia! Cuando vencido el pensamiento gime y la razón ya vacilante calla; con ímpetu sublime, que no sé si condena o si redime, la idea en luces de color estalla. Con suave arrullo o con feroz empuje, como la lira acaso del poeta, el mar, o canta o ruje, y en su canción o en su rugido inquieta finge la mente del absorto vate recuerdos de un ayer que va pasando, de su lira en las cuerdas evocando los «gritos del combate». Casi olvidado de la humana escoria, de amor henchido el corazón ardiente y mintiendo los nimbos de la gloria en la marchita frente, del bardo las hermosas ilusiones inventan, en el mundo, el paraíso... ¡Fantásticas ficciones! Piadoso Dios, para humillarle, quiso que el mar, con estridente carcajada, hiciera resurgir en su memoria todo el recuerdo de la duda odiada, trasunto de su historia. Y después, con desprecio, en la augusta agonía de la tarde, se ríe el hombre de su orgullo necio que quiso hacer de indiferencia alarde, pues mientras vive, lucha, y es al cabo, César potente o miserable esclavo, lidiador en la vida, aun el cobarde. Siempre el mortal, en su inquietud batalla; y mártir o verdugo, vencido o vencedor, en la lid halla lauro esplendente o vergonzoso yugo. Mas no calma el infinito anhelo de la idea rebelde o redentora; si se apagan los astros en el cielo, la luz presente de la nueva aurora. Por eso, el alma mía, para llenar ese vacío horrible, a otras regiones ascender ansía... mas ¡ay! ¿será posible?

¿Porqué, cuando la noche perezosa envuelve la ciudad en el misterio, así me atrae la olvidada fosa, perdida en un rincón del cementerio? ¿Porqué voy a rezar sobre esa tumba donde duerme el pasado, si me deja hasta el insecto que en los aires zumba en el alma la cifra de una queja? Fué ayer cuando murió la pobre Rosa. ¡Fué ayer cuando murió! ¡la amaba tanto que busco siempre su olvidada fosa, perdida en un rincón del camposanto! Con rudo golpe mi contraria suerte me hirió, cuando en el cielo me creía; el dulce idilio interrumpió la muerte... ¡y nadie compartió la pena mía! Por su belleza y su bondad vencido, aún vive su recuerdo en mi memoria, mas mi ventura para siempre ha huído desde que el ángel retornó a la gloria. No lo puedo olvidar; amanecía y el sol, de luz en lágrimas deshecho, hasta la alcoba penetrar quería y besar su cadáver en el lecho. ¡Pasó como las nubes del estío! después ¡la realidad...! una mortaja... un cuerpo inerte, inanimado, frío, que encierran sin piedad en una caja... Como valor fingía, de mis ojos el llanto contener pude un instante; para no ver sus míseros despojos oculté entre mis manos mi semblante. Alcé luego la frente, mas no estaba su cadáver allí. ¡Vana porfía! ¡Ya su cuerpo en la tierra descansaba! ¡Ya en una tumba su beldad yacía! No para hacer de mi pasión alarde, para hallar fuerzas en la lucha acaso, al templo de la muerte por la tarde del triste día dirigí mi paso. Lloré sobre su abierta sepultura aquel perdido bien que tanto amara... ¡Nunca pude pensar que mi ternura tanto placer en el dolor hallara! Y desde entonces, de la noche umbrosa, envuelta la ciudad en el misterio, así me atrae la olvidada fosa perdida en un rincón del cementerio.

(CANCIONERO DE MANILA)

Cuando paso por las calles de Manila, me parece que resurgen intramuros los recuerdos del ayer; en la vaga somnolencia de la tarde que anochece, evocando voy memorias de heroísmo y de poder. Veo lanzas y arcabuces, veo picas y banderas; oigo vítores y pasos en ruidosa confusión, desfilando por mi mente las legiones altaneras de Legazpi y de Salcedo, Lavezares y Chacón. A mis ojos con visiones de centurias idas brindo y me abstraigo de las gentes y costumbres de mi edad, sorprendiendo a don Alonso cuando, al pié del tamarindo, de su esposa Catalina castigó la liviandad. Las aceras animadas van poblándose de seres que en las místicas edades esculpieron su vivir; a la luz de la leyenda pasan hombres y mujeres, con sus gozos y sus duelos, su llorar y su reír. Una dama que en el manto se arrebujaba el lindo talle se ve entrar en una iglesia; y, al oírse la oración, un hidalgo que se para en la esquina de una calle y el chambergo se destaca con cristiana devoción. Por los claustros vagan sombras pensativas de doctores que escribieron

en las celdas o incensaron el altar; y del Sol a los postreros moribundos resplandores a un alféizar asomado se ve a un fraile meditar. El espacio hienden torres de la iglesia redentora que la cúpula cobija con los brazos de la cruz y del fondo de los siglos va la chispa inspiradora encendiendo en las conciencias los destellos de su luz. Con monjiles atavíos, tras las tapias del convento, se presiente que va pronto María Clara a parecer, evocando soñadora, ya dormido el pensamiento, la azotea do hizo Ibarra sus mejillas florecer. Allá enfrente se divisa de la Fuerza de Santiago el histórico recinto, de almenaje señorial, que con fúnebres tapices enlútose el día aciago que vió arder entre sus muros la capilla de Rizal. ¡Ah! ¡Que apague la Discordia de su tea fraticida los impúdicos fulgores, el maldito resplandor! ¡Que la Muerte no separe lo que júntese en la Vida! ¡Que los hombres no desunan lo que uniera el Creador! Ni separe ni desune. Su cristiano testamento fué la síntesis suprema de la unión espiritual de dos pueblos que son uno, por la Fé y el Pensamiento; que son uno en los amores y en el verbo de Rizal. Y así fué. Cuando caía de los mástiles gloriosos la bandera que la cuna de Rizal empavesó, el espíritu hermanado de dos pueblos generosos en la mente libertaria de Rizal nidificó.

Nació en Sevilla el 7 de Abril de 1849 y † en Madrid, 19 Noviembre 1908. En su ciudad natal publicó, muy joven, su primer libro. Luego varios en Madrid, prologado por Víctor Hugo el rotulado Cantos del pueblo . Por entonces alcanzó Peñaranda mucha boga en la corte como poeta. En Filipinas, ejerciendo altos cargos administrativos, residió durante dos etapas: alrededor de 1887, en que fundó «La Opinión», diario de espíritu Iberial, que murió al tornar Peñaranda a España; y de 1891 a 1898, colaborando entonces en varios periódicos manileños, y con mayor asiduidad en «El Comercio». Al estallar (1896) la insurrección, organizó la guerrilla de voluntarios de San Miguel, a cuyo frente asistió a la toma de Silang (Febrero, 1897), otorgándosele la placa de la cruz roja del Mérito Militar. En Manila estampó cuatro libros: Prosa , Más prosa , Poesías selectas y Por la Patria . Por su probidad como funcionario y su cultura excepcional, mereció el respeto de españoles y de filipinos.

¡Adios, auras de gloria y de poesía dulces errores y tiranos dueños! ¡Adios, por siempre, altísimos empeños luchas sin galardón, noches sin día! Roto el encanto, la conciencia fría ve alzarse, hoy burladora, ayer risueños, tiempos que fueron ya--sueño de sueños-- del porvenir la negación sombría. Ver la felicidad y no alcanzarla, correr tras de la gloria y no obtenerla, tener un alma libre, esclavizarla... ¡Vida que no es ni nuestra al poseerla, no vale el torpe afán de conservarla, ni el miedo miserable de perderla!

Ayer monarca de los bosques eras, dispensador de sombra regalada, lecho hojoso del aura enamorada, bulliciosa ciudad de aves parleras. Hoy, triste, escueto, ni volver esperas a tu pomposa juventud pasada; de desnudéz imagen desolada, y esqueleto de muertas primaveras. Mas no llores tu verde lozanía, ni las ausentes auras voladoras, ni tu diadema de follaje vano. Hoy de un gran porvenir marcas la vía; tus auras son palabras vibradoras y tu corona el pensamiento humano.

Española, con larga residencia en Filipinas. Madre de la poetisa Angelina Molina de Pando (Casandra) . Vive en Cebú, islas Bisayas. Juntó los materiales para Siemprevivas , la obra poética póstuma de Angelina, publicando al frente de aquélla la siguiente composición A la memoria de su hija, de factura muy clásica.

Ya todo terminó; ya te marchaste; ya no estás a mi lado; ya se abrieron tus alas y volaste a la inmensa región de lo ignorado. ¡Que triste, Lina mía, nuestra casa quedó! Tú te has llevado nuestro afán de vivir, nuestra alegría, la esperanza de todo lo soñado cuando estabas en nuestra compañía. ¡Quién decirnos pudiera hace muy poco tiempo, quién pensara que tu voz para siempre enmudeciera; que tu risa por siempre se esfumara, que tu cuerpo de tierra se cubriera! ¡Qué horroroso tormento el que junto a tu lecho

hemos pasado queriendo aminorar tu sufrimiento! ¡Y éste de hoy, en que tristes, desolados, sin poderte apartar del pensamiento nos vernos, sin tu amor, abandonados! Sí, como yo confío, desde el mundo mejor en donde moras, ves nuestro llanto y este dolor mío, ¡consuélete el saber que a todas horas al miramos sin tí, sentimos frío! ¡Y qué pena tan fiera es para mi pensar que no has logrado ver realizada una ilusión que era algo hermoso que tú habías soñado desde los tiempos de tu edad primera! ¡Pobre consuelo el mío; el de juntar de tu fecundo númen las frases que leer no puedo en calma e imprimir con mi orgullo este volúmen en el que van pedazos de tu alma! ¡Ah, si saber te es dado lo que pasa en el mundo que perdiste verás el fuego con que se te ha amado, pues desde el día horrible en que partiste, el dolor de los tuyos no ha cesado! Que tal vacío dejas en el pecho de cuantos te han querido, que aunque inútiles son todas sus quejas, añoran siempre el dulce bien perdido, y más te adoran cuanto más te alejas...

Cebú, Octubre 1919.

Andaluz. ¿Sevillano? Hizo estada larga en Manila, donde casó y engendró prole. † Diciembre 1894, y a poco el Ayuntamiento acordó dar su nombre a una calle de la ciudad. Dos años antes de su óbito publicó el libro primero--y único--de su Romancero filipino, obra hermosa y definitiva. La dedicó al general Despujols, capitán general de las islas. Este y Gutiérrez de la Vega, director general de Administración, y Mecenas de Romero, lograron que el Estado adquiriera, con destino a las escuelas, buen golpe de ejemplares. Fué un medio delicado de remediar la penuria del poeta, hombre inadaptado, incapaz de sujetarse a escritorio u oficina, ni a ninguna suerte de trabajo vulgar. Escribió con intermitencias. Le faltó la espontaneidad y el vigor de García Collado, su émulo; pero le superó en sentimiento y corrección y en cultura literaria.

¡Perdóname, bien mío! De inmenso amor arrobadores cuentos nos relataba el río: aún palpitaban del ardiente estío en las fugaces auras los alientos. Con cántiga amorosa, daba su adiós al espirante día la alondra melodiosa: bajo inmenso dosel color de rosa Héspero, rutilante, sonreía. El astro soberano al descender tras el roquero monte que cierra el fértil llano, trasunto hermoso del Edén cristiano dibujaba en el mágico horizonte. Tus ojos, como espejos reflejaban también aquellos rojos y dorados reflejos: tu mirabas allá, lejos, muy lejos... y yo te devoraba con mis ojos. ¡Perdóname, bien mío! Todo invitaba amores, alegría, demente desvarío: la tierna alondra, el murmurante río, el sol de ocaso, el fugitivo día. ¿Quién se hubiera cuidado de humanos males ni mundanos dolos? Tú al mío, yo a tu lado, ¡solos, mi bien! hubiéramos estado, sin nuestro tierno amor, nosotros solos. «Mi amor a tí--decía-- arderá como el sol que siempre arde: ese sol, alma mía, da en otros horizontes vida al día que aquí mata en los brazos de la tarde. Sus alas extendiendo, la plúmea turba al aire ofrece en salva sonoro estruendo, la tarde aquí con pena despidiendo, allá dichosa saludando al alba.» El día, agonizante, suspiraba quizá por la luz pura que, al sonreirme amante, derramaba en mi pecho palpitante de tu mirada intensa la ternura... ¡Perdóname, bien mío! Todo, menos tu faz y mi alegría, tornábase sombrío: calló la alondra, adormeciéndose el río, bajó al abismo el sol, expiró el día... --«Qué dichosos instantes, viendo el alba nacer en esos otros horizontes distantes, las almas gozarán de dos amantes tan felices tal vez como nosotros. ¡Ellos más...! Aquí mata nuestro bien, la que odiamos, noche impía; allí la aurora grata que en fúlgidos torrentes se desata les ofrece de amor entero un día!» Tus frases de amor llenas, desbordaron, rompiendo de mi calma las frágiles cadenas, un mar de hirviente lava por mis venas y otro mar de delirios por mi alma. ¡Perdóname, bien mío...! Pusieron contra tí del alma mía en el volcán impío, su amor la alondra, su murmurio el río, su ausencia el sol, su negra noche el día. Cediendo tu fiereza en mi seno estreché con embeleso tu celestial cabeza... ¡Y el último fulgor de tu pureza partió con el rumor del primer beso...!

(FRAGMENTO)

Ya se ha borrado la estela que bordaba aquella nave, que al impulso de su vela, sobre los abismos rueda ráuda y gentil como el ave. Ya en lid con los elementos en el ancho mar a solas, no traen hasta mí los vientos los rumorosos lamentos de aquellas vencidas olas; y apenas la vista alcanza su velamen arrogante, que se ofrece a semejanza de blanco espectro gigante, alzándose en lontananza. ¡La nave...! ¿Quién sabe cierto si los que surcando van de los mares el desierto llegarán salvos al pueblo? ¿Quién sabe si volverán? ¿Quién sabe si el mar aborda detrás del eco postrero de la canción lenta y sorda que, recostado en la borda, canta el bravo marinero? Mi ser tras de ti se lanza; sólo allí, en la inmensidad, el alma a entrever alcanza de su insegura esperanza la anhelada realidad. Del infinito en presencia, sólo la vital esencia puede sentir explicable el eterno e insondable misterio de la existencia. Volemos, nave querida, lejos del mundano lodo; la inmensidad nos convida, y siento que es dulce todo lo que aleja de la vida. Las aguas del mar envuelve en su seno y sube, sube, y otra vez se las devuelve cuando en lluvia se resuelve, limpias y dulces la nube. Y es que del mar la amargura al subir de sí destierra, y el agua es tanto más pura cuanto mayor es la altura que la aparta de la tierra. ¡La nave, adios! Muere el día y plácida noche en calma su primer beso te envía: al mundo paz, a mi alma profunda melancolía....

Amaremos a la aurora que arrulla tierna a los días en la cuna, y a la tibia luz que llora, llena de melancolías, blanca luna. A las gotas de rocío, que engalanan con diamantes a las flores, y al que alegra el bosque umbrío, gorgear de los amantes ruiseñores. De las líquidas serpientes, las de espumosas escamas, los acentos, y las selvas y las fuentes y las hojas y las ramas y los vientos. Al celaje caprichoso que de mil raras visiones formas toma; y al arrullo cariñoso con que alegra a sus pichones la paloma. A la noche, cuyos duelos en su manto de topacios lleva escritos; amaremos a los cielos, amaremos los espacios infinitos. Amarás tú mis canciones, yo el encanto que suspira tu ternura; tú mis versos, yo tus sonos, tú a tu dueño, yo a mi lira ¡qué ventura! Almas para el bien nacidas que perdidos sus lamentos gimen solas, naves son ¡ay! sumergidas al embate de los vientos y las olas. ¿Lloras mi lira? ¿Estás triste? No nos suma en sus abismos la amargura. Dios nos dió el raudal que existe dentro de nosotros mismos de ventura. Lloraremos la alegría, reiremos indiferentes los enojos. Y agotáranse algún día tus suspiros y las fuentes de mis ojos. Yo te daré mis canciones; tú la voz que en mi ser deja dulce calma; yo mis versos, tú tus sonos; yo un ¡ay! triste, tú una queja, ¡yo mi alma...!

XV

Regalo son de los ojos, haciéndolas menos densas y bordando de la noche las misteriosas tinieblas: un luminoso suspiro de la luna macilenta; ¡del astro que lejos muere la despedida postrera! la luz temblorosa y pura de mil millares de estrellas que errantes chispas encienden sobre las ondas serenas; huyendo de los esquifes, murmurándoles sus quejas, fosforescentes espumas por irritadas más bellas; nieve, purísima nieve, dormida en las aguas quedas y que azoran, de los remos, las sacudidas violentas: destellos que multiplican las armas de los cincuenta que van a Máctan, del Régulo a vengar la grave ofensa, y que en la costa enemiga marcaran, antes, sus huellas, de que las nocturnas sombras avergonzadas por feas, se escondan viendo del alba la blanca faz hechicera. Avanzan como los vientos las navecillas ligeras, y presto en Máctan embisten de la playa las arenas: Hernando de Magallanes dictó consigna severa y desembarcan los bravos de sombras con apariencias; porque tal es el silencio, que no se mueve una lengua ni para alzar sus ruidos tienen las armas licencia, y de los mismos esquifes enmudecen las maderas y hasta las olas acallan el rumor de la marea; que las órdenes de Hernando no quieren desobediencias...! Es todo inútil; al punto se oyen las voces aquellas agudas, desapacibles, que repetidas se alejan lo mismo que las del eco volando de sierra en sierra, con las que anuncian los indios, habiendo ocurrido apenas la cautelosa llegada de la falange extranjera; mostrando con sus aullidos y con vivir tan

alerta, que nunca abrigaron duda, antes tuvieron certeza de que los de España irían a castigar la insolencia del altanero cacique; sin afligirles más pena que no poder de los tiempos quebrantar la ley suprema, acelerando las horas, para sus ansias tan lentas! que han de aguardar impacientes antes de lavar su afrenta. Al ver burlado el misterio con que trataban ausencia mentirles, juzgan más próxima la vengadora refriega, y al viento dan los aceros, apoyanlos en las piedras, y de las lucientes hojas probando la resistencia, llegan a poner las puntas, de las guarniciones cerca; y al clavarlas en el suelo, sienten hervir en las venas de sus abuelos la sangre, que fué su mejor herencia, y acariciando la santa memoria de sus proezas, murmuran-- ¡desperta ferro! -- siguiendo la usanza vieja. Forman un compacto grupo dispuestos a la pelea: bostezan los arcabuces mostrando sus bocas negras; que ansían vomitar muerte y les aburre la huelga: suena el clarín sacudiendo de su mudez la vergüenza, y a su son acude el día, precedido de la incierta luz del alba, como nuncio de su próxima presencia. Ven entonces los guerreros de enemigos nube inmensa, llenando apiñada masa toda la tendida cuesta desde donde acaba el llano hasta donde el bosque empieza. La viviente mancha oscura, las incontables ballestas las innumerables lanzas juntas cual lluviosas hebras, todo oscuro como el bosque que guarda sus madrigueras, todo inquieto cual las ramas que sacude la tormenta, preséntase prolongando la espesura de la selva. ¿Qué es aguardar? Magallanes, al ver que con impaciencia por la cifra de contrarios multiplica su fiereza, dirigiéndose a su hueste dice las razones éstas: --«El santo nombre de Cristo, la noble gracia del César, y la gloria de la patria y la limpia fama nuestra los estáis viendo ultrajados por aquella vil caterva, y de su venganza os hacen la generosa encomienda. Los que nacen en España sólo conocen dos sendas: o morir, para honra propia, o vencer, para honra de ella. Cuanto hasta el presente hicimos va jugando en esta empresa; ved lo que puede costaros un momento de flaqueza. La causa que sustentais, de batallar la experiencia, el corazón y las armas; toda la ventaja es vuestra. ¡Compañeros! nuestras glorias son de los salvajes presa; vamos por ella, llevando rayos de acero en la diestra, el agravio, en la memoria y la fé, en la Providencia!»-- El grito de «Dios y Patria» ruje la hueste de Iberia, y al punto hacia el enemigo emprende veloz carrera estremeciéndose, altiva y feroz, con la soberbia de leones irritados que sacuden las melenas; los alaridos del indio turban la región serena del aire, y la muchedumbre de los contrarios, inquieta, en sinuosas oleadas agítase, a la manera con que a los ojos se ofrecen las ondas altas y lejas, o las mieses que combaten los vientos de la pradera. Forman cerrada techumbre en el espacio las flechas despedidas por los indios con vigorosa destreza, y de las finas corazas el temple ponen a prueba, hasta parecer dudoso lo eficaz de su defensa; llegan, hieren y rebotan sin un instante de tregua y es pavoroso redoble el que sin cesar resuena, imitando el que produce de granizo nube espesa, cuando los vidrios azota con iracunda violencia. Ruje de los arcabuces la detonación siniestra y ante sus fuegos los indios de vacilación dan muestra; más, prestos, cual si escuchasen amenazadora arenga, con nuevo aliento sacuden la momentánea tibieza, y los que detrás combaten cierran sin temor las brechas en que rompe el plomo hirviendo las avanzadas hileras, y no cede de los indios la pertinaz resistencia, y van pasando las horas, y aquella humana barrera si cien veces viene al suelo otras cien se alza más recia. Sobre el enemigo bando corre la mesnada ibera, empeñándose la lucha más fragorosa y sangrienta. Las incansables espadas relumbran como centellas, y dan a sus rudos golpes robustas lanzas respuesta; saltando bajo las mazas las armaduras deshechas, por el campo estremecido hacen abundante siembra de hombreras, petos, celadas, brazaletes y escarcelas. Los de España sus aceros con ambas manos aferran, y a su filo no resisten las enemigas rodela, y divide el mismo golpe hasta el pecho las cabezas, y parece, al descargarle, que surge de una caverna el ronco aliento, imitando esa saña, ese ardor, esa respiración del labriego, ruidosa, cuando maneja el hacha y gigante tronco desmenuza en leves leñas; y para espantar las almas abren tan cumplidas puertas que al salir, aún las más grandes se sienten harto pequeñas: todo fuego, todo llamas, lumbre todo en la contienda; las rojas chispas que al choque de los

hierros centellean, los rayos de las pupilas, el ardor de la ira ciega, el resuello incandescente, el mar de sangre que humea...! Al fin, el tesón desmaya de su brava resistencia y las enemigas turbas guarecense en la floresta, de mortal pavor transidas, arrastradas y dispersas, como al rugir de los vientos las pálidas hojas muertas, cumpliéndose la de Hernando a Amábar brava promesa. Tras de ellos los españoles, con bien escasa prudencia, prosiguiendo la victoria van a la espesura negra, y de los contrarios muertos dificultando la cuenta es cruel carnicería la que fué función de guerra, y es angustioso lamento lo que fué rugir de fieras. Apaga la luz del día de humo negro nube espesa; rásganla voraces llamas incendiando la ancha esfera, que a los deslumbrados ojos miente tempestad horrenda, y aquella sangre, que baña monte y llano por doquiera, parece la roja lluvia de aquella nube bermeja. La morada del cacique y las vecinas viviendas de los indios principales, son sólo incendiaria tea a cuyo contacto el bosque se inflama en gigante hoguera, de la victoria de España solemnizando la fiesta; pero pronto aquella lumbre, breves momentos risueña, lo mismo que de las hojas hace del placer pavesas, y es antorcha funeraria que alumbra con llama tétrica, la realidad espantosa de las humanas miserias...! Seguido de algunos pocos soldados, con marcha presta Hernando de Magallanes, siguiendo angosta vereda, adelanta sin recelo, ni cuidar de que la senda se prolonga entre dos vallas de impenetrables malezas, cuando una lanza traidora salida de entre las breñas, rápida, pujante, aguda como acerada saeta, sin que su poder resista la coraza milanese, de peto, espaldas y entrañas desmiente la fortaleza, y del pecho del caudillo lanza el alma gigantesca; veda el color al semblante la savia de sus arterias apareciendo en las armas el carmín que al rostro niega; cae el acero de sus manos, alza una mirada inmensa al cielo, ruge, desmaya, y, cual coloso de piedra, cuando a plomo se derrumba hace trepidar la tierra.... Acúdenle los soldados con estéril diligencia; no salen los españoles de la terrible sorpresa vanas son las esperanzas; sola su desdicha es cierta; ¡no le tornan a la vida juramentos ni querellas...! Cuando cumple a la Fortuna mostrarse con él espléndida, le asalta traidora muerte, le aguarda salvaje huesa; pero logra el buen Hernando, por preciada recompensa, ¡aquí abajo eterna fama y allá arriba gloria eterna!

Alicantino, de Novelda, aunque originario de Valencia. Hace un cuarto de siglo reside en la provincia de Cogayán, donde se cosecha el más exquisito tabaco filipino, a cuyo negocio se consagra. Allí casó con una dama del país. Y allí, en sus ocios, pulsa la cítara.

Por encontrar la fuente del olvido, errante, por el mundo fuí corriendo, cuando un hombre de rostro venerable, de hirsuta barba y de mirar severo, cruzóse en mi camino, y apoyando su flaca mano en mi cansado pecho, --«¿dónde vas? caminante»,--preguntóme-- --«Remedio busco a mi dolor acerbo; beber ansío el agua cristalina, que las penas disipa y los recuerdos.» Lanzó el anciano horrible carcajada y con temblona voz, como un lamento, --«También yo un día--dijo--crucé el mundo llagado por terribles sufrimientos.... Pero hallé al fin la fuente deseada. Sigue esa senda--continuó el buen viejo-- y al llegar de aquel monte, a lo más alto, verás cumplido, ¡oh, joven! tu deseo.» Allá me encaminé, trepé a la cumbre, coronada de aliagas y romeros, y al tender la mirada en lontananza, medio oculta entre sauces gigantescos, erguida, vi una cruz, la cruz bendita que el hondo sueño vela de los muertos.

1920.

Guardo yo aquel mechón de tus cabellos como el devoto la reliquia santa, como el sórdido avaro su tesoro, como el proscrito guarda, en su triste destierro, los recuerdos dulces y halagadores de la patria. Y cuando estoy a solas, dueño mío, doy rienda suelta a mis mortales ansias, y aquel precioso rizo que tu frente un día engalanara, beso mil y mil veces amoroso, evocando tu imagen adorada.

1921.

Antes que el hilo de mi triste vida corte la Parca inexorable, quiero decirte, bella Inés, que por ti muero de lanza de desdén el alma herida. De mi oculta pasión la no extinguida llama consume con ardor tan fiero esta materia vil, que ansío y espero verla pronto en ceniza convertida. Y cual vuela hacia ti mi pensamiento, irá hacia ti mi espíritu volando, libre ya de dolor, con ansia loca, a morir otra vez y mil, libando el néctar delicioso de tu aliento en la fresca amapola de tu boca.

1922

De linajuda progenie, nació en Andújar (Jaén) en Enero de 1874. Huérfano muy niño, se trasladó a Manila en 1892. Allí estudió Derecho y comenzó a cultivar las bellas letras. Fué redactor del «Diario de Manila». Publicó entonces La musa y el poeta y Primeras notas (verso) y Tradiciones filipinas y El sitio de Manila (prosa). Volvió a la Península (1898), y concluída su carrera fué opositor a Notarías, con tan brillante resultado que obtuvo el número 2 entre los cien aspirantes aprobados, mereciendo una de las vacantes en Madrid. Volvió al Arte, después de diez años de apartamiento, con renovados bríos. Durante esta segunda época, que se inicia (1914) con Cadena sin fin , poesía premiada en los Juegos florales del Escorial, ha publicado: Para el descanso (verso) 1917, y las novelas La Cadena (1918), Poemas en prosa (1919), La sombra (1920), Flor de pecado , Un regenerador (1921), Horas sentimentales (1922) y El ajusticiado (1923).

Mi dulce musa, que el dolor inspira, hoy entona canción de amargo acento y pulsando las cuerdas de la lira triste responde al nacional lamento, lamento por los aires repetido que es a la vez plegaria y es gemido. De España en el pendón, siempre glorioso, miro negros crespones, fúnebres galas de terrible luto; por eso entono triste mis canciones, por eso rindo amante mi tributo. Patria del alma, madre bien amada, hoy con el alma triste acongojada contemplo tu infortunio y tus pesares; tu dolor es mi propia desventura y te envío un saludo de ternura desde el confín de los remotos mares. Patria siempre querida: hoy que lloras vencida, tu imagen pura y santa más y más en mi pecho se agiganta. Y ¿por qué has de llorar? Lloras si quieres; pero no como lloran las mujeres, lágrimas de dolor, llanto sublime que al correr de los ojos nos redime; llora como el león enfurecido que mezcla a los sollozos el rugido; llora al romperse el nacional poema, mientras entonas funerario canto, poniendo en los raudales de tu llanto lágrimas de plegaria y de anatema. Esa enemiga raza americana te debe su existencia; de tu inmenso valor y de tu ciencia por ella hiciste espléndido derroche, y apareció en la luz de la mañana de entre las sombras de la obscura noche. A cumplir tu misión ansiosa vuelas con atrevida planta. Tú lanzaste tus raudas carabelas bajo la mano santa de tus sagrados dioses tutelares, y con ardor fecundo hiciste que surgiera un nuevo mundo de la revuelta espuma de los mares. De la fecunda llama que alimentas llevaste allí tus leyes e hiciste cultas greyes de las salvajes tribus turbulentas. También clavaste allí la cruz sublime, cruz de la redención, la cruz gloriosa en que el amor divino reverbera; la cruz que fortalece y que redime y que siempre amorosa del mundo los cadáveres espera. Hoy esa tierra ingrata los sacrosantos vínculos desata, y con los ojos en el lucro fijos logra que torpes hijos hagan pedazos tu amoroso seno. ¡Oh, si Colón resucitar pudiera, de su obra quizá se arrepintiera, y con dolor profundo aquel soñado y misterioso mundo en los abismos de la mar hundiera. Al dolor inclemente no te abatas ¡oh Patria! alza la frente. Tú no puedes morir, tú eres eterna como el eterno Dios que nos gobierna. Tú que distes al libro de la Historia --página eterna de tu eterna gloria-- ejemplos de valor y de constancia, los héroes de Sagunto y de Numancia; tú que hiciste temblar al mundo entero; que enarbolaste tu pendón guerrero en todos los confines de la tierra y con valor profundo agrandaste los límites del mundo; tú que el lábaro santo de tu fé peregrina clavaste en la Alhambra granadina y en las sangrientas aguas de Lepanto; tú que alumbraste a la humana historia con los reflejos de tu inmensa

gloria, no puedes perecer, nación guerrera. Si hoy te humilla derrota pasajera mañana te alzarás, más grande y fuerte, sobre el fantasma de tu infausta suerte. Cuando quede la tierra aniquilada; cuando el mundo soberbio, cruel y vano se sepulte en la nada y en el profundo arcano; cuando no reste un hombre, aún vivirá la fama de tu nombre. Patria, en la paz reposa y prepara afanosa el hierro poderoso de tu lanza y jura firme en la sangrienta fosa de tus hijos, tomar cruda venganza. Valor, España; generosa y fuerte, prefiere noble muerte a contemplar tu pabellón manchado; muéstrate en tu desgracia más gigante que en tus sangrientas guerras te has mostrado. Si tu triste derrota es vergonzosa de tu propia vergüenza, victoriosa álzate, erguida en pie. ¡Patria, adelante!

Soy de los hombres que el dolor no abate ni la implacable adversidad humilla; luz de esperanza en mis pupilas brilla, hirviente sangre en mis arterias late. Me enamoran los lances del combate y abandono a la mar mi fuerte quilla, buscando, como el nauta de Castilla, tierra que ante mis ojos se dilate. Sueño con peligrosas aventuras, con el Sol de gloria que mi paso alumbre; desdeño las monótonas llanuras y alzarme quiero a la difícil cumbre, cual águila que vive en las alturas sin rendirse a ninguna servidumbre.

1917.

Sueños de mi niñez: sueños floridos, que el dolorido corazón añora; sueños de juventud, sueños de aurora, de clara luz y de ilusión vestidos. Sueños de gloria, ya desvanecidos, ¿por qué volvéis a mí tan a deshora? ¿Por qué turbáis mi calma bienhechora con el loco vibrar de los sentidos? Ya declina mi vida su carrera de dolor, de ilusiones y de engaños; pero, aun soñando, el corazón espera que a través de sus mismos desengaños las flores de una nueva primavera broten entre la nieve de mis años.

1919.

THE FULL PROJECT GUTENBERG™ LICENSE

- You pay a royalty fee of 20% of the gross profits you derive from the use of Project Gutenberg works calculated using the method you already use to calculate your applicable taxes. The fee is owed to the owner of the Project Gutenberg trademark, but he has agreed to donate royalties under this paragraph to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation. Royalty payments must be paid within 60 days following each date on which you prepare (or are legally required to prepare) your periodic tax returns. Royalty payments should be clearly marked as such and sent to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation at the address specified in Section 4, "Information about donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation."

- You provide a full refund of any money paid by a user who notifies you in writing (or by e-mail) within 30 days of receipt that s/he does not agree to the terms of the full Project Gutenberg™ License. You must require such a user to return or destroy all copies of the works possessed in a physical medium and discontinue all use of and all access to other copies of Project Gutenberg™ works.

- You provide, in accordance with paragraph 1.F.3, a full refund of any money paid for a work or a replacement copy, if a defect in the electronic work is discovered and reported to you within 90 days of receipt of the work.

- You comply with all other terms of this agreement for free distribution of Project Gutenberg™ works.